

Selecta

*Margaritas
olvidadas*



*Camilla
Mora*

Margaritas Olvidadas

Corazones en Manhattan 6

Camilla Mora

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

Nota editorial

Selecta es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, más precisamente de Argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedan darle una oportunidad. Y ante la duda, el *Diccionario de la Real Academia Española* siempre estará disponible para consultas.

Prólogo

Otra nueva reubicación. Unos nuevos *padres* de mierda, o, más bien, matrimonio, que aspiraban al beneficio que les daba tener niños a su cuidado para el estado. Le darían de comer, lo vestirían y lo enviarían a la escuela. A decir verdad, ¿qué más podría pedir de ellos? Otros nuevos compañeros del hogar sustituto, que lo hostigarían y lo llamarían zanahoria o, quizás, calabaza y hasta intentarían intercambiar algunos golpes para constatar quién mandaba en la maldita casa. Y ningún adulto que se inmiscuyera en el asunto mientras no hubiera lesiones graves o notorias al menos.

Sin embargo, él no se amilanaba ante ninguna afrenta, esa era la causa de su constante cambio de familia sustituta. Era un maldito rebelde, con causa, claro, pero un chiquillo con aspiración a matón. Se enfrentaba a todo aquel que lo mirara raro y no acataba ningún tipo de límite, lo que hacía que la convivencia con él fuera imposible.

Claro que no siempre había sido así. También había sido ese niño con anhelo de amor y que se presentaba a cada nuevo hogar con un oso de felpa azul desteñido, el que habían descuartizado sus compañeros en uno de los hogares.

Ya había pasado la etapa de las lágrimas y el permitirse humillar. Con ese último cambio había decidido que aquel Fred quedaría atrás, para convertirse en este nuevo. Sus propios padres no lo habían querido, ¿por qué iba a esperar a que los demás lo hicieran?

Dejó que la trabajadora social lo guiara hasta otra puerta donde lo esperaba la nueva pareja que se haría cargo de su persona. Sonrió de lado y cerró con fuerza sus pequeños puños. Aún no tenía el cuerpo que quisiera con tan solo doce años, pero solo era cuestión de tiempo. Saldría de esa vida de mierda donde su futuro era decidido por otros, y se convertiría en la persona libre que ansiaba ser. Alguien que forjara su propio destino. Al menos, ya se encontraba en la ciudad de las oportunidades, solo había que aguardar a que se le diera su oportunidad y él fuera lo suficientemente inteligente para aferrarla con ambas manos.

Capítulo 1

Phyllis estaba encerrada en el cubículo del cuarto de baño del bar. Había visto como Robbie se dirigía hacia allí, por lo que se había adelantado y escondido dentro. ¿Por qué aún no había entrado? Espiaba por una rendija que dejaba la puerta hacia el interior del baño, pero solo había una lamparita que funcionaba e iluminaba el extremo opuesto del lugar; el resto se encontraba en una oscuridad abrumadora. Sus manos temblaban y su corazón latía a un ritmo enloquecido. La ansiedad amenazaba con tragársela entera. Un ruido al abrirse la puerta la sacó de su ensimismamiento y de las tantas dudas que poblaban su mente. Espió. ¡Era él! O, al menos, eso parecía por su contextura y sus hombros anchos, porque la negrura ocultaba sus facciones.

En cuanto pasó por la entrada de su cubículo, lo aferró del brazo y lo atrajo hacia adentro. Cerró la puerta tras él, pero ya era tarde para percatarse de su error.

—Bien, nena. No era lo que tenía pensado, pero nunca he dicho que no a un postre delicioso.

Y antes de que Phyllis pudiera decir nada para detenerlo, el hombre atacó su boca, quitándole toda posibilidad de pronunciar alguna palabra en protesta. Cuando las manos masculinas la tomaron por la espalda y la pegaron a su cuerpo, el terror la invadió. Acariciaba su columna hasta el nacimiento de su cuero cabelludo y temió que no pudiera detenerlo si quería algo más allá de sus labios. Con fuerza y pánico, forcejeó y empujó los hombros hasta lograr

que se despegara de ella.

—No... —jadeó, y el miedo se apoderó de su interior—. ¡No, no!

Él se apartó de ella, pero sin soltarla del todo. Estaban tan cerca que Phyllis pudo notar su ceño fruncido y la confusión en sus ojos, que creían que eran marrones, pero no podía asegurarlo.

—Hey, tranquila. —Él le acarició la barbilla con el revés de sus dedos—. Tú me atrajiste aquí, yo solo venía a vaciar mi vejiga. —Le sonrió de una manera picaresca que poco hizo por tranquilizarla.

—Lo siento, es que me confundí de persona —dijo Phyllis de forma atropellada.

—Oh, ya veo. No soy el hombre que esperabas. —Phyllis sacudió la cabeza de un lado al otro en negativa—. Bien. —Él sostuvo sus manos en alto y se alejó de ella lo que le permitió la estrechez del pequeño espacio, y ella soltó un suspiro de puro alivio—. Envidió al tipo, no te voy a mentir, preciosa. —El extraño se encogió de hombros, le sonrió de nuevo y le guiñó un ojo antes de salir del cubículo y meterse en el de junto.

Phyllis salió disparada del baño antes de escuchar cómo el hombre orinaba.

Fred salió del cuarto de baño y, al caminar por el corredor que lo llevaba al salón del bar, escuchó como una pareja discutía. Al posar los ojos sobre ellos, se percató de que la mujer no era otra que la que lo había asaltado en el cuarto de baño. Era preciosa, con un cabello rubio ondulado que le daba un aire de princesa. Se dejó seducir por tan hermosa visión, dado que poco había podido admirarla en plena oscuridad.

—¿Es que no entiendes que ya no siento nada por ti? ¿Que tengo ahora una mujer que se preocupa por los kilos en sus caderas?

Vaya, el tipo era un *h.d.p.* al completo. Fred no podía salir de su asombro. La mujer tenía un cuerpo que se podría decir que no era flaco, pero tampoco la tildaría de gorda, sino normal. Con curvas un poco más amplias de lo

acostumbrado por la norma que establecía la moda, pero a él lo había encandilado. Además, tenía un aire de inocencia con aquella vestimenta tan fuera de lugar en un bar en la noche, que no creía que fuera una joven que mereciese tales palabras tan hirientes.

No pudo menos que hacer un paneo por el cuerpo voluptuoso de la rubia. Tenía una delantera contundente y un trasero que nada tendría que envidiarle a Kim Kardashian, claro que ella era más rellenita en otros sitios también, pero eso no la hacía menos atractiva. Vestía un vestido azul oscuro hasta las rodillas, con gatitos coral desperdigados por toda la tela, y unos zapatos rojos planos. El que fueran rojos decía que era atrevida, pero sin tacos daba la impresión de cierta inocencia. Parecía una pequeña niña a la que le daban una reprimenda.

—Deja de perseguirme —prosiguió el hombre—, ya no hay nada de ti que me atraiga.

Algo muy parecido a un enfado, como un volcán en actividad, se prendió dentro de él y tuvo que hacer un esfuerzo por contenerse y no presentarse frente al tipejo y borrarle sus palabras de un golpe.

—Pero..., Robert —sollozó la joven rubia de mejillas sonrosadas, y Fred no pudo soportarlo.

Se aproximó a la pareja en un segundo ante la atenta mirada de los grupos a su alrededor, a los que la discusión no les había pasado desapercibida y atendían a la espera de un buen espectáculo.

—Nena, cariño —le pasó un brazo por los hombros y la atrajo a su costado—, gracias por esperarme. No logro separarme de ti ni medio segundo. —Le acarició la mejilla con la nariz y le sonrió, no obstante, ella parecía petrificada y no era para menos después de lo que acababa de ocurrir entre ellos en un espacio tan reducido que se podría haber comparado con una lata de sardinas—. Mucho gusto, Frederick Lahr, novio de esta preciosura. —Tendió su mano al idiota que lo miraba con los ojos abiertos como platos, sin soltar a la joven.

—Eh..., Robert Johnson, su exnovio.

Ex, le gustaba cómo sonaba eso. Fred estiró sus labios hasta confeccionar una sonrisa resplandeciente ante la mirada atónita del tal Robert.

—Ah, entonces eres a quien tengo que agradecerle el haber dejado tan mala impresión en ella que hasta un tipejo como yo le parece un príncipe —dijo, e hizo un paneo al tipo desde la cabeza a los pies, como si fuera una cucaracha que no merecía una segunda mirada—. Vamos, cariño.

No le dio tiempo a que pensara, Fred la aferró de una mano y tiró de ella hacia la mesa que compartía con Andy, Nick y Brian.

La detuvo a los pocos pasos, entre medio de las tantas personas sentadas a su alrededor. El sitio estaba atestado y debía alzar la voz para hacerse oír. Era uno de esos bares que parecían detenidos en el tiempo —luces bajas, mucha madera y paredes en colores oscuros y repletos de antiguas publicidades de bebidas alcohólicas—, pero donde se podía beber una buena cerveza tirada y comer unas grasientas hamburguesas y papas fritas.

Fred se percató de que la joven tenía la visión empañada, y no la quería así, deseaba ver cómo sería su sonrisa o si sus ojos azules resplandecían cuando esbozaba una.

No entendía cómo ese tipo podía haberle dicho esas palabras tan crueles. Ella era hermosa, tenía un cabello rubio que parecía iluminado por el sol y piel tersa y blanquecina que se ruborizaba en las mejillas como dos pétalos de rosas. Y ni hablar de sus labios rellenos, de un rosado aún más profundo, y, mucho menos, de sus curvas prominentes que lo tenían embobado. Él no tendría ningún problema con los kilos en sus caderas, eso de seguro. Ella lo había seguido, pero la notaba perdida, como en un estado de *shock*.

—Cariño, no sé bien qué ocurre, pero nos disponemos a ir junto a mis amigos y no quisiera que te vieran tan triste. Dibuja esa preciosa sonrisa que sé que guardas por ahí.

—Yo... debería irme. No te conozco.

—Frederick Lahr. —Le tendió la mano y aguardó a que ella se la

estrechara, lo que hizo con evidente vacilación.

Sin embargo, ante ese simple contacto, algo cargado de incertidumbre y vergüenza, Fred notó como una carga eléctrica que subía por su brazo y lo hacía vibrar entero. Esa pequeña fémica había conseguido cautivarlo y que la curiosidad por saber más de ella anidara en él.

—Philomena Pennyworth.

—Un gusto, hermosa Phil. —Besó el revés de su mano como un caballero—. Ahora, vamos. —Sin soltar la mano, tiró de ella hasta la mesa que compartía con algunos de sus amigos.

Capítulo 2

—¡Ay, no! ¿Cómo demonios haces? —preguntó Andy con aire enfadado. Las miradas de Nick y Brian se posaron sobre el recién llegado y, luego, pasaron a la mano femenina que mantenía aferrada en la suya—. Solo fuiste al baño como por dos minutos y ya te conseguiste una mujer —bufó el castaño.

—Lo siento, viejo. Es mi carisma. —Todos rieron ante su comentario, menos Andy, que chasqueó con la lengua y su expresión se tornó furibunda; y claro, tampoco lo hizo la joven. Sabía lo que le ocurría a su amigo, aunque el castaño de ojos claros como las nubes no lo verbalizara. Buscaba a esa mujer ideal, no obstante, ninguna fémica parecía cumplir con unas expectativas demasiado altas—. Dame lugar, que me sentaré sobre ti. No hay sillas disponibles y la mía se la dejaré a la dama.

—¿Estás soñando? Debes pesar más de diez kilos que yo —protestó Andy.

—Disculpa, Phil. Este hurraño es uno de mis mejores amigos, Andrew. El de cabello largo es Nick, y el único bien vestido es su novio, Brian.

—¡Hey! —se quejaron tanto Andy como Nick, aunque el último le dirigió una sonrisa acaramelada a su pareja.

—Ven aquí —dijo Brian, y tomó a su novio por la cintura para atraerlo a su regazo. A nadie se le debió haber pasado desapercibida la expresión entre asombrada y de extremo amor de Nick, el que se acomodó como un gatito ronroneando sobre las piernas del abogado.

Todos sabían el largo camino que había recorrido Brian para aceptar sus

sentimientos por el otro hombre, y la relación aún tenía un largo trecho que transitar, pero hacía allí iban. El beso que se dieron en cuanto el abogado abrazó por detrás al creativo destiló tanta emoción que hasta Fred pudo sentir la misma envidia que expresaban los ojos de Andy.

—Gracias, chicos —mencionó Phil en un tono bajo y con las mejillas enrojecidas.

La joven pareció dudar si tomar asiento o no, vagó la mirada en torno y Fred supuso que buscaría entre el atestado lugar al patán que habían dejado atrás. Los cuatro hombres habían logrado conseguir una mesa en la parte trasera del bar, algo que era una misión imposible, dado que era viernes por la noche y en hora pico de salida de los jóvenes.

—Todo sea por la dama —concedió Brian con un guiño de sus ojos azul profundo.

—*Madmoiselle?* ¿Me haría el honor de tomar asiento a mi lado? —preguntó Fred con una reverencia un tanto exagerada.

Phil se sentó y Fred notó como ella observó a cada uno de los hombres con cierto recelo, como si fueran cuatro lobos a punto de comerse a Caperucita.

—Entonces, ¿son todos *gays*? —inquirió Phil e hizo ademán con la mano hacia Brian y Nick y, luego, hacia Fred y Andy.

Fred se atragantó con el sorbo que había dado a su cerveza y tosió sin poder contestar, con lágrimas contenidas en sus ojos.

—Ellos dos —señaló Andy con premura y rojo como un tomate—. Bueno, Brian aún no está decidido del todo —concluyó, y dio un sorbo prolongado por el pico de su botella de cerveza rubia.

—No creo que queden dudas de que Brian es bisexual —acotó Nick, y apoyó el costado de la cabeza contra la sien de su pareja.

—Solo sé que no tengo ojos para hombre o mujer que no sea Nick —argumentó Brian mientras acariciaba la mejilla del pelilargo.

Fred se deleitó con la expresión tan complacida de Nick ante las demostraciones de afecto de su novio.

—Tanto empalagamiento me da dolor de estómago —protestó Andy al arrugar su nariz.

—Eso es porque estás convertido en un monje —intercedió Fred, y le revolvió el cabello, algo crecido, a Andy, quien aventó sus manos para sacarse la molesta del pelirrojo.

—No tengo la culpa de que tú levantes una baldosa y te encuentres con una mujer debajo. Es como si te llovieran, hombre —ironizó el castaño, pero Fred notó el humor en su expresión.

—No me culpes por mi *sex-appeal* —bromeó Fred, y le guiñó un ojo a Phil, quien observaba el intercambio con un esbozo de sonrisa.

—Es tan solo tu apariencia a Jamie Fraser —acotó Andy con un dedo acusatorio en alto.

—¿A quién? —inquirió Fred, desorientado, y con el ceño fruncido.

—¡Tienes razón! —se carcajeó Nick—. Cabello algo rizado y pelirrojo, contextura de guerrero o *rugbier*.

—Hmmm... yo creo que se parece más a Nick, de *Zootopia* —sugirió Phil, quien lo observaba con atención, como si fuera una ecuación matemática.

Brian escupió la cerveza que bebía en un exabrupto de risa a la que le siguieron Andy y Nick para consternación de Fred.

Fred se ruborizó y sonrió mientras se frotaba detrás del cuello al hallarse vencido tanto por sus amigos como por la joven que cada vez lo atraía más, como la miel a las moscas.

—¿Me estás llamando «zorro», cariño? —Fred acercó su rostro a la mejilla femenina y, cuando conectó con su mirada, se percató de que ella no era cómo las mujeres a las que acostumbraba frecuentar. No jugaban con las mismas cartas, es más, ella ni siquiera debía saber que debía tener cartas para la partida. Él estaba habituado a mujeres más experimentadas, seductoras a conciencia y que supieran bien que venía después de una noche de tragos.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella con voz ahogada, y la entrepierna de Fred dio un tirón al saltar a la vida.

—Solo te imaginaba vestida como una hermosa conejita, orejas y pompón en el trasero —confesó, y se deleitó con los colores que bailaron sobre el rostro de la joven.

Phil estaba ruborizada al completo y sus ojos gritaban una inocencia tal que él no sabía cómo manejar. Pronto ella desvió la vista hacia la mesa donde se encontraba el idiota que la había ofendido, y el anhelo en su expresión se hizo tan patente que lo enfadó.

No podía negar que le interesaba la fémica. Sí, era preciosa con sus redondeces que parecían sobrarles para el otro hombre, pero que para él eran perfectas. Sin embargo, no era solo su cuerpo lo que lo atraía, y eso lo incomodaba. Hacía mucho que quería sentir ese picor por una mujer y, en ese instante que lo hacía, esta estaba enamorada de un patán y no precisamente él.

Le pasó un brazo por los hombros e hizo caso omiso a la incomodidad de la conejita. Su humor dio un pequeño giro negativo ante sus sensaciones y la añoranza en ella, pero trató de que nadie en la mesa lo notara. Sonrió y bromeó con sus amigos como era usual en Fred.

—Bueno, niños, los ancianos ya debemos retirarnos —ironizó Andy al buscar su billetera en el bolsillo trasero de su *jean* negro.

Desde hacía un tiempo a esa parte, el castaño había dejado que su cabello creciera algo salvaje, el que ocultaba debajo de algún gorro, como el de ese momento, uno tejido con rayas violetas y negras que tenía sobre la mesa, y había adquirido un estilo hípster de vestimenta.

—Sí, yo quiero acurrucarme en la cama en esta noche fría —dijo Brian, y presionó el agarre a la cintura de Nick, el que seguía sobre su regazo y quien se moldeó contra él como una masa amorfa para luego elevarse, al igual que hizo el resto.

Andy bufó y ocultó su satisfacción con una expresión contrariada. No importaba cuánto se quejara de las muestras melosas de esos dos, Fred sabía que Andy estaba encantado con la felicidad de Nick y de lo demostrativo que se había tornado Brian con el paso del tiempo.

—Creo que sería buena idea —afirmó Nick, y los demás hombres rieron.

—Bien, vamos, Phil.

Fred volvió a tenderle una mano a la joven. Ella elevó los ojos hacia él, unos que parecían dos cielos en un día de verano, y notó la preocupación en estos. ¿Acaso pensaba que la invitaba a una noche de desenfreno sexual? Por mucho que lo deseara, Fred tenía ciertos códigos.

—¿Eh?

—Te llevo a tu casa, cariño —aclaró y mantuvo la palma extendida—. ¿O acaso tienes transporte?

—Eh... no.

—Pues, abrígate y nos vamos. —Fred cerró la mano en un puño, ya no esperaba que la tomara, y se encogió de hombros, restándole importancia.

Apenas habían dado dos pasos de la mesa, esta fue ocupada al instante por otras personas que merodeaban por el bar en busca de una.

—No te olvides de mí, *Comandante* —añadió Andy, quien caminaba detrás de Phil y Fred, y estos, de Nick y Brian.

—¿Comandante? —quiso saber el pelirrojo al voltearse hacia el hombre a su espalda.

—Caballo convertido en conductor —contestó el castaño.

—¿De qué demonios hablas, Andrew?

Andy hizo un ademán con la mano para que lo olvidara al punto que sacudía su cabeza y se reía. Ya se hallaban en la acera frente a la fachada del local.

—Sospecho que tendrá que ver con las tantas novelas románticas que tanto lee —agregó Nick aferrado del brazo del abogado.

Andy se encogió de hombros sin agregar palabra o aclarar de dónde había sacado lo del caballo. Parecía que era una noche en donde los animales de granja eran protagonistas.

—*Comandante* era el caballo de *Cenicienta*, y el hada madrina lo convirtió en conductor del carruaje hasta la medianoche —comunicó Phil, sorprendiendo a cada uno de ellos, hasta a Andy.

—¿Una película de Disney? —se quejó Fred con las manos en la cintura y tratando de contener una risotada ante la ocurrencia de su amigo—. ¿Me comparas con un caballo, Andrew?

—Uno pelirrojo, claro —bromeó el castaño—. Lamento que mi estado de ánimo no sea el adecuado para estas salidas en el último tiempo —finalizó con la cabeza gacha y aire apesadumbrado.

—¿De qué mierda hablas? —lo encaró Fred.

—No digas eso, encanto —lo enfrentó Nick al acercarse al hombre de ojos claros y ponerle una mano en el hombro—. Sabes que no sería lo mismo sin ti.

—No van a tener que soportarme por mucho más —murmuró Andy sin alzar la vista.

—Yo creo que mejor me retiro, chicos —comentó Phil, pero Fred la tomó de la mano, antes de que la fémina que lo había encandilado lograra escapar, y la mantuvo en el lugar.

—Espera, Phil. No te vayas aún. —La acercó a su pecho y le acarició el perfil con el revés de su mano. Ella elevó sus bellos ojos azulinos a él y Fred quiso comerle la boca rellena, como un lobo hambriento—. Arreglo las estupideces que dice este desquiciado deprimido y te dejo en la puerta de tu casa sana y salva, promesa de niño que nunca fue explorador. —Y elevó tres dedos junto a su sien.

Ella sonrió, y ese bello rostro se iluminó de tal forma que Fred tuvo que presionar los pies sobre el suelo para no tambalear.

—No creo que esa promesa tenga validez, Fred —dijo la joven.

—No soy un desquiciado deprimido —protestó Andy en un murmullo, al que nadie prestó atención. Fred se encontraba concentrado en Phil y Nick y Brian se hallaban acaramelados el uno con el otro a unos pasos de ellos.

—¿Qué es eso de que te vas? ¿A dónde? —retomó Nick el comentario anterior del castaño después de unos segundos. Se acercó, aferró a Andy del cuello y pegó su frente a la del hombre—. Contéstame ahora, encanto —su tono se volvió amenazador.

—A mi hogar en Sweet home, Oregon, por una semana para la fiesta de compromiso de un amigo de la infancia.

—No nos asustes así nunca más, encanto.

Sweet home era el pueblo en Oregon de donde provenía Andy. Fred lo observó, Andrew miraba a un costado y tenía los hombros caídos, con las manos metidas en los bolsillos de su cárdigan. Sin pensarlo dos veces, Fred le pasó el brazo por los hombros, le quitó el gorro y le revolvió el cabello de nuevo.

—Bien, viejo. Pero para ello falta —argumentó el pelirrojo—, por el momento estás atrapado con nosotros. Ahora, vamos.

Fred atrapó otra vez la mano de Phil en la suya y la guio hasta su vehículo, aparcado a una cuadra de distancia

—No voy a subir al automóvil de un desconocido.

«Buena chica», pensó Fred.

—Tienes razón. Pero... —Fred sostuvo una mano en alto— voy a esperar a que te montes en un taxi, y ten. —Le tendió una tarjeta donde figuraban su nombre y los datos de la agencia de publicidad donde trabajaba, S&P—. Allí puedes encontrarme.

Ella tomó el pequeño trozo de cartón y lo estrujó contra su pecho al tiempo que elevaba sus hermosos ojos hacia él. Fred maldijo para sus adentros que la mujer que más lo había movilizado en el último tiempo estuviera enamorada aún de un tipejo que no la valoraba como merecía, o al menos era lo que él sospechaba.

Extendió el brazo y detuvo al coche amarillo más próximo. La vio desaparecer tras la puerta como un borrón de un sueño que no fue.

Capítulo 3

Fred llegó a S&P de un humor de perros. No quería cruzarse con nadie, claro que en su labor era imposible. Trabajaba con un puñado de personas y tenía varias citas al día, por lo que encerrarse sin ver a alma alguna era un imposible.

Estaba cansado de su vida amorosa sin sentido ni perspectiva de futuro. Cada uno de sus amigos había ido hallando a la pareja ideal y él aún continuaba en la búsqueda sin dar con nadie que lo movilizara. De inmediato, su pensamiento se vio invadido por la hermosa mujer de cabellos rubios y cuerpo relleno que había conocido un par de días atrás. La misma que había poblado cada uno de sus sueños desde la noche del encuentro, para despertar con una terrible erección de la que odiaba haber tenido que ocuparse con la ayuda de su palma derecha.

Algo lo había tambaleado con Phil, y lo enfurecía sentirse así por una mujer que estaba embobada con un idiota. Pero a su pene y a su corazón no se los podía controlar con el cerebro.

Se cruzó con cada uno de sus compañeros de trabajo, que también eran su única familia, sus mejores amigos, con los que siempre contaba. Tan solo los saludó con un gesto con la mano en alto y un ademán de la cabeza. No quería hablar con nadie, se sentía tan huraño como se veía Andy últimamente. Entendía muy bien a su amigo de ojos como el agua, salvo que nunca antes había sufrido de esa sensación de soledad que lo invadió en los pasados días,

como sabía que el castaño sí hacía tiempo que lo aquejaba. Al menos no una de tenor amoroso, porque la soledad quizás nunca lo había abandonado. Andy era uno de esos hombres que creían en cuentos de hadas y en hallar a la mujer ideal, pero parecía que esta era tan utópica que ninguna alcanzaba el alto listón que les había puesto. Fred no estaba para tanto cuento y ansiaba algo más terrenal, con quien formar ese hogar que jamás había disfrutado, con un par de niños tal vez.

De pronto, la voz de Ange sonó por el intercomunicador que tenían sobre la gran mesa donde se sentaban los creativos con sus PC y demás materiales de trabajo.

—*Señor Lahr, tiene una visita.*

—¿Por qué tanta formalidad? —quiso saber Xav, sentado al otro lado de la mesa, frente a él—. ¿Tenías una cita con un cliente a esta hora?

—No que yo sepa —contestó con un encogimiento de hombros.

Fred presionó el botón que lo comunicaba con la recepcionista, quien estaba de novia con el ingeniero informático, David, que había creado un nuevo programa para la agencia. Ambos eran grandes amigos de él, aunque con Ange habían tenido algunas rispideces al comienzo de su relación *oculta* con el hombre.

—¿Quién me busca, cariño? —preguntó Fred—. No espero a nadie en este horario.

—*Pues, dice que tu novia* —susurró la bella morena.

Fred frunció el ceño y, cuando elevó la vista, se percató de que tenía tres pares de ojos observándolo en forma interrogativa. Nick y Xavier lo contemplaban del otro lado de la mesa y Andy, de igual forma, pero a su lado.

—Ya voy, cariño. —Fred se encogió de hombros en forma de respuesta a sus amigos. Se elevó de su silla giratoria, quitó el saco del respaldo de su asiento y se lo puso antes de caminar unos metros hacia donde se hallaba la recepción y la pequeña sala de espera.

En cuanto se acercó al escritorio de la recepcionista y vio a la joven

sentada en uno de los sofás, se detuvo en el acto, asombrado. Había estado con varias mujeres, por lo que esperaba que una de sus tantas compañeras de cama fuera la que se presentara, sin embargo, no hubiera sospechado que se tratara de la bella y rubia conejita.

Apenas lo divisó, Phil se alzó y clavó los ojos azulinos en los suyos.

—¿Te acuerdas de mí? —cuestionó la joven con evidente nerviosismo.

A Fred no le pasó desapercibida la mirada extrañada de Ange, pero su amiga tuvo el buen tino de no comentar nada y descender su cabeza hacia la pantalla de su PC, haciendo caso omiso de lo que había oído.

—¿Hay algún lugar libre? —preguntó Fred a la morena, quien elevó el rostro como si fuera un resorte.

—La sala de reuniones.

Era de paredes de cristal y junto a la sala de los creativos, descartada. Quería un sitio con mayor intimidad. Fred sacudió la cabeza de un lado al otro.

—No, un despacho, Ange.

—Mark está en una presentación, así que el suyo está disponible.

Fred tomó a Phil por el codo con delicadeza. Ese simple toque fue como si un dispositivo Taser hubiera sido descargado en su cuerpo.

—Vamos. —La condujo hacia el despacho de uno de sus jefes. Una vez que estuvieron dentro, posó sus manos sobre los hombros femeninos y le sonrió—. ¿Qué te trae por aquí, conejita Phil?

—Yo... tengo un problema.

Fred hizo un ademán con su mano para que la joven tomara asiento en uno de los sofás *bordeaux* que estaban a un lado del escritorio y él lo hizo en el otro, junto a ella.

—Dime en qué puedo ayudarte.

Esa vez, ella llevaba un vestido con escote redondo y largo hasta las rodillas, en un naranja pálido, y con dibujos de pajaritos azules, unos zapatos bajos en el mismo tono cerúleo que hacían juego con el *sweater* abierto y con

su mirada.

—Pues... —Phil se frotó las manos sobre su regazo—, mi madre y la de Robbie son muy amigas...

—¿Robbie?

Fred se había perdido en el contorno de las orejas femeninas que quedaban a la vista, dado que llevaba el cabello recogido en una cola. La luz proveniente de la gran ventana detrás del escritorio hacía que cada hebra brillara con distintas tonalidades de rubio.

—Eh... el hombre con el que te confundí en el cuarto de baño del bar.

—Ah, tu *ex*, ¿cierto? —puntualizó, haciendo hincapié en la palabra *ex*.

—Sí. —Phil hizo una pausa—. Y parece ser que él le contó a su madre que yo ya tengo nuevo novio, quien le contó a la mía y ahora mi mamá quiere conocerlo. Ella está muy feliz de que haya podido rehacer mi vida. Ese nuevo novio... serías tú. Quisiera pedirte si podrías...

—No.

—¿Qué? Aún no te he dicho...

—Ya sé lo que vendrá y mi respuesta es «no» —afirmó al tiempo que se levantaba del asiento, se encaminaba hacia la ventana y se detenía de espaldas a ella.

—Solo será una cena —insistió ella desde su asiento—. Te conoce, se queda tranquila sobre mí y listo. Sería este viernes por la noche, es solo una vez, lo juro.

Se volteó hacia ella, pero permaneció fijo en el lugar y con una mirada dura sobre la joven.

—No, y, además, ese día veré a un amigo. —Su voz fue inflexible y tirante.

—Puedes cancelarlo y quedar con él otro día —sugirió la mujer, y su expresión denotaba cierta esperanza, una que Fred aplastaría en un segundo.

—No, David es muy especial y no le haría eso. Voy a ayudarlo a planificar un viaje que hará con su novia y su hija —sin entender la razón, se encontró justificándose ante esa extraña—, es muy importante para él, y para mí lo es el

acompañarlo en este proyecto.

—Bien, podríamos cambiarlo para el sábado. —Se la notaba más desinflada y con los hombros caídos, ya había perdido la noción de lograr una victoria. Algo se abrió en él, una emoción hacia esa fémica, una especie de ternura ante su desesperanza.

—¿Una sola vez?

—Pues...

—¡Maldición! —masculló ante su propia estupidez—. ¿Qué tienes en mente?

—Pensaba que podrías acompañarme a un par de eventos —dijo ella al tiempo que jugaba con su cola de caballo rubia—. Mi ex nos vería juntos, se pondría celoso y tal vez se replantee su decisión de terminar nuestra relación.

A medida que Phil hablaba, parecía considerar a Fred una especie de conquistador compulsivo o un *gigoló*, lo que lo enfadaba más y más con cada palabra que salía de esa boca rellena que tanto lo cautivaba.

—Podría pagarte.

Ese comentario lo sacó de su ensimismamiento y, si antes estaba enfadado, en ese instante, la furia llegó a niveles inauditos. ¿Pagarle? ¿En serio? ¿Tan desesperada estaba por reconquistar a ese idiota?

—No te preocupes, cariño —dijo en un tono meloso que resultó empalagoso hasta para él—. No te cobraré por el servicio, al menos no con dinero. —Oh, la expresión de ella era todo un poema dedicado a la indignación, y estaba seguro de que podría mejorarlo con sus próximas palabras. Era tanta la furia que sentía por dentro que debía darle una vía de escape—. Tan solo pedirte a cambio que te conviertas en mi perro faldero.

—¿Perro? —Phil se levantó de su asiento y se aproximó a él con su rostro desencajado.

—Tienes razón, más bien, mi perra.

La bofetada no podría decir que lo sorprendió, pero de igual forma lo dejó petrificado y parecía que a ella le había sucedido lo mismo. Phil mantenía la

mano en alto y los ojos desorbitados, aunque, segundo a segundo, recuperó la compostura.

—Si piensas que voy a acostarme contigo por...

—¿Quién mierda dijo algo de acostarnos? —preguntó él entre dientes. Sentía que su mejilla ardía y estaba seguro de que tendría cinco dedos bien marcados en esta. No podría decir que la culpaba, pero mierda si apreciaba tener la mano femenina grabada en su rostro—. Yo seré tu príncipe encantador, pero tú harás el papel de mi novia en mi círculo, estarás a mi disposición siempre que salga con mis amigos y me mimarás en cada una de esas salidas como si no tuvieras ojos para nadie más, como si fuera la luz que ilumina tus días, cariño. Si no aceptas, se termina aquí esta negociación.

—¿Quieres que haga de tu novia? —inquirió con un tono incrédulo.

—Enamorada perdidamente. —Fred se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa calculadora—. No más de lo que tú pides.

—¿No esperas intimidad? —pronunció por lo bajo.

—No más de la que estés dispuesta a compartir conmigo.

Ella frunció el ceño y se mordió el labio inferior de una manera tan sensual que poco estuvo Fred de echarse para atrás y poner el sexo como parte importante del trato. La expresión pensativa de la joven era tan atrayente como tentadora.

—Bien. —Phil le tendió la palma con una seriedad que a punto estuvo de arrancarle una carcajada.

No obstante, al estrechar la mano femenina, no podía negar que se asombraba de la decisión y el talante que ella mostraba. Fred había esperado que la inocente conejita no aceptara, que se diera media vuelta y saliera de su vida de la misma forma en que había aparecido: estrepitosamente.

—Eso era todo lo que tenía para hablar contigo. —Ella se dispuso a voltearse.

—Espera, conejita. —La detuvo al sujetarla por el brazo con su mano. Ella observó el punto de contacto y alzó la vista, de manera lenta, hacia él, como si

fuera un ser despreciable. Parecía que no había hecho una buena impresión—. ¿Cómo se supone que nos pondremos de acuerdo? ¿No te parece que, al menos, intercambiamos número de móvil?

—Ah, cierto. —Phil rebuscó en su pequeña cartera azulina que le colgaba de un hombro hasta su cadera. Se pasaron los números y acordaron que tendrían que encontrarse antes de la reunión con los padres de ella para tramar un plan de acción.

En cuanto la mujer se retiró, a Fred le quedó una especie de sabor amargo en la boca del estómago. Lo que pensó fue que el contrato podría jugar a su favor. A él le gustaba la joven y mucho, y para hacer esa actuación deberían encontrarse con asiduidad, suponía, como para que fueran convincentes en la pantomima.

Al reencontrarse con sus compañeros, fue rodeado por todos ellos y acribillado a preguntas y más preguntas sobre su *novia*. La noticia había corrido tan rápido que hasta sus jefes ansiaban saber sobre ella. No tuvo el valor de contar la verdad, por lo que, a pesar de que odió cada palabra que abandonó sus labios, mintió y les regaló una supuesta historia de amor a primera vista, una que había comenzado en ese encuentro en el baño de un bar.

Capítulo 4

Esa misma noche era en la que, una vez por semana, jugaba en línea con sus amigos y se lamentó de que fuera justo ese día, pero tampoco dejaría de hacerlo. Se lamentó porque sabía que sería el protagonista de todas las bromas que se efectuarían durante el juego en el que se comunicaban vía Skype entre sí.

—*¡Yo no puedo creer que hayas ido a orinar y terminaras con una novia!*
—se burló Andy.

—*Saben que Fred es enamorado, eso no quiere decir que las mujeres le perduren* —comentó Xavier entre risas.

—*Todas caen por su apariencia de Sam Heughan* —acotó Nick.

—*¡No me parezco a ese tipo!* —exclamó él como por enésima vez.

—*¡Claro que sí!* —gritaron todos al unísono, menos David, que se mantenía en silencio entre tanto alboroto.

—*Los ojos de Fred son marrones, los de Sam Heughan son claros* —argumentó Xav.

—*Aunque su novia lo ve parecido a Nick* —comentó el pelilargo.

—*¿A ti?* —preguntó Xav.

Las risotadas se reproducían como un disco rayado y Fred ya estaba cansado y sus oídos dolían de tanta tontería.

—*No, al zorro de Zootopia* —replicó Andy.

—*¡Basta!* —bramó Fred—. No me parezco ni a ese actor, ni al estúpido

zorro, ni sé cuánto durará este noviazgo.

—*Hey, viejo* —dijo Andy con seriedad—, *estamos bromeando.*

—*Sí, tal vez nos hemos pasado, Jamie* —se mofó Nick—. *No, en serio, lo siento. Te estamos tomando el pelo un poco.*

—*Es obvio que todos queremos que seas feliz, sabes que te amamos* —repuso Xav con tranquilidad.

—*Sí* —fue lo único que verbalizó David.

—*Gracias, sé que solo son bromas.*

—*Un poco pesadas, eso sí. Pero es cierto, te amamos, Fred* —afirmó Nick—. *Y queremos que entre Phil y tú todo vaya sobre ruedas.*

Fred suspiró. Era el peor tipo del mundo al engañar a sus amigos de esa manera. Jugaron un poco más, pero se mantuvo abstraído de la conversación subsiguiente que iniciaron los chicos. Se sentía apagado y en falta con todos ellos.

Cuando terminó el juego y cortó la comunicación, se tomó un buen trago de cerveza y puso un partido antiguo de fútbol americano en la TV, hasta que sus ojos comenzaron a cerrarse y se metió en su cama.

Apenas traspasó la puerta de S&P, a la mañana siguiente, la pequeña agencia publicitaria en la que trabajaba junto a las personas que se habían convertido en su familia, a los que había conocido en una compañía anterior, Hayworth Enterprises, se percató de que algo se cosechaba en el aire.

Se acercó a Andy, quien sorbía de su taza de Hulk, una de las infusiones que compraba Samantha, apoyado con la cadera contra la encimera donde guardaban los *blends* de hierbas junto con las tazas de superhéroes de DC y Marvel y el hervidor eléctrico.

—¿Qué ocurre?

Andy conectó su mirada casi transparente en él y se encogió de hombros.

—Habrà una reunión con Alex y Mark en un rato. —Clavó los ojos del color del agua en él, parecía penetrar en sus pensamientos y a Fred lo recorrió un escalofrío por la columna ante la solemnidad del castaño—. ¿Qué te ocurre

a ti?

Era demasiado temprano para noticias, fueran buenas o malas, y mucho más para un interrogatorio.

—¿A qué te refieres? —escupió mientras volcaba agua hirviendo en otra taza con un saquito dentro.

—Lo de este noviazgo inusitado —murmuró Andy al acercarse a su oído—. A los demás quizás pudiste venderles esta actuación como buen publicista que eres, pero yo sé que esa noche no se inició nada entre ustedes.

El silencio aumentó entre ellos al igual que la tensión. Andrew era una persona muy perceptiva y uno de sus mejores amigos, con quien muchas veces habían permanecido hablando hasta altas horas de la noche, fuera de las bromas usuales en grupo.

—Ella me gusta, más de lo habitual —confesó con un encogimiento de hombros y rehuendo su mirada incisiva al fijarla en el vapor que salía de su bebida.

—También lo noté, pero no es mutuo. —Maldito fuera Andy y su forma de dar siempre en la tecla y de entrometerse.

—No, no lo es —confirmó.

Andy lo tomó del hombro y lo obligó a voltearse para que lo encarara. Había dejado su taza de Hulk en la encimera y su rostro adquirió una expresión de piedra que no auguraba nada bueno.

—Entonces, ¿por qué demonios te embarcaste en este asunto y de qué se trata?

Fred suspiró y se pasó una mano por el cabello, desordenándolo.

—Muy claro aún no lo tengo, solo que quiere que aparente ser su pareja frente a sus padres y...

—¿Y...?

—En especial, frente a un idiota del que está enamorada. Quiere que se muera de celos por dejarla y que reconsidere su decisión —reconoció, y cada palabra fue como arena en su boca.

¿Por qué la vida le ponía escollos en el camino? Una vez que hallaba a una mujer que lo tocaba por dentro y esta lo quería como un medio para conseguir a otro.

—¡Mierda, Fred! Estás condenado, viejo. —Andy presionó con sus manos cada uno de sus hombros—. Sacaste un boleto a sufrir durante todo el proceso.

—Lo sé —Fred le ofreció una media sonrisa y un guiño para tratar de apaciguar la tensión de la situación, aunque sintió que solo era otra mentira más—, pero también deberé pasar tiempo con ella y, quizás, eso juegue a mi favor.

—Tal vez. Pero no apuestes todas tus fichas allí, hombre. —Andy lo soltó, apoyó el culo contra la encimera y se cruzó de brazos.

—Uff, un poco de esperanza no te vendría mal, ¿cierto? —comentó el pelirrojo al imitar la postura furibunda de su amigo. Observó que sus otros compañeros de sector, Sam, embarazada de seis meses y pareja de su jefe, Alex, y Xav y Nick, trabajaban a la mesa larga que compartían sin llevarles el apunte—. Tu humor se ha deteriorado a pasos agigantados.

—Lo sé. —Andy se encogió de hombros, tomó su taza y le dio un sorbo sin transmitir ningún gesto con su rostro.

—Quisiera que esto quedara entre tú y yo, Andy —murmuró Fred.

—Claro, eso ni tienes que pedirlo.

Fred se relajó y le pasó un brazo por lo hombros para atraerlo a su costado.

—Cómo te quiero, viejo. —Apoyó la mejilla en el hombro de Andy—. Y sabes que, cuando quieras sacar a la luz toda esa oscuridad que parece envolverte últimamente, solo tienes que decirme.

Andy volvió a encogerse de hombros, pero sus comisuras se elevaron un tanto y sus ojos mostraron esa chispa que hacía tiempo parecía haberse apagado. Fred suponía que el que todos sus amigos se pusieran de novios, se casaran y tuvieran hijos no ayudaba al hombre que siempre soñó con un amor de cuentos de hadas.

Al rato aparecieron Mark y Alex, junto con sus asistentes, Charlie, a su vez

esposa de Xav, y Key, también novia de Mark, para llamarlos a todos a la sala de reuniones.

La sonrisa de Alex podía ser tétrica algunas veces, aún no había aprendido a descifrarla al completo, por lo que puso a todos tensos de inmediato. Cada uno estaba sentado a la gran mesa y contemplaban con atención a sus jefes que estaban extendidos en un extremo.

—Queríamos anunciarles —comenzó Mark, no era raro que él tomara la palabra, dado que Alex lo evitaba siempre que podía— que nos hemos inscripto en los premios Cannes Lions y... ¡hemos quedado finalistas!

Al principio reinó un silencio sepulcral, como si nadie se hubiera percatado del alcance de lo que acababa de anunciar Mark. Hasta que alguien, Fred no podía precisar quién, se elevó de su asiento y aplaudió mientras profería felicitaciones tras felicitaciones, a lo que lo siguió el resto del equipo, Fred incluido, que se aproximó a sus jefes para palmearles la espalda, besarlos, hasta terminar en un enorme abrazo grupal.

—Así que, quienes quieran acompañarnos, vayan preparando sus maletas para junio.

Otro conjunto de gritos de alegría resonó en la pequeña habitación con paredes de cristal. No era algo menor para una agencia pequeña, como aún era la suya, quedar como finalistas. Eso le abriría un sinfín de puertas en cuanto a clientes de mayor nivel.

Una vez que todo el alboroto se calmó un poco, Alex tomó a Sam del codo y la condujo a su despacho de forma inadvertida por los demás.

—No creo que vaya —mencionó Alex.

—¿Qué? ¿Estás loco? Tienes que ir junto a Mark. Es tu agencia, Alex.

—No con tu estado, si algo llega a...

—Nada va a pasarme —lo cortó en seco. Su novia era un ser temible cuando se lo proponía—. No creo que vayan todos los chicos, alguno podrá informarte segundo a segundo que no te estaré mintiendo cuando te cuente que estoy bien. En junio estaré de veintiocho semanas, faltarán doce para que

nazca nuestra bebé.

—No qui-qui-quiero dejarte, Sam. —El temor arraigó profundo en él. Podría soportar lo que fuera, salvo no estar presente para ella si lo llegara a necesitar.

—Solo serán unos días. —Sam se acercó a lo que permitió su abultado vientre y le acarició la mejilla con tanto amor que lo desarmó—. Estaré bien.

Alex atrapó la mano femenina en la suya y besó, uno a uno, los pequeños dedos.

—Júralo —pidió en voz tan baja que sospechó que quizás ella no lo hubiera oído.

—Lo juro, Alex.

Fred había visto como su jefe y su novia se retiraban con los brazos enlazados. Desde que Sam había ingresado en su vida, Alex había cambiado tanto, estaba más comunicativo y sonriente, y se brindaba más con todos ellos. Se podría decir que lo había transformado en un ser social para dejar atrás al ser huraño y ermitaño.

Él quería eso para sí mismo. Una persona que lo transformara en su mejor versión, con el que cumplir los sueños que se fuera proponiendo en su destino. Y solo la imagen de una conejita se conjuró en su mente. Una de tez blanquecina, cabello dorado, ojos azulinos, mejillas sonrosadas y labios rellenos.

Sin pensarlo dos veces, Fred tomó su móvil y envió un mensaje a la joven que lo incordiaba en sus pensamientos, para verse con la excusa de conocerse y conseguir una buena actuación frente a sus padres cuando pusieran en pie la charada.

Esperó un par de minutos que se le hicieron eternos hasta que recibió la contestación de ella. Le pasó una dirección para que la encontrara allí hasta cierto horario. ¿Sería donde trabajaba? No sabía nada sobre la mujer y lo

sorprendió el anhelo de conocer hasta el aspecto más recóndito de su vida.

Casi explotó con una risotada ante su ansiedad por ver a la joven, como un adolescente frente a su primera cita, y eso lo entusiasmó como hacía tiempo no le sucedía ante la perspectiva de encontrarse con una mujer.

Phil era distinta, debía admitirlo. Fred experimentaba como si frente a sus ojos se hubiera puesto un cristal que le hiciera ver la vida color de rosa y exóticos aromas dulces lo envolvieran y cautivaran.

Capítulo 5

Fred revisó la numeración que le había pasado Phil sobre la calle cincuenta y siete, esquina con la avenida nueve. Se trataba de una pequeña floristería con un gran ventanal colmado de flores de diversos colores y una puerta vidriada; los marcos estaban pintados en un verde pastel. Un toldo de similar color, con unas flores en distintos tonos de rosado y pétalos que se desprendían de estas, descansaba sobre el ventanal. Cuando entró, una campanilla sonó en la puerta, anunciando su llegada, y una dulce voz que provino desde una abertura que daba a la parte trasera del local le informó que en seguida estaría con él. Por lo que aprovechó para deambular por el pequeño negocio, contempló los estantes de roble de un tono grisáceo montados en paredes blancas y repletas de vasos de metal enchapados en blanco con diseños *vintage* de pimpollos y pájaros. Debajo, unos cuantos jarrones del mismo estilo cubrían gran parte del suelo, cada uno poseía distintas flores, unas simples y silvestres y otras, exóticas y de colores brillantes. Un mostrador en madera del mismo tono que el exterior, del lado opuesto, delimitaba el corredor que dejaba arribar hasta el final de la tienda, donde había más flores en vasijas y jarrones de zinc.

El ambiente, en su conjunto, otorgaba un aire de época de antaño que hacía que uno se adentrara en un mundo de fantasía y de puro romance, como haber ingresado a *El jardín secreto*.

Inspiró con los ojos cerrados y su sentido del olfato se llenó de ese aroma entre inocente y salvaje, pero tan sensual, que solo podía asociar con Phil, su

Phil, la mujer que lo había encandilado de tal manera que parecía imposible.

—Disculpe la demora. Estaba... Ah, solo eres tú, zorro —concluyó con un tinte de entre hartazgo y desprecio en la voz.

¡Ouch! Su Phil podía ser hiriente cuando quería y casi sin proponérselo.

—Un dardo directo al corazón, conejita. —Fred teatralizó sus palabras al llevar ambas manos contra su pecho, reclinarsse hacia atrás y conjurar una expresión dolida.

Ella esbozó una sonrisa que hacía resplandecer su mirada azulina, pero pronto retomó su actitud ácida. Fred se aproximó al mostrador y apoyó los codos en este.

—Me gusta tu floristería. No te imaginaba en un lugar así.

—¿Ah, no? ¿Y a qué pensaste que me dedicaba?

Fred se golpeó el medio de la barbilla con un dedo mientras dirigía su vista al techo y vislumbraba las arañas de caireles. Sonrió, era algo que completaba un viaje a un tiempo victoriano.

—¿Maestra de kínder? Te imaginaba rodeada de pequeños de tres o cuatro años, con sus rostros pegajosos por dulces y chocolates y que balbucearan sin parar para que les leyeras algún cuento.

Ella volvió a sonreír y sacudió su cabeza de un lado al otro, como si él se comportara como un gracioso idiota. Tal vez sí lo hiciera, pero poco le importaba.

Él se giró y, de un envión, se sentó sobre el mostrador. Miró entorno, evaluó cada aspecto del local y contempló por fuera del cristal de la vidriera a la gente pasar por la acera.

—¿Es tuyo o eres empleada?

—Mío.

—Bien. —Fred volvió a observar el local, pero, esa vez, con renovado ojo crítico, el que siempre poseía para valorar el producto de un cliente—. ¿Haces entrega a domicilio? —Ella negó con la cabeza al tiempo que escribía en un anotador unos cuantos números, suponía que de las ventas de la jornada

—. ¿Venta en línea? —Ella volvió a otorgarle una negativa y Fred frunció el ceño—. ¿Tienes página web?

—Aún no.

—Conejita, tu negocio no está explotado en todo su potencial. *Pétalos al viento* debería tener su propia página web donde cualquier cliente que buscara un arreglo floral en Manhattan pudiera encontrarte. También deberías ofrecer venta en línea y entrega a domicilio.

Phil tan solo se encogió de hombros sin siquiera desviar la mirada de su maldito anotador. Eso lo enervó hasta lo indecible, podía pensar de él lo que quisiera, pero en hacer crecer un negocio era un experto. Al menos podría contemplarlo a los ojos para percatarse de lo serio que era.

—Phil...

—Tenemos que comenzar a hablar de nosotros para poder hacer una actuación convincente frente a mis padres —replicó la joven sin alejar la atención de las hojas en las que garabateaba—. Ah, se canceló la cena por el momento, mi madre no se sentía bien, así que la pasaremos para más adelante.

—No hay problema —contestó hosco y casi en un gruñido. Iba a comentar algo sobre que no lo tenía en cuenta, cuando un hombre al que no esperaba ver allí traspasó la puerta de cristal.

Lo peor de todo fue contemplar cómo su supuesta novia alzaba la vista y sus ojos resplandecían al divisar al tipejo que la había abandonado y que con bruscas palabras se había dirigido a ella la noche en que Fred la había conocido. De un saltó se bajó del mostrador.

—Robbie —dijo ella con una dulzura que no hizo más que aumentar su enfado.

—Hola, Phyllis. —A Fred solo le dedicó un ademán con la barbilla para luego centrarse en la fémica—. Pasaba por aquí y... —Oh, esa maldita pausa que adelantaba lo que no sería, pero le daba a ella unas esperanzas absurdas.

—¿Y?

—Pues, quería comprar unas flores y sé que siempre procuras tener unas

preciosas y frescas, por lo que pensé: ¿por qué no comprarlas en la floristería de Phyllis? A ella no le vendrá mal el dinero.

Fred rechinó los dientes ante tan tremendo, maldito, desconsiderado e insensible tipejo. «Por favor, que ella no pregunte para quién. Que no lo haga», rogaba Fred para sus adentros, pero sus rezos no fueron escuchados por el diablo del destino.

—¿Para quién sería el ramo?

—Pues... para mi novia, por supuesto —concluyó el tal Robbie mientras observaba diferentes ramos.

Los ojos azulinos perdieron su brillo y la tirantez en su adorable rostro mostró lo dolida que se sentía, a pesar de que intentó ocultarlo tras una enorme sonrisa estática.

—Oh, no creo que tu compra haga una gran diferencia, dado el crecimiento que ha tenido este negocio en el último tiempo —mintió Fred. Él no tenía idea de cuáles eran los ingresos del local de Phil, pero no le daría la satisfacción a ese patán de sentirse un buen samaritano cuando se comportaba como un torturador liso y llano.

—¿Ah, sí?

—Claro —prosiguió Fred en su salsa—, con toda la campaña publicitaria que estamos organizando y los alcances que tenemos pensados, este negocio solo tiene que despegar como un cohete hacia la luna.

—¿De qué hablas? —Robbie se volteó hacia la joven—. Phyllis, ¿qué campaña publicitaria? Creí que estabas en bancarrota después de abrir la floristería.

—Eh...

Fred le tendió una tarjeta y alzó una comisura de su boca en una expresión socarrona al constatar cómo se ampliaban los ojos del hombre.

—Ya me he presentado, pero no he informado a qué me dedicaba, ¿cierto? Soy publicista, y debo mencionar que uno muy bueno —soltó mientras se evaluaba las uñas recortadas al ras de su mano para luego elevar la vista y

sonreír con un engrimiento que realmente sentía cuando se refería a su trabajo. Él, al igual que cada uno de sus compañeros de S&P, era un experto en lo suyo y no tenía el estilo de personalidad que se mostrara modesto ni un poco.

—Oh... no, no lo mencionaste. Yo... soy corredor de bolsa.

—Ouch, aburrido, hombre. —Se lamentó de forma sardónica al ponerle una mano en el hombro a Robbie y sacudir la cabeza de un lado al otro—. En realidad, te compadezco. Ya te enterarás al ver a Pétalos al viento por todas partes.

—Estaré atento —mencionó el ex de la joven, y se desprendió de la mano de Fred con un movimiento del torso—. Bien, Phyllis, si pudieras...

—Claro, vamos a elegir las flores. —Phil salió detrás del mostrador y se aproximó a los tantos jarrones de zinc—. ¿Qué tenías pensado? ¿Qué... es lo que le gusta a ella?

—Como a todas las mujeres, las rosas. —Fred notó el respingo que ella dio y se preguntó si su conejita no sería fanática de esos capullitos de intenso aroma.

—Cierto, las mujeres somos predecibles —masculló, y Fred pudo captar la furia contenida en su voz. ¿Acaso a ella no le agradaban? ¿Había recibido demasiadas?

Estuvieron unos minutos recorriendo, en los que Phil eligió unas cuantas flores de diversos colores junto con otras silvestres que insistió que le darían mayor protagonismo a aquellas clásicas. El resultado fue un ramo precioso y fuera de lo común.

Ella parecía danzar entre las flores como una elfa hermosísima, la soñó despierto ataviada con un hermoso vestido vaporoso y con su cabello libre. Parpadeó un par de veces para salir de esa encantadora visión al percatarse de que Robbie abonaba su compra y se despedía de su ex.

Ella se giró hacia él con las manos en sus caderas y una mirada que echaba chispas y no de las buenas.

—¿Qué? —cuestionó él al cabo que mostraba sus palmas en alto con aire de total inocencia.

—¿Qué fue todo eso de campaña publicitaria y demás? —Se acercó a él con tal aire amenazador que Fred solo quería estrecharla contra su pecho y comerle esos labios que aplanaba con furia.

—Algo que se me ocurrió. Le daría un despegue extraordinario a tu local.

—No sucederá —lo contradijo, tajante. No obstante, Fred prosiguió como si ella no hubiera dicho nada.

—Y por lo que dijo ese idiota...

—¡No te refieras a él de esa manera! —exclamó cada vez más cerca de él.

—Lo necesitas —continuó al hacer caso omiso de la reprimenda femenina.

—No tengo el dinero para ninguna campaña. —Phil tomó asiento en una de las banquetas de hierro blanco frente al mostrador—. Aún no obtengo ganancias con Pétalos. Invertí todos mis ahorros aquí y debo darle tiempo...

—¿Hace cuánto que inauguraste?

Fred se reclinó, de espaldas, contra el mostrador y apoyó los codos sobre este, observando la pared contraria, la adornada con las estanterías y las vajillas *vintage*, repletas de pimpollos de diversos colores y aromas.

—Seis meses.

—¿Tienes pérdida?

Phil tardó en contestar. Tomó el bolígrafo que había dejado antes y garabateó en el anotador.

—Pues... No... siempre.

—Ay, conejita, me necesitas. En serio.

—Pero...

—Shhh. —Fred tuvo el mal tino de posarle un dedo sobre esos labios tentadores y rellenos, y su entrepierna cobró vida con una velocidad inaudita. Deslizó el pulgar por debajo de su labio inferior y el pequeño jadeo que abandonó la boca femenina no ayudó en nada a calmar el deseo que lo recorrió. Carraspeó y apartó su mano de ella—. Haré un par de llamadas. —

Acalló las protestas de la bella florista con una palma en alto y, en unos segundos, tuvo a David al teléfono en altavoz—. Dave, amigo...

—*David.*

—Escucha, preciso que me recomiendes a alguien que pudiera hacerme una página web en un parpadeo, algo con estilo y profesional, *peeeero* y este es un gran *pero*, a un muy bajo costo.

—*Depende de lo que deba ofrecerse, pero de todas formas es un trabajo costoso.*

—Lo sé, Dave.

—*David.*

—Pero mi cliente no tiene dinero para invertir.

—*No se puede hacer sin dinero.*

—Vamos, hombre, es un favor especial para un amigo.

—*¿Tu amigo?*

—No, Dave, para tu mejor amigo. Es decir, para mí.

—*¿La página es para ti?*

—No... Es para mi... novia.

El silencio se hizo de ambos lados de la línea. Fred odiaba tener que mentirle a un hombre que apreciaba y que era tan especial como David, pero tampoco podía incumplir el contrato que tenía con Phil. Ante todo, era un hombre de palabra. Con que Andy supiera sobre la charada era más que suficiente.

—*Bien. Solo dime qué precisas y lo haré lo antes posible.*

—*¿En serio? ¿Te encargarás personalmente?*

—*Lo haré por mi mejor amigo.*

—Ay, Dave, sé cuánto odias que te diga Dave, pero te aseguro que, cuando te llamo de esa manera, solo te estoy expresando cuánto te amo.

—*Eh, Frederick...*

—Oh, no tienes que decime nada, sé cuánto tú también me amas. Quizás no lo sepas, pero así es, amigo. Lo hablaremos mejor mañana por la noche y te

explicaré, lo prometo.

—*Bien.*

Con un caluroso saludo, se despidió de su sucinto amigo. David tenía unas cuantas dificultades, una de ellas era interpretar las emociones y sentimientos, tanto de las personas ajenas como de sí mismo.

Phil observó a ese hombre atractivo de cabello pelirrojo que sonreía como un tonto después de la extraña conversación con su amigo, uno que hablaba raro y contestaba muy sintético.

—Hey. —Ella chasqueó sus dedos frente a los ojos marrones de él—. ¿Estás despierto? —Ese hombre que había aparecido en su vida de improviso la desconcertaba. A veces era un grosero y pedante y otras, como con sus amigos, era en extremo cálido y cariñoso.

—Lo siento. Conejita, haré de Pétalos al viento un éxito rotundo. —La expresión masculina era abrumadora, como si el sol se centrara en sus ojos marrones con tintes dorados. Uno podía preferir la mirada clara del actor de *Outlander*, pero solo bastaba con ver su perfil apolíneo para quedarse encandilado con el hombre que tenía delante—. Tú solo siéntate y verás. Solo una última pregunta.

—¿Cuál? —preguntó con cierta desconfianza ante tanto entusiasmo que él mostraba, como un niño con juguete nuevo.

—¿Cuál es tu flor preferida?

Phil permaneció en silencio por unos segundos, evaluando al pelirrojo dios del sol, sin sacar nada en concreto aún.

—Las margaritas —confesó al fin.

«Ah, como mi Phil, son inocentes y salvajes», pensó Fred con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 6

David tomó asiento en su sofá tapizado en eco-cuero marrón, de esa forma rígida que era tan característica en su amigo. Fred se dejó caer, un poco despatarrado, en un sillón a un costado.

—Dime, Dave, ¿qué tienes hasta ahora?

Se lo veía incómodo y nervioso. Entendía que el inminente viaje a Italia con Ange y Miranda no era algo relajado para él y que necesitaba tener todo controlado y planificado para sentirse seguro y tranquilo.

—Angela compró los pasajes y el traslado desde el aeropuerto hasta Valtellina.

—Bien, es decir que no has avanzado desde entonces —comentó, y unió los dedos de sus manos por encima de su abdomen—. ¿Hablaste de esto con tu nuevo terapeuta?

—Sí.

Había veces en que odiaba las contestaciones tan sucintas del ingeniero. Solo respondía a lo cuestionado, sin agregar ni un poco más de información, por lo que se debía formular la pregunta bastante bien.

—¿Y?

—Él se ofreció a ayudarme a planificar, pero le informé que lo haría con mi amigo.

Sin poderlo evitar, Fred sonrió como un bobo. Adoraba a David.

—Perfecto. Entonces, lo primero, ingresaremos en una de esas páginas

donde puedes buscar la mejor opción de hospedaje. —Fred fue en busca de su ordenador portátil, lo emplazó sobre la mesa ratona en medio de ambos y tecleó hasta ingresar en la página web que quería—. Dave, Valtellina tiene varias regiones...

—Castionetto di Chiuro.

—Eh, vas a tener que deletrearlo, Dave. Ni idea de cómo se escribe. —David le indicó letra a letra y, en dos segundos, tenía una gran variedad de opciones—. Tenemos que especificar en qué centrarnos: ubicación, establecimiento, higiene, servicios, vistas...

—Higiene —contestó el moreno.

—Lo imaginaba, pero también hay que pensar en Ange y, en especial, en Miranda. Qué actividades puedan ser interesantes para niños de siete años, ¿no crees?

David pareció meditarlo por un instante.

—Sí.

—Y comodidades que tenga el alojamiento —continuó Fred al ir viendo las categorías que se enlistaban tanto en la página de alojamientos como en la de la región que ya había abierto en una nueva pestaña.

—Sí.

Fred lo miró por unos breves segundos. David parecía absorto en sus pensamientos; tal vez, Fred debería haber consultado con Craig, el antiguo terapeuta del ingeniero. Quizás no estuviera haciendo bien las cosas y tan solo magnificara las dificultades de David y lo hiciera sentir menos. Eso era lo más lejos de lo que pretendía.

—Gracias. —Fred se asombró cuando oyó la simple palabra abandonar a David. Se lo veía tenso y con la vista fija en el suelo de madera pulida.

—Ni lo menciones, Dave. Voy a abrir en ventanas adjuntas todos los sitios de hospedaje que tengan una puntuación alta por los clientes, es la medida más confiable. Allí podrás verificar que el lugar que elijas tenga cada cosa que esperas.

—Tienes experiencia en esto.

—No, nada de nada, viejo. Jamás he ido a ninguna parte ni siquiera en bus.

El esbozo de una sonrisa, que hubiera pasado desapercibido si Fred no lo hubiera estado observando, fue algo que le caldeó el alma. No sabía qué mierda le ocurría con David, pero sí tenía en claro que era alguien especial para él y estaba tan contento de verlo feliz con la familia que construía con su novia y la hija de esta.

—Yo tampoco he viajado —comentó el moreno.

—Pero ahora lo harás, Dave. Y todo saldrá de mil maravillas. —La quietud de su amigo lo incomodó, Fred se removió sobre el asiento y suspiró—. Dime qué tienes en la mente.

—Temo que algo resulte mal.

Conociendo las excentricidades de David, había un sinfín de cosas que pudieran salir para el diablo. Le hubiera gustado decirle que se despreocupara, que nada podía andar mal, pero sabía que eso no era así.

—Escúchame bien, Dave. Vas a llamar a la compañía de tu móvil y consultarás sobre eso del *roaming* o lo que sea para que siempre tengas servicio donde sea que estés. También escogeremos un alojamiento con señal de WiFi libre para que, ante cualquier eventualidad, por más estúpida que pudiera ser, tú me llames, ¿entendido? —David no contestó, solo unió las yemas de los dedos de una mano con los de la otra. A veces era tan difícil hablar con el hombre sin que lo observara a los ojos—. Promételo.

—Quiero que me expliques lo que hablamos por teléfono ayer —soltó David de golpe.

—¿Sobre confeccionar una página web para la floristería? Pues ese lugar tiene potencial, tiene que tener una sección de venta en línea, de pedidos...

—No. De que me amas y yo también lo hago. ¿Tú me amas?

Oh, no. Esperaba que David no hubiera malinterpretado sus palabras. David tendía a tomar de forma literal todo lo que se le decía y muchas veces no veía más allá del significado básico de las palabras.

—Eh, sí. Pero entiendes que me refiero como a un amigo, ¿cierto? Uno muy, muy bueno, casi como a un hermano, pero, definitivamente, para nada como Ange y tú se aman. Lo comprendes, ¿cierto?

—Eso creo. —David tenía la cabeza ladeada hacia un costado y le observaba la mejilla izquierda; él jamás, o en muy contadas ocasiones, conectaba la mirada con alguna otra persona. En general, fijaba la vista en la mejilla u hombro de su interlocutor.

Debatieron por dos horas al completo sobre los diferentes lugares que hallaron para la estadía en Valtellina, hasta finalmente dar con el que parecía más indicado. Esperaba que en realidad lo fuera, porque había quedado agotado, por lo que, cuando sonó su móvil al recibir un mensaje, casi lo pasa por alto.

Repantigado en su sofá con una botella de cerveza en su mano, leyó el texto. Casi salta del asombro cuando Phil le pedía que se vieran para definir algunos aspectos de la reunión con sus padres. Suspiró. No quería inmiscuirse en esa familia, esperaba que sus progenitores fueran despiadados y se merecieran semejante mentira.

En la tarde, en Pétalos al viento, Fred había tenido que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no atraer a la florista hacia su cuerpo y comerle esa boca que parecía una fresa madura. Anhelaba aferrar y acariciar cada una de esas curvas que parecía ella tanto detestar. Sí, era una persona rolliza, pero para nada gorda, o por lo menos el concepto de gordura que él tenía, cuando uno dejaba de estar saludable. Ella era una mujer que no entraba en los parámetros de belleza femenina actual, pero eso no la hacía menos hermosa a sus ojos.

¿Ella quería que se encontraran? Pues, en unos días sería la salida con sus amigos a Chesterfield, el bar que pertenecía a dos amigos de la infancia de Gabe, con quienes este se había reunido desde hacía unos meses después de años de separación.

Envió el mensaje con el día, dirección y lugar de encuentro. Sería una

espléndida oportunidad para probar su perrito faldero y dejarse mimar por la joven frente a sus amigos.

Phil ingresó al bar con ciertos resquemores. No entendía bien la causa de que Fred la instara a juntarse en ese sitio tan concurrido. En cuanto lo divisó, se quedó pasmada por la sonrisa de oreja a oreja que él tenía plasmada en su rostro. Una que le hizo temblar las rodillas y poner a tamborilear a su corazón. ¿Así que también podía conjurar una expresión semejante? Dado que era una sincera y no las pedantes o esas cínicas que parecía mostrarle de forma constante, como si él fuera a comerse el mundo y tuviera todas las respuestas a cualquier pregunta que se le formulara.

Se acercó a la mesa de la que provenía tremendo alboroto entre risas y conversaciones cruzadas. Cuando esos ojos marrones con espigas entre doradas y cobrizas se posaron en ella, la sonrisa sincera se tornó en una sardónica, sin embargo, eso no hizo que las palpitaciones en el pecho de la joven menguaran. Fred se elevó del asiento para aproximarse a ella. La tomó por la cintura de improviso, la pegó a su cuerpo y enterró la nariz en la curvatura de su cuello.

—Hola, mi perrita personal.

Lo primero que la sorprendió fue la calidez de aquel físico fornido y el aroma masculino que la envolvió. Por un instante, se sintió hipnotizada por él, pero la furia subsiguiente fue tan inesperada que la dejó tambaleante. Ese hombre tenía la capacidad de sacarla de sus casillas en medio segundo. Quería clavarle las uñas y que viera que más que un canino era una felina hecha y derecha, pero al alzar la vista se encontró con unos cuantos ojos o, mejor dicho, los de cada persona sentada a la mesa que compartía con Fred, fijados en ella.

Él se separó un tanto y le posó el pulgar debajo del labio. La acarició de una manera tan lenta y seductora que los huesos de Phil se derritieron, por lo

que se sostuvo de la muñeca del hombre y conectó con su mirada, perdiéndose en esta.

—¿Lista para tu actuación? —En esa ocasión, la sonrisa no arribó a los ojos masculinos, y había algo allí, algo que se le escapaba a Phil, pero que le generó el impulso de resguardarlo, abrigarlo entre sus brazos. Sin embargo, así como lo notó, desapareció en cuanto él se giró hacia los demás. La ciñó a su costado—. Amigos, les presento a Phil.

Los saludos se sucedieron unos tras otros. Sin proponérselo, Phil se encontró siendo abrazada y felicitada por personas que no conocía, y el cariño que emanaba cada una de estas la sacudió. Debían amar a Fred de forma auténtica para desprender tanta calidez por una desconocida.

—¡Ay, estoy tan feliz! —chilló una mujer embarazada que la tomó del brazo y tiró de ella hasta la mesa—. Siéntate y cuéntanos todo. ¿Phil?

—Philomena. Pero me dicen Phyllis.

—No va contigo, Phil es mejor —intercedió Fred al acomodarse a su lado—. Ten. —Le aproximó una botella de cerveza. Ella la agarró de forma automática, pero en realidad, preferiría dejar el alcohol de lado. No era una buena bebedora, en seguida se le subía a la cabeza y hacía tonterías.

—Fred, quizás tu novia prefiera beber alguna otra cosa —sugirió una mujer de cabellera rubia, que era preciosa. Todas ellas lo eran, a pesar de que el estilo de cada una era tan diverso, lo que la hacía sentirse tan fuera de lugar con su cuerpo exuberante.

—Entonces tendrás que llamar a la camarera para ordenar, conejita —la amonestó—, nosotros, los que llegamos a tiempo, ya lo hemos hecho.

—¡Fred! —lo reprendió Andy, a él también lo había conocido en la noche de la situación del baño.

Era el hombre que conocía la historia de Cenicienta y que sus amigos burlaban por gustarle las novelas románticas. Phil le sonrió y lo saludó con un ademán de la mano junto con un «Hola» vocalizado en silencio. Tenía algo en sus ojos tan claros como el agua que le transmitía una simpatía sin igual.

—Empieza cuando quieras —susurró Fred en su oído.

—¿Empezar qué? —contestó ella en un mismo tono, sin borrar la sonrisa de su rostro para no dejar al descubierto su pantomima.

—A ser mi *perrita faldera*.

—¡Deja de llamarme así! —masculló por lo bajo y al acercarse al hombre, pero fue un error porque su aroma la cautivó de una forma inaudita—. Le das una característica que no tiene.

—Podría, conejita. —Ese tono tan seductor y sugerente no hizo nada por calmarla, y sabía que tenía las mejillas como dos tomates—. Eso es abierto a elección.

Phil suspiró en frustración y se enderezó para toparse con la mirada de Andy. Se removió, incómoda, ante el escrutinio del castaño. Volvió a dejar salir el aire y se preparó para su actuación. Era justo que, si le pedía a Fred que montara una puesta en escena con su familia, ella se comportara en consonancia con sus amigos.

—Ay, *calabacita* —dijo. No había forma de que lo llamara *zorro* al hacer referencia a Nick en *Zootopia*, como hacía en privado. Enrolló su brazo en el masculino y se pegó a su costado, batiendo las pestañas como una gata en celo. «Mmmm, quizás un tanto exagerada», por lo que bajó la intensidad de su papel —, ¿no llamarías a la camarera por mí?

—¿Qué quisieras, *panquequito*? —«Oh, panquequito. La venganza no se hizo esperar». Phil amplió la sonrisa melosa.

—Una gaseosa sin azúcar.

—¿Para comer? —preguntó el pelirrojo con la voz azucarada.

La sonrisa se le borró como por arte de magia. Se había impuesto seguir una dieta al pie de la letra y hacer ejercicio de forma diaria y regular para conseguir bajar los kilos que le hicieran falta.

Sacudió la cabeza de un lado al otro y descendió la vista hacia la mesa. Los dedos que acariciaron su mejilla y la tomaron por la barbilla de manera desprevenida la hicieron dar un respingo.

—No vas solo a tomar una gaseosa dietética. Cada uno hemos ordenado algo de comer, Phil. Es más, allí viene mi pedido. —Una mesera con una gran bandeja traía varios platos y, detrás de esta, venía otra joven con una carga similar. Un plato con una enorme hamburguesa con papas fritas a un costado fue emplazado frente al pelirrojo. El estómago de Phil dio un gruñido para nada decoroso y mucho menos femenino. Hacía horas que no probaba bocado —. Punto a mi favor. ¿Qué quieres?

Phil tomó la carta que él le tendía. Buscó la sección de ensaladas y releyó las opciones, esperaba que algo la tentara, pero no fue así. Otra vez, unos cálidos dedos buscaron su barbilla y le giraron el rostro.

—¿Tienes sobrepeso premórbido? —preguntó el creativo con suma seriedad.

—¡Claro que no! —exclamó ella un tanto ofuscada.

—¿No estás saludable? ¿Acaso tienes colesterol alto, triglicéridos, diabetes? —Ella meneó la cabeza ante cada demanda, mareada al contener tanto la rabia como una sonrisa inoportuna. Fred se recostó contra el respaldo de su silla y dejó salir un suspiro teatralizado—. Ah, creí que tu estado era algo a tener en cuenta, que corrías algún peligro inminente.

Phil fijó la vista en el perfil de ese hombre entre pedante y tierno. Él agarró una de las papas y la digirió a su boca. Phil presionó los labios y Fred insistió con su mirada y su expresión, por lo que ella separó los labios y le permitió que ingresara ese bastón frito en ella. El sabor la deleitó y sus sentidos, como su hambre voraz, se dispararon. El gemido que escapó de Phil no pudo ser controlado y las mejillas se le tiñeron de un rojo intenso, al menos fue lo que sintió por el ardor que la invadió.

Su resolución se desmoronó y terminó ordenando un sándwich de salmón con unas abundantes papas fritas de acompañamiento.

Y Phil tuvo que admitir que estar con un hombre que, por más que actuaran, no era su novio, que no midiera lo que ella consumía o le echara en cara las redondeces de su cuerpo era un alivio. Una sensación de libertad la envolvió.

Y a pesar de no pretenderlo, se divirtió con aquel grupo de personas tan dispares, pero que tanto cariño compartían y desprendían. Parecía que el ser la novia de Fred la hacía merecedora de una posición dentro de ellos como un miembro fundamental.

En medio de la velada, una mujer de evidente origen latino, a la que le decían Ange y que reconoció como la recepcionista de S&P, se elevó junto a un hombre, que era David, el que se encargaría de desarrollar la página web de su floristería. Anunciaron un viaje a Italia y todos bromearon sobre una inminente boda y supuesta luna de miel, que fue desmentido en el acto por la bella morena.

Phil se halló brindando con todos ellos por la pareja. Los felicitó y festejó con el resto, como si hubiera sido parte de ellos desde siempre. Lo que la cautivó en esa noche fue la genuina felicidad que reflejaba el rostro de Fred con respecto al futuro viaje de Ange y David, y, aunque ella jamás lo admitiría en voz alta, no pudo quitarle los ojos de encima casi en ningún momento.

Sin embargo, tenía que mantener en su mente que lo único que quería de ese noviazgo ficticio era que Fred la ayudara a recuperar a Robert.

Capítulo 7

—Hey, que vengo detrás —se quejó Brian cuando Nick aventó la puerta del apartamento donde vivían—. ¿Qué te ocurre?

—Nada —escupió el pelilargo, adentrándose en el *living*.

Brian lo aferró de un brazo y lo volteó hacia él, y casi tropiezan con la mesa ratona. Se apoyaron uno en otro para estabilizarse.

—No me mientas —pidió Brian al acunar el rostro de su novio—. Desde que salimos de Chesterfield estás muy callado, algo no habitual en ti, y siento como si estuvieras enfadado conmigo. Así que dime, ¿qué he hecho?

Nick fijó la mirada en él y escalofríos recorrieron la espalda del abogado; algo grave sucedía. Lo presentía en sus entrañas y reunió toda la fuerza que pudo para mantenerse estoico, cuando lo que ansiaba era amarrarse al creativo y no dejarlo escapar jamás.

La tristeza en esos ojos melosos fue más hiriente que cualquier palabra o puñalada que le pudiera haber infringido. Él le hacía eso a Nick y lo sabía, solo que prefería hacerse el idiota.

—No ocurre nada, Brian. Todo está bien —mintió el pelilargo, y el abogado lo supo, su pareja le mentía porque lo amaba y, a pesar de que lo defraudara una y otra vez, Nick prefería hacer una vista al costado.

—Nick...

—Solo déjame un rato solo y se me pasará, ya verás. —Le aseguró con una sonrisa melancólica y que estrujó el corazón de Brian. Nick se giró y se

escondió en el cuarto que compartían.

Brian caminó un par de pasos y se dejó caer en el sofá, recostó la nuca sobre el vértice del respaldo y se tapó los ojos con un brazo. Estaba derrotado.

Su relación con Nick se hallaba en una meseta. No podía negar que él estaba más que feliz con su meseta, pero al creativo le había propuesto matrimonio hacía tiempo atrás y nunca habían avanzado desde esa pedida de mano. Brian no había confesado su noviazgo a sus padres, por ese motivo, Nick ni siquiera había podido acompañarlo al nacimiento de su sobrino y así conocerlo.

Sus amigos se comprometían, se casaban, realizaban viajes, tenían hijos. Todo eso lo tenía en mente con Nicholas y solo con él: casarse, viajar, adoptar hijos. Sin embargo, no sin antes de que Brian blanqueara su relación con su familia. Estaban detenidos por su culpa y conocía el profundo daño que le hacía al pelilargo. Lo amaba, pero lo hería con cada día que transcurría sin que lo sacara del ocultamiento.

No podía perder a Nick, la vida se derrumbaría sin él. Brian lo tenía claro, pero al mismo tiempo, no sentía la valentía suficiente como para enfrentarse a sus padres. Al menos, no aún. Necesitaba... ¿Qué mierda necesitaba? Sabía que ningún momento sería el indicado. Pero decirles a sus padres que su hijo era bisexual y que el amor de su vida era un hombre, era algo fuerte para una pareja tan tradicionalista de San Luis como eran sus progenitores. No obstante, no era un niño ni un adolescente. Era un maldito adulto, y que aún tuviera tales miedos de defraudarlos era casi infantil. Así que su interior se batallaba entre una cosa y la otra, dos posiciones que tironeaban de él y lo agotaban.

Era tarde, pero con la única persona con la que podía conversar sobre eso era su hermana, Micaela. Ella y solo ella comprendería su entredicho. Aunque también entre ellos había ciertas rispideces, dado que el mayor problema que poseía Brian era que él era perfecto para sus padres, cuando ella no. A él lo tenían sobre un pedestal, uno desde el que Brian no estaba dispuesto a caer. En

cambio, su hermana siempre fue la rebelde que traspasaba todos los límites y se aventuraba en aguas desconocidas. Y gracias a esa personalidad temeraria de Mica, ella había conocido a Derek y habían formado una hermosa familia en Los Ángeles.

Nada le importó ya, sacó su móvil y presionó sobre el nombre de su hermana.

A la hora y justo cuando acababa de terminar la conversación con Mica, Nick salió de su confinamiento como si nada hubiera ocurrido, tan dulce y amoroso como siempre, para acurrucarse contra él en el sofá. Y eso también le resquebrajó el corazón a Brian.

Mark unió los dedos sobre la encimera de su cocina de concepto abierto. Observaba la espalda de Keyla mientras ella preparaba un café después de la larga velada en Chesterfield y tras festejar el viaje que realizarían Ange y David.

Cuando todos sus amigos comenzaron a bromear sobre que habría un casamiento en puerta y la pareja se había mostrado incómoda al respecto, Mark había tenido ansias de gritarle su propuesta a Key.

Y allí estaba, con esos miedos estúpidos que parecían no querer abandonarlo por más terapia que hiciera y por más que aumentara en edad. Aún le faltaba definir la zona a la que quería proponerle que se mudaran, anhelaba hacerlo en algún sitio a medio camino de su hermana y su hermano, que no les quedara a tanta distancia como era Manhattan.

No obstante, debía planificar las palabras exactas para pedirle a su novia que se casara con él y luego que se mudaran a una casa, que quizás planificaran una familia y tuvieran un parque para que Tabitha, su perra de raza galgo proveniente del refugio en el que era voluntaria Key, pudiera correr y hasta, tal vez, adoptarle un hermanito canino.

—Se los veía tan felices, ¿cierto? Estoy tan contenta por Ange y David,

nunca hubiera esperado que esos dos fueran compatibles, pero la vida da sorpresas, ¿verdad? —Su princesa se giró con una taza humeante entre las manos, la misma que depositó frente a él. Cuando se iba a apartar para buscar la suya, Mark le tomó el rostro entre las manos a través del desayunador al que estaba sentado.

—Te amo, Key.

Keyla sonrió y posó sus manos sobre las masculinas.

—Yo también, amor.

—Yo... —Mark enmudeció y desvió la mirada de aquella violácea.

—¿Pasa algo, Mark? ¿Te sientes mal?

El sacudió la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja. No podía creer cómo habían comenzado y dónde se hallaban en ese instante. El gran camino transitado de los escombros del odio hasta arribar a ese estado de pleno amor.

—No, princesa. Solo que el ver que todos nuestros amigos están tan bien, que cada pieza en sus vidas cae en el lugar correcto, me da mucha alegría y me pone algo sentimental.

Key se soltó de sus manos, rodeó la encimera del desayunador y se estableció entre sus piernas. Lo tomó por las mejillas y rozó sus labios con los masculinos. Un beso que comenzó lento y pausado. Pronto los gemidos evidenciaron la excitación que los embargaba. Mark apresó a Key entre sus brazos y se elevó junto con ella para dirigirse a la habitación. Las tazas de café quedaron totalmente olvidadas al igual que la propuesta que anhelaba verbalizar Mark y que mantenía oculta en su interior.

Capítulo 8

Apenas vio el vientre hinchido de Sam, una sonrisa se plasmó en el rostro de Fred.

—Hola, cariño —la saludó con un beso en la mejilla para luego adentrarse en la casa que la joven compartía con su novio, Alex, su jefe en S&P.

Ella había estado tan aprensiva a las demostraciones de afecto cuando recién se habían conocido, pero poco a poco se había adaptado a ser querida por su grupo de amigos. Y, más que nada, había conseguido congeniar y relajarse con los hombres de la agencia.

—Qué sorpresa tenerte por aquí —expresó Sam al apretujarse contra él—. No vienes tan seguido a visitarme como me gustaría y más aún cuando dentro de poco no voy a poder trabajar por un tiempo largo.

—Ay, voy a aumentar la frecuencia, Sam.

Hacía un tiempo que Sam y Alex se habían mudado de Manhattan a Larchmont, a un poco menos de una hora de distancia. Por lo que Fred sabía, habían tenido sus desavenencias sobre el tema de convivir, pero habían sorteado cada una al adentrarse en los suburbios.

—Voy a extrañarte. —Dentro de un par de meses, ella tendría que tomarse licencia por maternidad. Era el segundo bebé que nacería en el grupo; el primero había sido Braddock, hijo de Charlie y Xavier.

—No, no te dejaré —prometió él al tomarle una mano en la suya y sonreírle con picardía—. Te importunaré tanto que vas a tener que echarme de tu lado, y

más aún ahora que la casa de los padres de Phil queda de camino a la tuya. Además, sé que Alex irá al Cannes Lions y yo no creo que lo haga, por lo que me tendrás por aquí, cuidándote como un perro guardián.

Ella soltó una risotada y lideró el camino hacia la sala de estar, donde lo invitó a tomar asiento en un sofá de tres cuerpos.

—Sabes cuánto te quiero, ¿cierto? —comentó ella—. Ahora, ven y cuéntame todo sobre esa hermosa novia tuya.

Fred se sintió el ser humano más detestable del mundo. Adoraba a esa mujercita que era la pareja de su jefe y amigo y que ella misma era una gran amiga. Lo había encantado apenas Alex se la había presentado como la nueva asistente del equipo creativo cuando todos ellos aún trabajaban para Hayworth Enterprises.

—Claro, cariño. Pongámonos más cómodos —sugirió al inclinarse contra el respaldo e instarla a hacer lo mismo—, que pareces a punto de explotar. Esa niña saldrá fortachona como su padre con lo redonda que estás —bromeó. Pero es que Sam era pequeñita y tenía un vientre enorme.

¿Qué le relataba sobre un noviazgo que era una pantomima? Pues puras patrañas sobre una historia que bien podría haber salido de una de esas novelas que tanto le gustaban a Andy. Dejó algún que otro dato fidedigno, como el encuentro en el baño, y luego enfatizó sobre el amor a primera vista y más cuestiones dulcificadas, a un extremo tal que podía haberle dado un ataque al hígado por lo empalagosas, pero el ver la mirada resplandeciente de una de sus mejores amigas, cómo la felicidad por él le brotaba por cada poro, no pudo defraudarla y mintió como un gran artista de la estafa.

Ya vería qué le diría una vez que el engaño llegara a su fin.

A la hora ya se hallaba en camino a la casa de los padres de su supuesta novia, en Mamaroneck, a tan solo unos cinco minutos en automóvil de distancia del hogar de Sam y Alex. Conocería a la familia y tendría que iniciar su actuación de novio ejemplar.

En cuanto detuvo el vehículo frente a la clásica casa inglesa estilo Tudor, la

sensación de estar cometiendo un gran error le corrió por la columna como un escalofrío. Dejó de lado cualquier resquemor y se encaminó hacia la entrada. Subió los dos escalones, presionó el timbre y esperó, balanceándose sobre sus pies y con las manos en los bolsillos de su pantalón.

—Buenas noches, muchacho —lo saludó un hombre de unos cincuenta y tantos años, quizás ya en sus sesenta con muy buen estado físico, y con apenas algunas arrugas y cabello entre cano a los lados del rostro—. Soy Alfred Pennyworth, mucho gusto.

—¿Cómo...?

Fred observó la mano que se le extendía y su mente solo podía estar repleta de la pregunta que su lengua llegó a contener. Un mayordomo, un amo enmascarado y una batiseñal.

El hombre se rio, le aferró la palma dentro de la suya y lo atrajo contra él en un medio abrazo de oso que sorprendió sobremanera a Fred. La tensión en su cuerpo ante la demostración de afecto no le debió haber pasado desapercibida al padre de Phil, quien lo soltó pasados unos segundos.

—Sí, como el Alfred de Batman —aclaró el hombre mayor—. No te preocupes, no eres el primero que me lo dice, aunque no son muchos los que lo reconocen.

—Bueno, soy una especie de fan de los comics de DC y Marvel —confesó, un poco incómodo, al tiempo que se encogía de hombros—. Perdón, soy Frederick Lahr.

—Pasa, hijo. —Alfred le dio unas palmadas detrás del hombro. La tensión retornó al cuerpo de Fred ante el apelativo que había utilizado Alfred para él—. Phyllis nos ha contado todo sobre ti.

Alfred guardó su saco en un guardarropa en el recibidor y se adentraron en el *living* decorado con sofás estilo Luis XV tapizados en géneros floreados.

—¿Todo? —preguntó con una falsa expresión de miedo.

Alfred se carcajeó y Fred se sintió una basura. El hombre le caía bien, se notaba el amor que sentía por su hija en cada palabra que salía de sus labios.

—Tranquilo, solo cosas buenas.

Dieron dos pasos más y una mujer de unos cincuenta años en silla de ruedas se cruzó en su camino. Su mente solo pudo conjurar una súplica que se repetía como un mantra: «por favor, que no sea su madre».

—Cariño —Alfred se giró hacia la mujer—, te presento a Fred. Podemos llamarte así, ¿verdad? Es que Phyllis se refiere a ti de esa manera.

—Claro. Un gusto, señora. —Fred se inclinó un poco y le tendió una mano a la mujer, quien se la tomó en el acto con una presión apenas perceptible.

—No me digas «señora». Soy Beatrix, la madre de Phyllis. Bea para los amigos y, claro, para ti —dijo la mujer con una voz armoniosa y una sonrisa que hacía que arruguitas se dibujaran junto a sus ojos azules como los de su hija.

Fred cerró los puños a los lados de su cuerpo y tan solo maldijo a la pequeña mujercita por no avisarle acerca de los adorables padres a los que tendrían que engañar. ¿Y para qué? Para que pudiera darle celos a un patán y volver con este.

En cuanto su *noviecita* apareció, él quería retorcerle el pescuezo. Habían transcurrido unos diez minutos, en los que había charlado con los padres de ella, sentados en la sala. Bebían un poco de whiskey en las rocas, solo el padre y él; la madre, tan solo un refrigerio sin alcohol. Se había enterado que Al, como quería que lo llamara, era médico y Bea, docente de primaria, aunque ya estaba retirada. Ninguno mencionó cuál era la patología que aquejaba a la dama, por la que se hallaba en silla de ruedas, y él tampoco lo indagó. También se enteró de que existía un hijo mayor que Phil, quién no había podido concurrir en esa ocasión, pero que ya lo conocería en la siguiente. «¡Ptff! Sí, claro, como si fuera a haber una próxima vez».

En cuanto Fred se volteó y Phil hizo aparición, quedó anonadado. Era una mujer hermosa, con sus mejillas ruborizadas, su piel de porcelana y vestida con un vaporoso vestido en un amarillo claro con pequeñas florecillas rosadas.

Se incorporó para recibirla y el aire se le escapó de los pulmones apenas ella se elevó sobre la punta de sus pies para ofrecerle un casto beso en la mejilla. Fred posó la palma en la baja espalda femenina, olvidándose de los padres que eran testigos del pequeño encuentro, y la atrajo a su cuerpo. Ella era todo en lo que se centraba su mente, en que la deseaba con intensidad y que la quería solo para él. Pero debía recordarse que todo era un engaño, que sería suya por un corto tiempo, como todo había sido para él en su vida. Había aprendido que las cosas buenas eran perecederas, por lo que había que aprovecharlas mientras duraran. Y con esa noviecita suya no sería distinto.

No pudo evitar la furia que lo colmó por dentro. Furia por ni siquiera disponer de una oportunidad con la mujer que tenía enfrente, por engañar a unos padres maravillosos que a él le hubiera encantado que fueran sus futuros suegros y de ser incorporado a una familia como siempre había anhelado, pero solo disfrutaría de todo ello por el lapso de un suspiro.

La aferró por la barbilla y fijó sus ojos, los que no ocultaban lo que lo revolucionaba por dentro, en los de ella.

—Hola, *panquequito* —la saludó con una sonrisa un tanto maligna.

Phil frunció el entrecejo y Fred estaba seguro de que había captado la hostilidad que provenía de él. Era tan cruda que hasta él sentía su cuerpo vibrar de tanto enfado.

—Hola, *calabacita*. —Fred gruñó por dentro al ella hacer referencia al tono rojizo de su cabello. Varias veces en su niñez había sido ridiculizado por ello, pero en ese momento lo tenía sin cuidado. Es más, le agradaba resaltar entre los tintes comunes, pero había sido llamado con mote como ese: zanahoria, cabeza oxidada, fósforo y, el peor de todos, la sirenita—. ¿Cómo estuvo el viaje hasta aquí?

—Largo. —Le pasó la mano por detrás del cuello y la atrajo a su costado, para girarse hacia sus padres—. No podía esperar hasta tener a mi panquequito junto a mí de nuevo.

Tanto Bea como Al sonrieron con amplitud, y algo se revolvió en el

estómago del pelirrojo, como si hubiera comido pescado en mal estado.

—¿Pasamos a la mesa? —sugirió Bea, moviendo las ruedas de su silla con ambas manos. Se notaba que era un gran esfuerzo para ella, y eso lo hizo preguntarse de nuevo qué era lo que la aquejaba.

—Te ayudo, mamá —sugirió Phil.

—Ustedes siéntense, yo ayudaré a mamá, cariño —acotó Al, y fue tras el camino que había seguido su esposa, Fred suponía que a la cocina.

El hombre tenía la sonrisa fácil y se lo notaba una persona muy tierna. Debía ser un médico muy contenedor con sus pacientes, aunque no sabía cuál era su especialidad.

La charla durante la cena fue amena. Fred no hacía más que enamorarse de Bea y Al y del cariño que le prodigaban. Lo hacían sentirse parte de algo que jamás había experimentado y a lo que su niño interior quería aferrarse con uñas y dientes. Cuando fue el momento de la despedida, la nostalgia que lo embargó fue tan grande que quería lanzarse hacia el pecho del médico para no soltarlo nunca más.

Carraspeó para alejar esos pensamientos tanto tiempo olvidados. O, más bien, esos deseos infantiles que tan bien había sepultado en su interior.

Aventó la puerta una vez que Phil había entrado en su vehículo, luego lo rodeó para sentarse tras el volante, el que aferró hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

—¿Qué es lo que tiene tu madre? —preguntó entre dientes y sin contemplar a la joven porque temía que la acogotaría mientras arrancaba el automóvil.

Phil tardó unos segundos en contestar y Fred se percató de que su ánimo descendió unos cuantos niveles, por lo que se dio una patada mental en el culo.

—Esclerosis múltiple. Se lo diagnosticaron hace unos años.

—¿Por qué no me contaste ese detalle? —escupió Fred, y golpeó con un puño el volante.

—¿Por qué habría de haberlo hecho? Es una persona como cualquier otra —espetó ella.

—¡No, no lo es! Es una mujer adorable que sufre y a quién estoy engañando. ¡Es tu madre, maldita sea! ¿Y qué hay de tu padre? ¿Cuán lejos estás dispuesta a llegar para recuperar a ese estúpido?

—¡No lo llames así! —gritó ella a su vez.

—¿Y por qué no? —Fred percibía como la ira crecía dentro de él a lo volcán a punto de hacer erupción—. ¿Acaso no te dejó por otra que fuera tan solo un saco de huesos porque no sabe cómo tratar a una mujer de verdad?

—¿Y tú sí? ¿Con eso de sé mi *perrito faldero*? ¿Haz todo lo que te digo sin rechistar? ¡Quieres una maldita esclava! Eso es.

Enfurrñados, continuaron el camino hasta el edificio de apartamentos en el que vivía Phil, en completo silencio. Uno miraba al frente y la otra, por la ventana a su costado. En cuanto arribaron, Phil descendió del vehículo sin darle casi tiempo a estacionar, sin dedicarle ni mirada o palabra.

Fred retomó la marcha aún enfurecido a causa de ella, también por todo ese remolino emocional que lo colmaba y con sí mismo por prestarse a semejante disparate.

¿La vería de nuevo? No lo sabía, aunque sospechaba que sí. Phil ansiaba recuperar la relación con ese idiota de su ex. ¿Y él? Simplemente, era un medio para un fin.

Capítulo 9

Apenas traspasó las puerta vidriada de S&P, Fred notó el entusiasmo colectivo. Sus amigos estaban excitados por la inminente presentación en Cannes y no podía culparlos, era algo grande para la agencia, para todos ellos. Solo que Fred no podía deshacerse de ese ánimo tan de mierda con el que se había despertado.

Caminó hasta la encimera donde tenían la hervidora de agua y maldijo que, desde que Sam había comenzado a trabajar con ellos, ya no existiera el café. Adoraba a la mujer, pero el tener que conformarse con beber ese brebaje, al que ella llamaba igual que esa delicia de granos oscuros, aunque de algarroba, era inaudito. ¿Qué demonios era el algarroba? ¿Corteza de un árbol? Más maldiciones se superponían en su mente y casi gruñó en voz alta cuando alguien lo palmeó en el hombro.

—Hey, viejo, no me comas. Solo vine a saludar —acotó Andy con las manos en alto y con una sonrisa de oreja a oreja, la que Fred se la hubiera borrado de un golpe si no fuera porque amaba al hombre.

—¿Qué quieres? —ladró mientras vertía el agua hirviendo en la taza de Aquaman, pero del Arthur Curry verdadero, rubio, del film *Liga de la justicia: Trono de Atlantis*, y no de ese hombre enorme y moreno que aparecía en las películas modernas. Odiaba que no hubieran respetado la visión original del príncipe atlante que tan arraigada estaba en los fanáticos, que más tenía la forma y ligereza de un delfín y no de una orca.

—Oh, así que así estamos hoy —comentó Andy, divertido—. Pues nada, ver qué mierda le ocurre a mi afable amigo, siempre sonriente y bromista, tan ligero de ánimo como una pluma.

—Pues hoy estoy como una tonelada de ladrillos, Andy. No estoy para tonterías.

Fred terminó de prepararse la bebida caliente impostora del café, y Andy le tendió una taza de Batman para que también le sirviera. Cuando fijó la vista en la *batischeñal*, no pudo menos que pensar en el Alfred que acababa de conocer y en todas las mentiras que le había dicho a él y su esposa.

Suspiró con profundidad y conectó la mirada con aquella tan clara que casi era transparente, pero que parecía traspasar cualquier defensa que Fred arraigara.

—Oye, Fred, sabes que puedes hablar conmigo, ¿cierto? —aclaró Andy al tomarlo del hombro con fuerza. Amaba al hombre, era uno de sus mejores amigos y daba gracias a la vida por haberle concedido una familia en todos ellos.

—Yo... —Negó con la cabeza y sonrió no sin cierta tristeza—. No tengo bien en claro qué es lo que me ocurre, viejo. Ando medio liado en mi mente, eso es todo.

—¿Por tu nueva supuesta novia? —aventuró el castaño.

—Shhh. Calla, que nadie sabe lo de «supuesta». —Fred hizo un paneó por la sala y constató que Nick como Xav, Charlie y Sam estaban inmersos en su propia conversación.

—Cálmate, están todos obnubilados con lo de Cannes, no nos prestan ni un poco de atención —comentó Andy en un susurro.

—Sí, lo noté. ¿Ya es inminente?

—¿Es que no te has enterado? —El pelirrojo alzó el rostro a su amigo—. ¡Quedamos nominados!

—¿En serio? ¡Vaya! —El orgullo creció en él y sus ojos se iluminaron. Habían llegado a tanto y por mérito propio al comenzar una compañía sin

renombre y que solo había alcanzado el éxito por la lucha conjunta de todos ellos.

La alegría lo contagió a él también y se unieron con Andy al resto de sus colegas y amigos para festejar la buena nueva.

Sus amigos planificaban quiénes viajarían para estar presentes en el Festival Internacional de Publicidad. Mark y Keyla irían sin duda, sería el primer viaje que emprenderían juntos, sin contar el que habían hecho todos a Las Vegas con el motivo del sorpresivo casamiento de Charlie y Xav.

Y hablando de la pareja rubia.

—¡Nosotros también iremos! —exclamó Charlie, y se colgó del cuello de su esposo. Xavier asintió con una amplia sonrisa y la mirada desbordante de amor por su mujer.

—¿Y Dan y Brad? —quiso saber Fred.

Daniel era el hijo de Charlie, ya de unos catorce años, y a quién Xav había adoptado. Braddock era el bebé de la pareja, el que aún no cumplía un año y que era el culpable de las bolsas debajo de los ojos de sus padres.

Tanto Charlie como Xav fijaron la mirada en Andy, quien se ruborizó al instante.

—Pues ya tenemos un niño —informó el hombre de cabellos de un rubio casi platinado.

Andy se encogió de hombros mientras degustaba una paleta en su boca. Últimamente, siempre se lo veía con uno de esos pequeños dulces redondeados, como un chiquillo.

—¿Y tus niñas? —cuestionó Nick, quien se colgó de los hombros del castaño.

—Las llevaré conmigo al apartamento de Xav y Charlie —contestó Andy al referirse a sus gatas—. Ya que tú tampoco estarás para alimentarlas y yo, sin vehículo, no podría ir de un apartamento al otro para ocuparme de ellas. Así que Olivia y Frida se vienen conmigo.

—Yo podría hacerme cargo de las mininas, si quieres, claro —sugirió Fred.

¿Pero que sabía él de gatos? Pues nada. Nunca había tenido una mascota, no se sentía del todo capacitado para ocuparse ni de una planta, menos de un felino y, mucho menos, de dos.

Presintió la reticencia en Andy. Sabía que, para su amigo, sus felinas eran como sus bebés y que las consentía en todo.

—Eh... yo...

—Está bien, Andy —concedió Fred para quitarle tensión al castaño—. Entiendo que son tus niñas y...

—Confío en ti, Fred. —Lo sorprendió la seguridad en las palabras de Andy; hasta el momento, solo había encomendado a sus niñas a Nick, a nadie más—. Es solo que deberías venir un día para que te explique cómo es su dieta. Porque ellas no consumen alimento balanceado, su veterinaria se halla en contra, dado que está...

¿Cómo era la alimentación? ¿Qué tan difícil podía ser darle de comer a un par de gatos?

—Espera, espera —lo cortó con una palma en alto. Andy era una vomitada de palabras en algunas ocasiones, por no decir que era lo usual—. Claro, iré y me explicas bien.

—¿Tú no viajarás? —preguntó Alex al acercársele por detrás.

Fred se encogió de hombros. No tenía ganas de viajar a Cannes, además, no estaba tan holgado económicamente como parecía que lo estaban sus amigos. Había invertido el capital que había ahorrado en S&P, al igual que los demás, por eso también era tan importante la nominación. Haría que la empresa despegara.

—No lo tengo planificado —repuso—. Estoy feliz tanto como ustedes, pero tengo cuestiones pendientes.

—Como un nuevo amorío —acotó Nick con una sonrisa socarrona antes de alejarse junto a Charlie y Xav hacia la gran mesa en la que todos trabajaban.

—Ya que dos serán los únicos que quedarán aquí —prosiguió Alex, dirigiéndose a Fred y Andy con seriedad y una voz tan baja que apenas era

audible—. Escuché que tú estarás con Dan y Brad —se refirió a Andy—, por lo que te lo pediré a ti, Fred.

—Dime, jefe.

—Yo también iré al Cannes Lions, pero Samantha, no.

—¿Quieres que estemos al pendiente de ella? —aventuró Fred con una mirada picaresca al ver la incomodidad del moreno. Le era difícil a Alex solicitar ayuda, pero sabía lo que significaba Samantha para él y mucho más en el estado en que se hallaba.

—Sería un enorme favor —suspiró su jefe.

—Ay, Alex, no tienes que hacerte tanto problema —se carcajeó el pelirrojo—. Claro que me ocuparé de tu dama. No tienes más que decirlo, además, es mi amiga, ¿cierto?

—Lo sé —concordó Alex con un breve asentimiento de cabeza—. Es solo que falta poco para el parto y no me gusta nada dejarla sola.

—Vamos, viejo —intercedió Andy—. Tan solo serán unos pocos días y ya estarás de vuelta a su lado.

—Lo sé, lo sé —concedió su jefe con una mueca que casi podría decirse que conformaba una sonrisa un tanto particular—. Sabiendo que ustedes estarán al tanto de ella, me iré más tranquilo.

—Ni que pedirlo, Alex. Seremos sus guardianes —prometió Fred al cruzarse de brazos.

—Gracias, chicos. Sabía que podía contar con ambos.

Mientras discutían y ultimaban detalles, el móvil de Fred vibró en el bolsillo trasero de su pantalón. Cuando divisó el nombre en el visor, se apartó un tanto del grupo para atender la llamada.

—*¡Fred, necesito tu ayuda! Tienes que acompañarme a una fiesta de compromiso* —gritó una voz femenina tan alto que alejó un tanto el aparato de su oído.

—No tengo que hacer nada, *conejita* —contestó de mala gana.

Su estado de ánimo había mejorado en la última hora y de nuevo parecía

que había sucumbido a la oscuridad al escuchar a la joven y recordar que su tiempo con ella era robado y que pertenecía a otro.

—*Sé que la última vez no terminamos bien...*

—No, no lo hicimos —masculló, y miró de reojo a sus amigos, quienes seguían hablando de sus planes de viaje, sin reparar en él—. Esto va demasiado lejos. No me agrada cuando tengo que engañar a buenas personas.

—*A mí tampoco, es solo que...*

—Que quieres recuperar a tu adorado ex —espetó en baja voz, apoyado contra la encimera de las infusiones—, ese hombre que parece repleto de unas virtudes que solo tú logras ver.

—*Solo esta vez, por favor. Por favor, por favor, por favor* —suplicó la florista, y Fred suspiró. Le encantaría que el engaño se convirtiera en realidad. Anhelaba tomarla de la cintura y reclamar a la joven como suya, poder comenzar algo y ver para dónde los llevaba—. *Sé bueno. Seré lo que quieras, lo prometo. Tu perro que te traiga lo que quieras, estaré a tus pies...*

—Deja de hablar o prometerás algo que no estarás dispuesta a cumplir —escupió, cansado de la situación, frotándose las cejas.

—*Será la última.*

—Bien.

—*¿Sí? ¡Oh, gracias! Gracias, gracias, gracias.*

—*¡Basta! Tendrás que pagar por esto, conejita.*

—*Lo que quieras, zorrillo.*

El apelativo le robó una sonrisa al pelirrojo.

—Ya te he dicho que tengas cuidado con lo que prometas. Solo cumple con nuestro contrato, eso será suficiente.

Con algunas palabras más, Fred cortó la comunicación con cierta alegría, pero con un dejo de sabor amargo. Ansiaba volver a ver a la pequeña mujer, aunque el hecho de que solo lo buscara para lograr el amor de otro no le era para nada placentero.

Capítulo 10

Una de las cosas de las que podía enorgullecerse Fred era de ser un gran actor y poder sentirse cómodo en cualquier sitio. Su poder de adaptación era tal que, a donde fuera, parecía que había nacido para estar allí, era algo que había aprendido al cambiar tanto de hogar. Por eso, entró a sus anchas en el bar donde se festejaba el compromiso de los amigos de Phil, con ella colgada de su brazo, como si perteneciera junto a él.

No se trataba de uno de esos locales que tanto elegían con sus amigos, sino uno más moderno y con personas de un nivel adquisitivo más acomodado.

No había entendido la amplia sonrisa y la amorosa mirada que le dirigía la florista hasta que distinguió al idiota de su ex que los observaba y todo obtuvo el sentido que correspondía.

El tipo los contemplaba con cierta crispación en el rostro y se notaba que Phil lo disfrutaba como un logro personal. Su *novia* le presentó unas cuantas personas que parecían agradables y que se sorprendieron de que ya estuviera con alguien, pero que lo aceptaron, trataron muy bien y charlaron largo y tendido con él. Aunque debía reconocer que muchos se sentían algo incómodos y miraban de reojo donde estaba el tal Robert, como si esperaran alguna clase de autorización.

En un momento en que Phil y él se apartaron del grupo, la detuvo al aferrarla del brazo y la volteó hacia él. Necesitaba una buena dosis de alcohol para continuar con la farsa. No era que la estuviera pasando mal, los amigos

de su conejita eran entusiastas con la idea de su nueva relación y la conversación era amena. Pero el verla cada tanto desviar los ojos hacía el idiota de su ex y suspirar disimuladamente lo enfurecía de una manera impensable.

—Ve a buscarme algo de beber, *perrita* —exigió en un tono abrupto.

—¿Qué? —cuestionó ella al hacer un paneo con la mirada, pero nadie lo había oído llamarla así. Sabía que se comportaba como un *h.d.p.* y que la denigraba, era la furia que tomaba posesión.

—Ya me oíste —comentó con una sonrisa lobuna que le otorgaba una expresión temible—. Quedamos en que harías todo lo que te pidiera. Pues mueve ese hermoso culo que tienes y tráeme una cerveza, *conejita* —finalizó al enredar un dedo en uno de los mechones del rubio cabello de la joven.

—Agregar un «por favor» no te haría mal, ¿no crees? —Se alejó, y él no perdió oportunidad en darle una palmada en el trasero, a lo que la florista se volteó echando dardos por sus ojos azulinos.

Fred se mantuvo en silencio. Se odiaba a sí mismo por la forma machista en la que se comportaba con Phil, pero ¿qué más daba? Ella estaba encandilada con un completo idiota que la despreciaba por no ser una modelo esquelética de pasarela.

Y en ese instante, fue abordado por el dichoso Robbie, quien se había desprendido de la mujer que iba pegada a su brazo. Debía reconocer que el tipo era atractivo con el cabello oscuro y los ojos verdes, pero eso no mejoraba su personalidad.

—¿Así que sigues con Phyllis? Creí que solo jugabas con ella, no parece para nada tu estilo.

—¿Mi estilo? —preguntó sin abandonar con la mirada a la joven que se acercaba a la barra al otro lado del salón repleto de personas.

—De mujer —contestó al darle un sorbo a su botella de cerveza. Ay, lo que daría Fred por un poco de alcohol, pero su noviecita trataba de llamar la atención del *bartender* entre tantos otros clientes al alzarse en puntas de pie.

—Ah. Pues te equivocas. Phil es, definitivamente, mi estilo.

—Hmm. Lo dudo. —Fred siguió la mirada del tipo, que la tenía fija en su conejita—. No pareces la clase de hombre que saldría con una mujer como ella.

—¿Y acaso tú sí? —espetó ya hasta la coronilla de Robbie. Se volteó hacia el hombre—. Tú, que has dejado escapar a un diamante en bruto como es Phil.

—Phyllis. A ella le gusta que la llamen «Phyllis» —aclaró Robert con cierta sorna, sin embargo, Fred tan solo chasqueó con la lengua y configuró una mueca altiva.

—Para ti será la modosita y *naif* Phyllis —repuso al acercar la nariz a la del ex de forma amanzadora—. Para mí es la fuerte y sensual Phil. ¿Ves la diferencia y quién tiene el problema con su perspectiva? Y para que te quede más que claro, Phil es mi estilo de mujer, una que no estoy dispuesto a dejar escapar. —Se apartó y le acomodó el cuello de la camisa—. Lo siento, la charla estaba más que entretenida, pero mi mujer me aguarda junto a la barra.

Sin más, abandonó al hombre con la boca abierta y se encaminó hacia su pequeña mujercita de curvas amplias.

—Dame eso. —Fred le quitó la botella de cerveza de la mano y se bebió la mitad de un solo trago.

Ella se había pedido una copa de algún líquido rosado, seguramente de sabor dulce, bien típico de chicas. Sonrió en cuanto los labios femeninos se posaron sobre el borde con hielo picado y sorbieron de a poco y, más aún, cuando ella arrugó su nariz ante el gusto a alcohol.

—¿Qué?

—Nada. Bailemos, conejita.

—Ay, zorrito, temo que me pises mis pequeños pies.

En público eran panquequito y calabacita, no podían haber elegido motes más edulcorados, pero en privado, se convertían en conejita y zorrito. Y a él le encantaba esa complicidad que se generaba entre ambos.

Fred se carcajeó, la tomó por la cintura y la acercó a su cuerpo mientras la

conducía a la colmada pista de baile.

Sabía que Phil estaba un poco achispada. Había finalizado su bebida y se movía al ritmo de la música aun con su mano ciñéndola por la cintura. Ella se contoneaba de un lado al otro en total relajación, divirtiéndose con él de una manera inimaginable, dada la mala impresión que le había suscitado, aunque parecía que esta se drenaba a cada risa. Todo iba bien hasta que la florista conectó la mirada con la de su ex.

Fred siguió la dirección de esos ojos azules hacia los del otro hombre y una rabia inigualable lo carcomió por dentro. Pudo percibir el ardor en el moreno, el deseo en él de arrebatarse a la mujer que en ese instante era suya. Y lo que era aún peor, también sintió las ansias de Phil de ir hacia él.

—¡Vamos! —La aferró de un brazo y la arrastró hasta donde se encontraban sus abrigo. Le arrojó el saco rojo de ella sobre los hombros y la empujó fuera del bar.

—¿Qué demonios te sucede? —espetó la joven al tiempo que le apartaba las manos con los golpes de las suyas—. ¡Eres un bruto!

—¡Claro que lo soy! —bramó fuera de sí—. Soy un bruto cavernícola al que no le agrada el hecho de que su mujer se babe por un idiota misógino.

—¿De qué ha...?

No se atrevió a tocarla, el cuerpo entero de Fred vibraba con una furia apenas contenida y que no recordaba haber experimentado en mucho tiempo, desde que era hostigado de niño por sus compañeros de hogar. Temía que, si la agarraba del brazo y la zamarreaba como pretendía, la lastimara sin proponérselo al no conseguir reprimir la fuerza que le pugnaba por dentro.

—¿Que de qué hablo? Del idiota que te dejó y que no ha perdido oportunidad para insultarte a cada instante. Ah, pero la señorita soñadora no hace más que estar suspirando por ese estúpido.

—¡Deja de insultarlo! —replicó ella con los ojos empañados—. No sabes nada...

—¿Qué? ¿Te olvidas la noche en la que nos conocimos? —masculló—. Él

no te considera un ser vivo, sino un maldito objeto a su servicio.

—¿Estás seguro que hablas de él y no de ti? —Se pasó el revés de la mano por el rostro y limpió la solitaria lágrima que se deslizó por su mejilla—. ¿Quién me ha chantajeado para ser su sirviente?

—Ten en claro una sola cosa —le dijo en un tono un tanto amenazador y con el dedo índice apuntándole a la naricita—, no eres mi novia de verdad, si no, ten por seguro que serías atesorada, cariño. Ahora, metete en el maldito automóvil, te llevaré a tu casa.

¿Qué demonios le sucedía? ¿Por qué se comportaba de aquella manera? Jamás había tratado tan mal a una mujer, y menos a una tan dulce como era Philomena, sin embargo, parecía no poder evitarlo.

Se metió en el vehículo y suspiró varias veces al tratar de calmarse. Abrió y cerró, una y otra vez, las manos sobre el volante y apretó los párpados al tiempo que respiraba con profundidad. No se reconocía.

—Escucha...

Ella se volteó aún más hacia el lado contrario, como si no fuera claro el resentimiento que le profesaba.

—Phil, mírame, cariño —pidió con tranquilidad—. Lo siento, no sé...

—No me importa. Eres una mierda. Solo quieres incordiarne —susurró, y se le quebró la voz al final, lo que lo hizo sentir la peor basura del mundo.

—Es cierto. Soy de lo peor, de la peor calaña con la que pudieras haberte topado en ese maldito baño. —Se odió, se aborreció por haber sido un *h.d.p.* con una joven tan dulce como ella. ¿Qué culpa tenía la bella florista de que él no le atrajera? No se podía obligar al corazón a palpitar por quien no lo hacía—. Pero ni modo, soy con el que te encontraste y con el que estás metido en este embrollo.

—Cortemos el tema por lo sano.

Enredó un dedo en uno de sus rizos rubios y notó la suavidad de esas hebras. No quería dejar de verla, no quería que ella desapareciera de su vida. Debía hacer algo por mantenerla un poco más a su lado, el tiempo suficiente

para colmar sus sentidos de su dulzura. Se volvió a recordar que solo era tiempo robado el que compartía con ella.

—Al menos permite que finalice tu campaña publicitaria —pidió al poner en marcha el automóvil.

—¿Qué? —En ese instante, sí había captado toda su atención y Phil se había volteado hacia él.

—La campaña que organizo y la página web que arma mi amigo para tu negocio.

—¿Estás...? ¿Me hablas en serio? ¿Pusiste todo lo que me comentaste en marcha?

—Claro, una cosa con la que no juego es el trabajo. Tu local tiene potencial, solo que no sabes cómo aprovecharlo. Deja que te muestre la forma y luego desapareceré de tu vida.

El silencio reinó entre ellos por unos breves segundos. No obstante, la tensión parecía haber desaparecido. Al menos, lograban hablar como dos seres civilizados.

—No sé. —Phil se removió en el asiento y se acomodó de nuevo con la mirada fija en la ventana—. Parece que no podemos tener una velada en paz. Cada vez que nos vemos terminamos peleándonos, y no me agrada. Yo no soy así.

—Un poco más, Phil. Solo un poco más y haré de Pétalos al viento un éxito. Ya verás —prometió, y se juró que así sería, al menos le brindaría eso como compensatorio y como recordatorio del zorro que fue una estrella fugaz en su vida.

Capítulo 11

—Apenas terminemos, nos vamos a Chesterfield —anunció Mark al grupo de creativos. Atajó a Key por la cintura y la pegó a su cuerpo—. Hola, princesa. ¿Estás de acuerdo?

—Claro, hay que festejar la nominación, ¿cierto? —Key le pasó una mano por la barbilla, donde ya crecía una barba incipiente, y se apretujó contra él—. ¿Están dentro, chicos?

—Seguro —contestó Nick, y Xav se hizo eco de su afirmación—. Sam ya me avisó que nos encontrará allí.

—Fred, querido, ¿por qué no invitas a Phil? —sugirió Charlie mientras finalizaba de escribir un reporte sobre una nueva campaña. Las finas pulseras en su muñeca derecha tintineaban con cada palabra que perfilaba sobre el papel.

Fred elevó el rostro de la PC de forma repentina. Constataba lo avanzado con una de las cuentas, esa tarde tenía una reunión con el CEO de la empresa y debía ultimar ciertos detalles. Enmascaró su expresión de desconcierto con una amplia sonrisa mientras los engranajes de su mente trataban de inventar alguna excusa.

Desde la dichosa fiesta de compromiso de los amigos de Phil, habían intercambiado alguna que otra palabra por la campaña publicitaria de su floristería y sobre las ideas que tenía Fred para su cambio de imagen, pero no habían vuelto a verse. Parecía que su pacto había finalizado, al menos, ella no

le había pedido ninguna nueva intervención y no quería ser él quien diera el primer paso.

—Eh...

—Vamos, Fred, encanto —intercedió Nick al tomarlo por los hombros desde detrás e inclinarse hasta posar la boca junto a su oreja—, queremos contemplar a tu bello amor. ¿O acaso ya no va más?

Odiaba que creyeran que él tenía la capacidad de enamorarse como los cambios en la luces de los semáforos. No es que fuera enamorado, sino que buscaba un amor que aún no había hallado. Algo como... Fred fijó su mirada en Key y Mark, quienes aún seguían uno en los brazos del otro con esa expresión tan endulzada que provocaba caries de tan solo observarlos. Y ni qué hablar cuando contemplaba a Alex con Sam o a Nick con Brian. Eso es lo que él quería para sí mismo. Ese amor que parecía traspasarlo todo.

—Brian vendrá —agregó Nick, como si eso lo convenciera, y quizás así fuera, todos sus amigos concurrirían con sus parejas.

—También asistirán Mor y Gabe, y Ange invitará a David —anunció Key con entusiasmo al desprender los brazos del cuello de su novio.

—Vamos, sería una buena excusa para verla —susurró Andy en su oído desde su otro costado, dado que se sentaba a su lado en la mesa de trabajo.

Fijo la vista en su móvil junto al teclado del ordenador. Sí, sería una buena excusa. La tenía en el listado de sus personas favoritas, donde también se hallaban los que trabajaban en S&P, sus amigos, su familia encontrada. Presionó sobre el nombre femenino y se acercó el aparato a su oreja mientras se elevaba de su asiento y se alejó del grupo.

—Necesito que estés hoy a las diecinueve en Chesterfield —ordenó sin preámbulos.

—¿Qué?

—¿Seguimos con el contrato? —preguntó y se pellizco el puente de la nariz —. ¿Nuestro uso mutuo?

—*No lo sé.* —Ella lanzó un largo suspiro que hizo creer a Fred que lo

rechazaría—. *Creo que sí, que seguimos en esto juntos.*

Esa palabra, *juntos*, hizo que algo en su corazón se caldeara. No debería sentir ese palpitar enloquecido por esa mujer, inocente y bella, pero enamorada de otro.

—Bien. Te espero cuando cierres la floristería, en el bar. ¿Recuerdas cuál es tu parte del contrato? —inquirió, y se sostuvo la frente con la palma. Era tan patético que hasta se daría una patada en el culo.

—*Sí, ser tu perrito faldero. Ya lo sé, Fred. No hace falta que lo digas a cada ocasión.*

Era un cretino. Había algo que se suscitaba en él cuando hablaba con ella o al tenerla en frente. Le generaba un enfurecimiento que no tenía igual y que no comprendía del todo, solo lo podía entender por el hecho de desear que Phil solo tuviera ojos para él. No obstante, ella suspiraba y batía sus pestañas por ese Robbie.

Solo tenía explicación en que, si no podía hacer que se interesara en él de verdad, al menos, haría que lo actuara. Triste, sí. Pero él deseaba disfrutar de esa atención por parte de la florista, aunque fuera ficticia.

Lo que no podía negar era que, cuando la vio entrar por la puerta del bar, su corazón se saltó un latido. Sus cabellos resplandecían bajo las luces del lugar, remarcando cada una de sus ondulaciones. Tenía las mejillas sonrosadas y portaba un usual atuendo *naif* que le hacía desear arrancárselo con los dientes.

Ella se aproximó a él con ese bamboleo de sus caderas que lo enloquecía, enfundadas en un jean tan ajustado que casi le hace tener un paro cardíaco. Tenía una blusa azul oscuro con libélulas en verde revoloteándole encima y unos zapatos bajos adornados por un moño en el empeine. Se detuvo frente a él, conectó su vista cerúlea con la suya, se elevó sobre la punta de sus pies y le brindó un breve beso sobre los labios. Fue casto y tan efímero como un aleteo de mariposa, pero la revolución que provocó en su interior tuvo alcances magistrales.

—Hola, *zorrito*. ¿Listo para nuestra parodia? —susurró junto a su oído, y su pene dio un tirón en reconocimiento. Presionó las mandíbulas y dejó que el dulce aroma floral de la joven lo envolviera en una mañana de primavera.

—Soy un *boyscout*, conejita. Nací *siempre listo* —bromeó—. Una vez que saludes a todos, puedes comenzar a mimarme y consentirme —repuso al pasarle el dedo pulgar por el labio inferior, relleno y rosado, tan tentador que podía olvidar donde se encontraba y asaltarla allí, frente a todos sus amigos—. Estos pantalones son una amenaza a la humanidad.

—¿Qué? —preguntó Phil.

—Esto —posó las manos en sus caderas y las mejillas femeninas se ruborizaron de inmediato— hacen que mi sanidad mental peligre.

—Son de Good American, la marca de Khloé Kardashian, que ofrece talles *plus size*.

—Así que una Kardashian. Siempre pensé en ti como una Kim Kardashian con tu cul... me refiero a tus caderas voluptuosas.

—Mas creo que soy como una Khloé antes de que adelgazara.

—Ya veo. No la tengo muy presente, no soy seguidor de *Keeping up with the Kardashians*. —Le alzó la barbilla con un par de dedos y fijó la vista en la más clara. Solo había algo que recordaba de la más rellena de la familia de origen armenio—. ¿También usas esos *body*s pegados al cuerpo?

—No, mi físico...

—Es exquisito, conejita. Es deliciosamente curvilíneo, con carne en los lugares exactos para que te aferre y me montes como se debe.

—¡Frederick! —Su bella mirada revoloteó de un lado al otro, pero él había pronunciado las palabras tan bajo que solo habían llegado a los oídos de la fémina.

Ella tomó asiento a su lado después de saludar con un beso en la mejilla a sus amigos. Fred pudo constatar que cada uno de ellos estaba encandilado con Phil, con su actitud fresca y simpática. Era como una pequeña ninfa que revoloteaba a su alrededor.

Como siempre que concurrían a Chesterfield, Gabe junto a sus amigos de la adolescencia, Chez y Paulie, tocaban en el escenario en medio del bar, a quienes se les unía, últimamente, David con su violín. Una vez finalizado el breve concierto, los músicos regresaron junto a las personas que se hallaban parados o sentados en pequeños grupos. De improviso, una voz que Fred no esperaba oír en ese sitio llegó a sus oídos.

—Rodeada de nuevo de *fags*[1] —increpó Robbie a Phil, con su actual novia, una mujer alta y delgada, tomada de su brazo.

Phil tenía tal expresión que estaba igual de pasmada que él de hallarse al tipo en ese sitio.

Los vellos detrás de la nuca de Fred se erizaron y un huracán se batió en su interior. Había cosas que estaba dispuesto a dejar pasar, pero que un prepotente focalizara sus cañones hacia su familia no era una de ellas.

—¿Cómo dices? —preguntó Fred en un tono que no aventuraba nada bueno.

Sintió como Phil lo aferraba del brazo y tiraba de él, sin embargo, no se permitió mover ni un ápice. La rabia se gestaba dentro de él y solo necesitaba permitirle liberarse contra el hombre que atacaba a la gente que amaba.

—Pero si el tipo tiene razón —lo sorprendió Brian al pasarle las manos por el pecho de Nick desde atrás, de una manera un tanto sugerente, y besarle en la mejilla, lo que provocó una sonrisa de oreja a oreja del pelilargo—. Somos unos *fags*, desviados o como quieras llamarnos. —Sin embargo, la mirada azulina del abogado indicaba que, a una sola palabra más, él también estaría preparado para direccionar sus armas hacia el recién llegado.

—Claro que sí. —Mark acompañó sus palabras con unos gestos exagerados y una voz en un tono agudo.

De forma automática, cada uno se abalanzó y abrazó a otro miembro del grupo: Mark se deslizó por el costado de Alex, Gabe le pasó el brazo por los hombros a un estático David, Xav y Andy se tomaron de las manos y Paulie y Chez se apretujaron a cada costado de un ruborizado Blake. Hasta las mujeres no se quedaron atrás, Mor y Ange se enlazaron entre sí, al igual que Sam, Key

y Charlie.

—Haz llegado justo, encanto. Nos vamos a una gran fiesta blanca, ¿quieres que te informemos de qué se trata? Quizás quieras unirtenos —aventuró Nick con un guiño.

Paulie se deshizo del abrazo que mantenía con Blake y se acercó unos pasos a Robbie.

—Y para que sepas, cariñito —dijo con un dedo índice en alto y contoneando las caderas—, ese rubio que ves ahí —señaló a Chez, el que le arrojó un beso con su palma al ex de Phil—, es el más *fags* de todas nosotras y el dueño de este lugar.

—Eres bienvenido a sumarte, cielo —invitó Chez mientras con una mano se tiraba para atrás un mechón rubio de cabello, teniendo bien aferrado a Blake por la cintura con su otro brazo.

El hombre retrocedió unos pasos al hallarse con semejante muralla de personas que lo miraban como si fuera él la cucaracha y que se hubiera metido en su hogar. La mujer con la que había aparecido tironeaba de su brazo para tratar de hacerlo salir, y no tuvo que insistir mucho más. Robert dio media vuelta y se marchó, enfurecido y derrotado.

—¿Quién es ese neandertal? —cuestionó Andy con la furia filtrándose en su tono.

—Nadie —masculló Fred. Tenía tal tensión en sus músculos que sentía la inminente necesidad de dar un puñetazo a alguien y, si se trataba de ese idiota, mucho mejor.

—Mi ex —expresó Phil con un hilo de voz. Mantenía su cabeza gacha, se retorció las manos delante de su vientre y se la notaba incómoda.

Cada par de ojos del grupo se enfocó en ella. Fred se acercó de forma inconsciente a la joven, no obstante, sabía que sus amigos no eran de los que juzgaban tan rápidamente a un libro por la portada o por lo que tenía a su lado en la estantería.

—Amor —Nick le elevó la barbilla con dos dedos—, no es tu culpa que él

sea un idiota retrógrado y homofóbico. Tú no eres reflejo de su personalidad ni de sus actos. Ya es tu pasado.

—Es que... —Phil cerró la boca y presionó los labios en una línea fina.

Fred entendía lo que rondaba por la cabecita de la joven. Ella quería retomar la relación con ese retrógrado, neandertal y homofóbico, y él quería darle un gran puñetazo en la mandíbula por haberse atrevido a tratar de incomodar a sus amigos. Unos amigos que tenían buen puesto lo que había que tener para sentirse seguros con su sexualidad y su forma de ser, como para no acobardarse y plantarse delante a cualquier frente que se les hiciera. Los amaba y no podía pedir familia mejor, no había tenido padre ni madre, pero tenía todos esos hermanos que eran lo mejor que la vida podía haberle dado.

—Ven, panquequito. Sentémonos. —Fred le pasó un brazo por los hombros y la guio hasta una de las sillas.

Junto a ellos se acomodó Sam y puso los pies en alto en otro asiento.

—Ay, ya no daba más. Tengo los pies como dos globos —se carcajeó la mujer de ojos color chocolate mientras posaba sus manos sobre su prominente vientre—. No te preocupes, Phil —pidió al tiempo que le daba un par de palmadas a la rubia en el brazo—. Nadie te juzga por los dichos de ese idiota.

Phil permaneció con los ojos acuosos fijos en los de la joven embarazada que le dedicaba una cálida sonrisa. Se asombraba de que cada uno de ellos le brindara su apoyo, pero aún más de la palma encerrada sobre su hombro y que la mantenía pegada al costado de ese hombre que no había hecho más que incordiarla con ser su sirviente a toda oportunidad. Sentía la contención que le ofrecía Fred; quizás él no se percatara de lo que hacía, pero ella sí. Su *zorrito* hablaba con Andy y Blake al otro lado de la mesa, los demás también habían retomado sus asientos y las conversaciones como si nada hubiera alterado la velada.

Alex, un hombre circunspecto y algo callado, pasó los brazos por detrás de Sam y pegó la mejilla a la femenina. Phil se sintió una intrusa o, más bien, como si contemplara un momento íntimo de la pareja, por lo que desvió la

vista. Se notaba el gran amor que se profesaban.

—Si no te encuentras bien, podemos retirarnos —ofrecía Alex, pero la mujer negó con la cabeza y le dio un beso en la barbilla.

—Hey, Phil —la llamó Fred en un susurro tan cerca de su oído que hizo que cada terminación nerviosa de su cuerpo vibrara.

—¿Hmm?

—¿Vamos? —Ella se perdió en sus ojos marrones con espigas doradas y cobrizas y pudo ver que tampoco la juzgaba ni la despreciaba. Phil sí aceptó el retirarse a diferencia de la mujer embarazada a su lado.

—Por favor.

Saludaron a cada uno y ella trató de hacerlo con una sonrisa plasmada en el rostro, aunque le resultó difícil y sus mejillas dolían por el esfuerzo.

Viajaron en un silencio que la puso aún más tensa, hasta el edificio de apartamentos en el que ella vivía, a unos pocos minutos del bar de Chez. Hubiera preferido que Fred la enfrentara por la estupidez de tratar de recuperar a un tipo que se había comportado como un energúmeno, pero él no le recriminaba nada en absoluto. Estaba mortificada por lo sucedido y que sus amigos se hubieran visto ofendidos, todos ellos habían sido maravillosos para con ella. Tampoco nunca había notado que Robbie tuviera tales concepciones en cuanto a las personas con orientación sexual e identidad de género LGBT. Nunca lo habían conversado a decir verdad, no era un tema que hubiera venido a colación, no obstante, él parecía haber cambiado tanto en el último tiempo. Tampoco antes había hecho menciones peyorativas sobre su cuerpo, ella entendía que tenía kilos de más, pero a él jamás parecía haberle importado.

—Lo siento, siento todo lo que ocurrió —murmuró. No conseguía mirarlo a la cara, sentía una vergüenza enorme por lo sucedido.

—No te preocupes, ya sabía que él era un cretino. La única que parece no darse cuenta eres tú —escupió Fred y, esa vez, Phil no pudo enfadarse por el comentario ni defender a su ex.

Así que no le contestó. Contemplaba el vacío con el corazón en un puño

porque sabía que él tenía razón. Comenzaba a ver a Robbie con otros ojos y no por unos muy benevolentes. Se despidió con rapidez y, con la misma premura, descendió del vehículo para correr hasta la puerta de su edificio.

Fred contempló la huida de la mujer y golpeó el volante con sus puños un par de veces, embargado por la ira. Estaba enfurecido con sí mismo por no saber cómo conquistar a una fémina como ella o, más bien, por no percatarse de cómo aprovechar las oportunidades que se le daban a fin de conquistarla. Si es que se le presentaba alguna.

Capítulo 12

Se acomodó en su cama enfundada con un pijama de franela color amarillo claro con conejitos celestes saltando. Dejó su taza con una infusión de pétalos de rosas y flores de lavanda con rooibos y vainilla sobre su mesa de luz. Se abrazó a su enorme oso marrón y escondió el rostro en la cabeza del muñeco de felpa.

Había sido una velada horrible. Era la primera vez que veía a Robert desde otro cristal que no era el propio, sino el de los que habían compartido la noche con ella: Fred y sus amigos. Pudo distinguir la furia en algunos, como en el pelirrojo, pero en otros algo más allá, como la pena, el descreimiento y el orgullo. Robbie había tratado de insultarlos y a ella también, pero de una manera rastrera, como si el ser gay fuera alguna clase de plaga de la que tuviera que mantenerse alejada. ¿Siempre él había pensado así? ¿Acaso ella había estado ciega?

Podía ser. Pero para lo que sí no había estado preparada era para contemplar como Fred había escudado a sus amigos, listo para dar pelea si Robbie volvía a mencionar algo contra ellos. A pesar de que había ocasiones en las que la trataba como a un objeto que solo debía servirlo, en el fondo, era una buena persona que apreciaba a quienes tenía a su alrededor.

También recordaba su mirada de adoración cuando la posaba sobre sus padres. Algo había tenido lugar en esa cena, algo que lo había movilizado sobremanera y que ella no había llegado a comprender. Lo que la hacía

cuestionarse qué era lo que sabía de él. ¿Acaso él había hablado sobre su pasado? Nada en absoluto. Frederick Lahr era una total incógnita. Solo conocía del creativo que se asemejaba a Jamie Fraser y a Nick de *Zootopia*. Las carcajadas burbujearon en la garganta de Phil al equipararlo con el zorro ladronzuelo y estafador de la película de animación.

Dio un sorbo a su infusión favorita y tomó el libro de la novela romántica que leía, la última de Susan Elizabeth Phillips, por la que tanto había esperado. Buscó dónde se había quedado desde su última lectura y se sumergió en ella sin acordarse de su ex ni de su supuesto y falso actual novio.

Fred no había dado ni dos pasos dentro de su apartamento cuando su móvil comenzó a sonar. Se extendió sobre el sofá marrón en su *living* para atender.

—Hola, amor. ¿Me extrañabas ya? —saludó con cierta ironía.

—*¡Calla, idiota!* —respondió, con una carcajada, Andy—. *Solo quería saber cómo estabas. En realidad, esperaba que no contestaras, lo que me hubiera indicado que te encontrabas acompañado, pero veo que no es así.*

—No, solo, solo, viejo. —Fred elevó los pies sobre la mesa ratona, un tobillo cruzado encima del otro. Suspiró con profundidad—. Qué noche, ¿verdad?

—*Por eso llamaba. Fue un espanto con la aparición de su ex. No sabía que era un homofóbico.*

—Yo tampoco y creo que Phil menos. ¿Por qué estabas preocupado por mí? No me malinterpretes, me gusta que me consientas, encanto —se rio al denominarlo como lo llamaba Nick—, pero no lo comprendo.

—*Estabas enfurecido.*

—Claro, ese idiota intentaba insultar a mis amigos, a mi familia —argumentó Fred, reavivando el enfado que aún mantenía dentro.

—*Lo sé, como también sé que la chica te gusta... y mucho.* —Fred lanzó otro suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo, mutando su estado de ánimo a

uno desolado—. *Pero te comportas como un h.d.p. cuando estás con ella. Le impartes órdenes como si fuera tu empleada o, peor aún, una esclava, y no me refiero a un juego de roles en privado, viejo. Sino que la haces buscarte cosas o que te trate como a su rey. No creo que sea la forma de ganártela.*

—Tienes razón. —Se frotó las cejas con cansancio—. Soy un idiota a la décima potencia. No sé qué demonios se posesiona de mí cuando la tengo cerca. Es como si no pudiera evitar tratarla mal, y ni yo mismo me agrado. Me daría varias patadas en el culo.

—*Puedo ayudarte con eso cuando quieras.*

—Gracias, hombre. —Se rio—. Sí que eres un gran amigo. —Se puso un brazo sobre los ojos y se repantigó en el sofá como si considerase dormir en este.

—*Bueno, solo quería constatar que estuvieras bien y comentarte mis apreciaciones.*

—Y te lo agradezco. Al menos me diste una patada mental —bromeó y dejó escapar una carcajada—. Ya con eso tengo para pensar.

—*Cambia tu estrategia y gana a la chica.*

¿Ganar a la chica? Andy lo hacía parecer fácil, pero Fred no tenía ni idea de cómo hacerlo. Phil era una joven un poco inocente en algún punto, que adoraba las flores y que creía en el amor eterno. ¿Y él? Pues él era él, con sus cuestiones buenas, pero también tenía todas esas otras que, en definitiva, eran esencialmente malas. Su amigo sería la pareja ideal para la florista, en lugar de él. Ese pensamiento lo molestó, así que lo descartó al segundo.

A la mañana siguiente, apenas Andy lo visualizó en S&P, lo increpó sin darle respiro.

—¿Qué has pensado? —le preguntó al aferrarlo del brazo y apartarlo de sus compañeros.

—¿Sobre qué? —Fred frunció el ceño y tiró para recuperar su miembro esclavizado. Como le sucedía desde hacía un tiempo, ese día también se había despertado con un humor de perros.

—¿Cómo que sobre qué? —Andy lo encaró con las manos en las caderas. Se lo veía tan joven con aquel aspecto, cabello algo crecido, vestimenta entre retro con toques modernos y las gafas, dado que ya no utilizaba lentes de contacto. Y ni hablar si andaba con una paleta en la boca—. Conquistar a Phil, la chica de tus sueños.

—¿La chica de mis sueños? No exageres, hombre.

—Sabes bien que no lo hago. Este supuesto noviazgo está haciendo mella en ti.

—¿Qué es lo que hace mella en mi buen amigo Freddie? —preguntó Nick, sorprendiéndolos y pasándole un brazo por los hombros a cada uno desde atrás. Andy y el pelirrojo se mantuvieron en un incómodo silencio que no le pasó desapercibido al pelilargo—. Me doy cuenta de que algo ocurre, pero si lo quieren mantener en secreto, lo permitiré pasar. Solo les recuerdo que, cuando me necesiten, yo estaré, mis encantos. —Y se alejó, aventándoles un beso con su mano, luego esbozó su característica sonrisa que dejaba en evidencia el hoyuelo en su mejilla izquierda.

—¡Uf, me siento una mierda! —rezongó Fred al pasarse la mano por el cabello rojizo, desordenándolo. No le agradó lo que acaban de hacer, dejar fuera a Nick de una manera tan evidente.

—Ni que lo digas. —Andy metió las manos en los bolsillos de su cárdigan azul marino—. Tal vez podrías incluirlo.

—¿Incluirlo en qué, Andy? —espetó Fred un poco harto de toda la situación en la que se había metido—. ¿Qué es esto? ¿Acaso un juego de TEG?

—Necesitas comer algo —comentó el hombre de cabellos castaños, desestimando su estado de ánimo con un gesto de la mano—, siempre te calmas cuando tienes el estómago lleno.

—Oh, qué buen concepto que tienes de mí.

—¡Bueno, ya! —protestó Andy—. Viejo, ¿qué demonios? Soy tu mejor amigo y me atacas. ¿Quieres desahogarte con una buena contienda? Pues dispara de una buena vez. Yo seguiré aquí después, pero tú te sentirás aún peor

que una mierda. Solo para que lo sepas.

Fred suspiró y fijó su mirada amarronada en la clara como el agua. Le sonrió y le pasó un brazo por el cuello para atraerlo a su costado. Su amigo estaba agitado después del largo regaño que le había dado sin tomar aire.

—¡Hey, suéltame! —se quejó Andy.

—Te quiero, viejo. Me dices lo que necesito escuchar en los momentos quizás menos indicados, pero eso eres, mi mejor amigo.

—Bien, al fin me reconoces el mérito. Con lo que me cuesta soportar a cada uno de ustedes —bromeó Andy con aquella picardía en su mirada.

Era una especie de bisagra entre todos ellos, no sabía bien cómo funcionaba, pero Andrew era esa persona que unía al grupo de una forma muy particular. Amaba al delgado *hipster* con sus cabellos algo alborotados, su mirada cristalina y sus gustos algo afeminados, sin tomar en cuenta que adoraba los zombis y los juegos en línea apocalípticos.

—Conseguí el hotel —anunció Mark al entrar en el despacho de Alex, quien se encontraba sentado tras su escritorio. El rubio se dejó caer cual saco de papas en uno de los sillones frente al moreno—. Uno de nuestros clientes, con el que estuve al habla durante estos días, nos consiguió una buena promoción en uno de sus hoteles en Cannes.

—¿En serio? —Alex abandonó la carpeta que examinaba, a un lado del ordenador—. Es una magnífica noticia. Entre el viaje y la estadía se nos irán buenos billetes, digamos que S&P está prosperando, pero aún no salimos de los números rojos del todo.

—Lo sé, viejo. Por eso andaba con estas tratativas. Los chicos tampoco tienen un bolsillo tan holgado, quizás Xavier sí, pero el resto no tanto. Y bueno... —Mark jugueteó con sus dedos sobre la superficie de madera blanca—, yo tengo algunos ahorros, pero les tengo dispuesto otro objetivo.

—¿Un objetivo de lo que me hablaste hace un tiempo atrás? ¿El de acercar

tu hogar a ciertas personas?

—Quizás —contestó, evasivo y con la mirada esquiva.

—¿En qué anda eso? —Esos ojos que para el resto del mundo podían parecer impenetrables, aunque no para Mark, indicaban calidez y más que eso, una cierta paz. Mark sabía que Alex se había encomendado velar tanto por él como por Sarah, y el verlo feliz era otro motivo para hallar esa tranquilidad que buscaba.

—Pues... todavía solo está en mi mente, aún no pude hacer que mi lengua se soltara frente a cierta mujer.

—Ya lo harás cuando sientas que es el momento indicado. —Agradecía esa entereza que su hermano del corazón le compartía y que siempre lo había mantenido sobre la tierra.

—Eso espero, viejo. Y no darme contra una pared.

—Ptff. —Mark alzó el rostro ante el sonido que hizo Alex con su lengua, era tan raro en él. Pero lo complació ver la expresión sonriente en su amigo, no era que tuviera una sonrisa de oreja a oreja, sino una especie de mueca con las comisuras de la boca apenas elevadas, pero sus ojos resplandecían y sonreían a su manera—. Te dirá que sí.

—Te amo, hermano.

—Lo mismo por aquí.

Alex se acercó a las espaldas de Andy y Fred, sentados uno junto al otro en la gran mesa en donde trabajaban los creativos de la agencia.

Continuaba preocupado por dejar a Sam, aunque solo menos de una semana. Más que nada porque desde hacía unos días que, aunque decía que no era así, él se percataba del malestar que la aquejaba: sufría de retención de líquidos, sus piernas se hinchaban y le costaba, cada vez más, moverse. Posó una mano en un hombro de cada uno de los muchachos.

—Solo quería agradecerles el que estén atentos a Samantha —dijo en un

tono bajo como le era habitual, porque sabía que si no, de otra manera, hubiera tartamudeado. Tenía el corazón en la boca y un gran nudo en la garganta, no quería dejar a su mujer, pero habían trabajado tanto por arribar donde estaban con la agencia.

—Alex, despreocúpate, viejo. Iremos tan seguido a tu casa que nos odiará —bromeó Andy—. Xavier me dejará su automóvil para que pueda movilizarme con los niños, así que ten por seguro que me tendrá allá cada día.

—No tanto, que tendrás que compartirla conmigo —intercedió Fred—. Al menos un día de por medio, uno iré yo y otro, tú —se carcajeó el pelirrojo.

Alex se mantuvo en silencio. No había forma de transmitirles la tranquilidad que le brindaban con sus bromas tontas y sus peleas sin sentido. Eran, además de excelentes profesionales, grandes amigos y sabía que su mujer estaría en las mejores manos.

Capítulo 13

—**B**uenas tardes, mi panquequito relleno.

—Uff, ¿tenías que añadir lo de relleno? ¿No bastaba con que me llames como a una masa redonda?

Fred se detuvo en seco. ¿De qué demonios hablaba? Aunque solo utilizaba el apelativo en público, se le había escapado en ese momento. Sí, tenía la intención de incordiarla como ella hacía con el de calabacita, pero no porque hiciera referencia a su circunferencia, sino porque era un apodo empalagoso y tonto.

—¡Basta ya! —La furia se apoderó de él, como parecía que siempre hacía cuando estaba frente a la bella florista, y dio un golpe con el puño en el mostrador de madera color verde pastel.

—¿Perdona? ¿Cómo dices?

¡Mierda! Por los ojos como platos de Phil, la había asustado con su grito.

—Respétate un poco, mujer —masculló y se encomendó a darse otra patada mental en el culo—. Ya déjate de tonterías y pongámonos a trabajar.

—¿Trabajar? ¿A qué te refieres? —espetó la conejita con las manos en las caderas y con dos ojos convertidos en dardos mortíferos—. Por si no lo has visto, yo ya estoy haciéndolo. ¿O qué supones que hice todo el día de hoy?

—¿Leer novelas románticas? —Fred hizo un ademán con la barbilla para indicar el libro que tenía sobre el mostrador. Phil se apresuró a cerrar la novela y Fred se percató de que se trataba de una de las autoras que tanto

agradaban a Andy—. Antes de que orientes tus cañones hacia este barco, traje algunas ideas y los avances que mi amigo Dave ha hecho con respecto a la página web de tu floristería —argumentó con una palma en alto en señal de rendición, dado que no traía ningún pañuelo blanco.

La mirada de Phil se iluminó y su boca conformó una *o* casi perfecta. Sabía que Pétalos al viento era su bebé y una de sus prioridades.

Fred sonrió con el conocimiento que le otorgaba la experiencia de la cantidad de veces que un cliente se entusiasmaba con su proyecto. Abrió el morral que traía colgado de forma cruzada sobre su cuerpo y sacó la *notebook*. Los azulinos ojos de Phil se posaron sobre la campaña que había armado para ella, la que comprendía diseño del logo, papelería, publicidades pensadas para diversos medios gráficos y, sobre todo, la nueva página web que Dave había realizado para ella. Claro que esta última no estaba aún en línea, sino que era un boceto para que Phil diera su visto bueno.

—¿Qué es todo esto?

—Tu empresa, conejita. El giro que le darás para que comience a dar ganancias.

—Pero... pero..., Fred, no puedo.

—¿Cómo que no puedes? —La indignación se filtró en sus palabras; después de tanto trabajo, ella no aceptaba el cambio positivo que planteaba para su emprendimiento—. No tienes que hacer más que ponerlo en práctica.

—Es que... todo esto es demasiado —balbuceaba sin quitar la vista de la pantalla—. Yo jamás imaginé... cuando propusiste cambiar la imagen y la llegada al cliente...

—A esto me dedico, Phil. Es lo que mejor hago.

—Entiendo, pero...

Fred frunció el ceño sin entender qué le sucedía a Phil. Habían trabajado para idear esos cambios que él le mostraba y... ¿ella se echaba atrás?

—Philomena, ¿podrías ser más clara y aclararme cuál es el maldito problema?

—No tengo el dinero suficiente para pagar por esto.

Fred suspiró con hastío, se frotó detrás del cuello y apoyó los codos sobre el mostrador. Conectó la mirada con la azulina y se deleitó con el rubor de mortificación de la joven.

—Conejita, ¿acaso te he presentado alguna factura? Mis servicios creativos y de asesor publicitario son enteramente gratuitos y vienen con el contrato que ya tenemos.

Los ojos de Phil volaron a los suyos y él pudo notar el descreimiento. Estaría a la espera de qué nueva condición estableciera en el pacto que ya mantenían. Aunque él pudiera sacar cierto provecho de la mujer, esa vez no lo haría. Le encantaba su trabajo y quería hacer florecer a Pétalos al viento como se merecía o, más bien, como merecía su dueña.

—¿Y tu amigo?

—¿Dave? —Fred desmereció el comentario con un ademán de su mano—. Esto para él es pan comido, el tipo es un genio.

—Me he dado cuenta de que él es...

—¿Que es qué? —la interrumpió un poco a la defensiva, lo que hizo que Phil variara su expresión a una cauta y sorprendida.

—¿Peculiar?

—David es David, tan simple como eso —explicó con seriedad—. Lo amas o no lo haces.

—Fred, no decía nada malo sobre tu amigo y no voy a enfadarme por lo que implicas. Solo que esperaba que ya me conocieras un poco mejor.

¡Maldición! La mujer no tenía maldad en su corazón, así que no decía nada en contra de su amigo. Fred era un poco sensible en cuanto a David y que dijeran algo sobre su condición o lo discriminaran por ello.

—Lo siento, conejita. Hay cuestiones sobre lo que soy un tanto...

—Susceptible. Sí, lo noté. La temática *amigos* es tu punto débil —concedió con una sonrisa tan cálida, pero debía haber tenido locura temporal, porque a Fred se le antojó erótica. Sus ojos se fueron como por *motu proprio* a esos

labios rellenos y solo ansió saborearlos a conciencia, sin embargo, contuvo sus deseos y volvió a concentrarse en el trabajo.

Carraspeó para aliviar la tensión que se estableció entre los dos.

—Tengo que retirarme, conejita. —Tenía que airear su mente antes de que dijera alguna estupidez o, lo que era aún peor, la cometiera.

—Espera, ¿qué...? Eh... ¿cómo seguimos con todo esto? —Ella se alzó de la banquetta, rodeó el mostrador y se interpuso entre él y la salida.

Fred enrolló un dedo en un mechón rubio y le acarició la mejilla.

—Te enviaré la información al correo de la floristería. Ahora debo encargarme de dos preciosuras que me aguardan con ansiedad.

—Oh, entiendo.

Fred percibió la repentina rigidez de la joven. Se carcajeó y la tomó de la barbilla, los labios de uno muy cerca de los del otro.

—No, no lo haces —la contradijo, y apartó su boca de la femenina antes de arrepentirse y tomar posesión de esta—. Se tratan de las gatas de Andy, Frida y Olivia. Debo ir para que él me enseñe cómo darles de comer, dado que dentro de poco voy a tener que hacerme cargo de ellas por unos días.

—Yo también tengo dos felinos, Ares y Emil. —Lo sorprendió con una sonrisa—. Ares es gris y Emil, totalmente negro. Me encantan los gatos y no es tan difícil alimentarlos. Depende de lo que les dé.

—En eso reside el tema, ellas no comen alimento balanceado. Tienen una dieta especial que él mismo prepara.

—¡Ay, yo igual! —exclamó Phil—. Voy a tener que hablar de ello con Andy entonces.

Las alarmas se encendieron en la mente de Fred. No pudo menos que percatarse de los puntos de conexión entre Phil y Andy: a ambos le agradaban los gatos, las novelas románticas y se sabían los nombres de los personajes de las películas de Disney. Tal vez ella había elegido al pretendiente equivocado para participar del engaño.

Se retiró con apenas un saludo seco y había notado el desconcierto en la

joven, pero la idea de que fuera Andy quien disfrutara de sus atenciones era inadmisibles y generaba las peores emociones en él.

Durante el trayecto al apartamento de su amigo, su estado de ánimo se calmó y se dio un par de nuevas patadas mentales por ser tan idiota. Andrew era su mejor amigo, uno de los con que se había iniciado en su profesión a la par y con quien amaba trabajar codo a codo.

Solo que, algunas veces, Andy le preocupaba. No lo veía tan bien como él se mostraba. El no encontrar a un amor traía al castaño a mal traer, aunque lo ocultara y sus amigos lo catalogaran de monje por decidirse a no tener más citas. Veía en la mirada color miel de Nick que a él le ocurría algo similar, también se desvelaba por el hombre castaño de ojos claros como el agua.

—¿Te quedas a cenar? —propuso Andy apenas había traspasado Fred la puerta de entrada, quien respondió con un encogimiento de hombros.

—Claro.

—Bien. Te dejaré la comida para cada día en un *tupperware* en el *freezer* —prosiguió con su explicación sobre cómo cuidar de sus bebés felinas—, solo debes descongelarla, dado que ya estará todo cocido.

—¿Por qué tus niñas no comen alimento balanceado?

—Su veterinaria dice que es pura basura, y a ellas solo les daré lo mejor de lo mejor. Tienen una dieta balanceada de comida natural. Allí la tienes pegada en la puerta del refrigerador.

Fred se acercó y leyó lo detallado de lo que debían consumir las gatas. Tuvo que confesar que se alimentaban mejor que él.

—¿Pizza?

—¿Eh? ¿Ordenamos unas pizzas? Claro. —Por un momento, creyó que la dieta felina también incluía esa receta con harina de trigo y mozzarella. Después, se carcajeó ante la idea de que ellos cenaran comida chatarra y las gatas quinoa con verduras al vapor y carne magra—. ¿Te parece una buena

noche de juego en línea? No es el día correspondiente, aunque no creo que los chicos tengan problemas.

—Salvo David.

—Salvo David —repitió en concordancia al conocer como lo alteraban los cambios en su agenda, aunque había flexibilizado bastante desde que lo habían conocido.

—Gracias por encargarte de mis bebés —expresó Andy mientras ponía un par de cucharadas de la preparación en cada cuenco de color blanco con el nombre de cada minino escrito en violeta.

Fred, por obra de un impulso, lo abrazó por el cuello y le mesó el cabello castaño, que siempre llevaba algo despeinado.

—Es solo porque te quiero, viejo.

Andy sonrió y su mirada brilló detrás de los anteojos que tendía a usar desde que había dejado de lado las lentes de contacto. Hacía tiempo que no transcurrían la noche juntos, charlando, comiendo, bebiendo y jugando como en los viejos tiempos, por lo que Fred le dio la bienvenida al respiro que estar con Andy le otorgaba.

¿Y Andy? Él solo podía pensar en disfrutar de su último amigo soltero, el que quedaba del grupo. Por experiencia, cada vez que uno encontraba a la pareja que tanto esperaba, se retrotraía un tanto de sus amistades. Aunque seguían en contacto con todos ellos de forma frecuente, tanto dentro como fuera de lo laboral, algo cambiaba y, en el último tiempo, Andy se sentía excluido del grupo de los no solteros. Solo le quedaba Fred y, después de verlo con Phil, sabía que le restaba poco bajo ese título. Sonrió ante una idiotez que Fred mencionó a la par que el pelirrojo trataba de guardar en su memoria cada indicación que él le decía, se percataba por la concentración con que miraba todo lo que hacía y las preguntas que le hacía con respecto a sus dos compañeras de apartamento. Era una gran persona y solo esperaba que lograra conquistar a la chica, aunque ello implicara que Andy fuera el último y quedara solo.

—Tengo el papeleo necesario para los trámites de adopción —expresó Brian al recostarse en la cama junto a Nick, quien bajó el libro que leía sobre su regazo.

—No pienso hacerlo.

Brian quedó pasmado.

—¿Qué? Lo hemos discutido y estábamos de acuerdo en que queríamos hijos.

—Oh, yo quiero hijos y los quiero contigo —confesó el pelilargo al acariciarle una mejilla, lo que confundía al abogado—. Pero no mientras no pongas al tanto a tu familia de nuestra situación, no antes de que nos casemos. Te me propusiste y te acepté, Brian.

—Es que... —La culpa anidó en él como un veneno que arrasaba con todo a su paso.

—Entiendo que temas enfrentarte a tus padres, que aún no estés preparado. —El pelilargo se abrazó a sus rodillas y desvió la mirada—. Solo te pido que te pongas en mi lugar, en lo que siento cada vez que me ocultas.

—Yo no te oculto, Nick. —Brian también se sentó sobre el lecho—. No quiero eso, es solo... Es difícil para mí.

—Lo sé, bebé. —La voz de su novio le dijo todo, oyó esa impotencia y derrota en esta y eso punzó aún más en el corazón de Brian—. Pero siento que nunca podremos cruzar este escollo en nuestro camino. Anhele tanto formar una familia, y hasta que tú no enfrentes esto que tienes delante, temo que no podremos hacerlo.

Nick se retiró los cobertores y se elevó del lecho. Sin agregar una palabra más, se marchó de la habitación.

Brian se dejó caer sobre la almohada con un largo suspiro y se tapó los ojos con el brazo derecho. Sabía que todo era su culpa, que debía de una buena vez acomodarse los testículos y hablar con sus padres, contarles la verdad sobre su presente amoroso, de quién estaba enamorado y con quien quería formar una familia.

Sin embargo, el hablar con su padre le daba miedo. No porque se pusiera violento, sino por defraudar la imagen que su progenitor tenía de él, de sus logros y aspiraciones en la vida. Algo similar le ocurría con su madre, pero imaginaba que ella toleraría de una mejor manera sus sentimientos.

Observó la puerta cerrada de la habitación que compartía con Nick y el miedo lo embargó, pero uno distinto. Miedo a que el hombre que era el amor de su vida no soportara más la meseta en donde él lo había esclavizado y decidiera abandonarlo. Debía hacer algo por Nick y por sí mismo.

Ange se disponía a marcharse a la habitación cuando la voz de David la detuvo en seco.

—¿Y si tengo una crisis?

Ella conocía muy bien el temor que rondaba a David desde que habían planificado el viaje a Italia. Le preocupaba arruinarles el vuelo y la estadía en Europa con sus exabruptos, pero a Ange y Miranda les traía sin cuidado. Era un riesgo que habían decidido tomar.

—La tendrás, David —afirmó ella—. ¿Pero sabes qué? Miranda y yo estaremos allí contigo, no estarás solo nunca más.

David se acercó hasta ella. Le palmeó la cabeza de esa forma tan extraña, pero tan suya al mismo tiempo. Ella no pudo evitar el estrujarse contra él, sin poder creer lo tanto que ambos habían cambiado en el corto tiempo que llevaban juntos. Elevó el rostro para enfocar la mirada en aquella más oscura que ya no le rehuía tanto como antes, y a pesar de la rigidez del cuerpo masculino cada vez que ella lo abrazaba, el amor que David la hacía sentir y el que él le transmitía era tan profundo que los sintió fundidos en uno solo.

Capítulo 14

La caravana de automóviles estacionó en el aeropuerto John F. Kennedy; se trataba de tres vehículos distintos para poder contener a todas las personas. Los que tomaban el vuelo al aeropuerto internacional de Niza, con una escala en el de Zurich por unos cincuenta minutos para dirigirse luego a Cannes, eran: Alex, Mark con Key, Charlie con Xav y Nick. Los que acompañaban y despedían a los viajeros eran Fred, Sam, Andy, Brian, Gabe, Mor y los hijos de Xav y Charlie: Dan y Braddock.

Ange, David y Miranda no estaban presentes, puesto que ellos mismos habían sido despedidos unas semanas atrás al abordar su vuelo a Italia.

Los ánimos eran alegres en general, solo había una pareja que no parecía pasar su mejor momento: Brian y Nick caminaban hacia las puertas vidriadas con paso lento y pesado y se habían relegado un tanto del grupo. Al llegar al hall del aeropuerto, previo al *check in*, el abogado detuvo a su novio por la mano, se la atajó y presionó su agarre para que no pudiera soltarse.

—¿Brian?

Brian tan solo negaba con la cabeza de un lado al otro, el caudal emocional era tan grande que su garganta parecía tener un intenso nudo. Ninguna palabra podía ser pronunciada y sus ojos se empañaron ante la angustia de esa inminente separación, una que temía que no fuera transitoria.

Sin previo aviso, encerró a Nick en sus brazos como si fueran fuertes grilletes de hierro, irrompibles y que no querían abrirse para dejarlo ir.

—Bebé, me asustas. —Brian enterró el rostro en la curvatura del cuello del pelilargo, envolviéndose con su aroma y deleitándose con tenerlo pegado a él —. ¿Qué ocurre? Solo serán unos días, estaré aquí antes de que te des cuenta —decía Nick mientras le pasaba la mano por el cabello.

Brian se soltó, le acunó el rostro y conectó la mirada azulina con esa melosa. Los labios del abogado tomaron los del creativo sin darle tiempo a nada, y el beso fue tan demandante que se fundieron uno con el otro en medio del sitio, con gente pasando a su alrededor, pero para ellos no existía nadie más.

—Vuelve a mi Nick y arreglaré lo que haga falta.

—¡Ay, bebé! —En ese instante era Nick el que le deslizaba las manos por su rostro áspero debido a la barba incipiente por no haberse afeitado esa mañana—. Claro que volveré a ti, a mi único hogar.

Brian alcanzó una de sus manos y le dio un beso en la palma.

—Te amo.

—Lo sé, yo también te amo. Podré enojarme, podré decir cosas y quejarme, pero jamás dudes de que no retornaré a ti, bebé. Has cambiado tanto, quizás tú no lo notes, pero yo sí lo hago.

—Pero aún no es suficiente —sentenció Brian.

—Por ahora, sí lo es —contradijo Nick, pero el abogado notó la tristeza en su expresión—. Solo que... anhelo todo eso que planeamos: casamiento, hijos y familia.

—Lo haremos —prometió, pero el temor de que no pudiera mantener su palabra fue como un agujón oscuro en medio de sus entrañas.

Brian lo vio irse junto con el resto de sus compañeros de viaje y sonrió cuando Nick se volteó a saludarlo y le devolvió el gesto con su palma, pero apenas volvió a girarse, la sonrisa se le borró como por arte de magia. No lo perdería, lo amaba con locura y aceleraría los cambios que fueran necesarios para que su pareja fuera feliz.

Nick no le demandaba nada, solo quería no estar ocultos, solo eso. Pero

para Brian no era «solo eso», era modificar el núcleo de su familia, enfrentarse a sus padres y mudar la imagen que tenían de su adorado hijo mayor.

Otra de las parejas que tenía cierta dificultad al separarse eran Sam y Alex.

—M-m-me ll-llamas cualquier cosa —finalizó el moreno al descender tanto su voz que Sam sintió un escalofrío recorrer su columna; era tan gélido el tono de su novio cuando trataba de evitar tartamudear.

—Cielo, no temas. Fred y Andy te han prometido que me tendrán bajo la lupa. —Le acomodó algunos de sus mechones oscuros detrás de las orejas, los ojos de Alex no se apartaban de los suyos—. No ocurrirá nada.

—N-n-no t-te has sentido bien por unos días.

—Solo son los problemas comunes del último trimestre de embarazo, pesadez en los pies, cansancio... No tienes nada de qué preocuparte y, mucho menos, con esto que le ocurre a la agencia.

—Es algo bueno, sí —concedió él, pero la preocupación seguía transfigurando sus facciones.

—¿Algo bueno? ¡Es excepcional, Alex! Van a participar en el festival internacional de publicidad. Es lo máximo para nosotros.

Alex la observó y ella pudo percatarse del enfado en su mirada.

—T-t-tú e-e-eres —suspiró con profundidad y desvió los ojos a un costado. Sam sabía cuánto lo frustraba no poder hablar de corrido, pero cuando la emoción lo embargaba tanto, se le hacía casi imposible, sin importar las estrategias que utilizara— lo m-m-ás importante.

Sam lo aferró de detrás del cuello y lo obligó a descender el rostro hasta que pudiera unir los labios con los masculinos en un beso tierno y perezoso. Quería disfrutarlo a consciencia, dado que tendría abstinencia de él por casi una semana. No se habían separado nunca desde que estaban juntos, salvo cuando ella se había escapado al apartamento de Nick después de haber

discutido el tema de ser padres.

—Estaré bien y esperándote con ansias, cielo.

Una vez que las despedidas hubieron concluido, Sam, Andy con Braddock en brazos y Dan volvían en el automóvil de Fred. Sam iba sentada en el asiento de junto al pelirrojo debido a su vientre prominente, para que estuviera lo más cómoda posible.

—Tienes que comprarte un vehículo, Andy —mencionó Fred, y Andy vio sus ojos marrones fijos en él reflejados en el espejo retrovisor.

—Ya veré. —Desestimó el tema con un ademán de la mano—. Por ahora, me encanta disfrutar de tus servicios de conductor personal.

—Muy gracioso —masculló el pelirrojo.

—Déjalo ya, Fred —intercedió Sam—. Andy tiene sus temas también y sus prioridades a las que destine su dinero.

—Sé que todos estamos un poco ajustados desde que invertimos en la agencia —concedió Fred, él mismo se hallaba en una situación donde el dinero apenas alcanzaba y su capacidad de ahorro era escasa.

—Aún no ha dado las ganancias suficientes como para devolverles con intereses su apoyo económico —se lamentó Sam.

Cuando Mark les había contado su proyecto de abrir su propia agencia de publicidad junto a Alex, todos los miembros del equipo creativo habían concordado en irse con ellos e invertir en el nuevo emprendimiento. Los directores habían aceptado si solo se establecía que cada dólar fuera devuelto una vez que tuvieran ingresos suficientes.

—Cariño —la llamó Andy desde atrás—, sabes que eso no es algo que nos quite el sueño. En las reuniones mensuales que tenemos con los jefes en la agencia, siempre nos tienen al tanto de los avances, las entradas y salidas de dinero. Y todos acordamos en que, en este momento, en que recién está floreciendo, no debe saldarse la deuda que tienen con nosotros.

—Exacto —afirmó Fred al girar en una intersección—. Nunca pensamos en que nos fuera devuelto.

—Es lo justo —argumentó Sam.

—Quizás —dijo Fred—, pero para nosotros también es importante ser parte de este proyecto y también es algo nuestro como de Alex y Mark.

—Y así es, sin ustedes, S&P no sería lo que es. Es una gran familia que te acepta tal cual eres —la voz de Sam se resquebrajó—, y que te cura desde adentro.

—Ay, cariño. —Andy extendió una mano por un lado del apoyacabeza de ella y Sam se la tomó en el acto—. Te amamos y tú también haces a esta familia.

Fred le dio un breve apretón sobre el muslo de Sam con su palma y Andy se alegró de que ella ya no se sobresaltara ante el cariño y los toques inocentes de ellos.

—Es cierto, esta familia que hemos conformado es liberadora y sanadora, Sam —repuso Fred—. Yo también lo veo así.

Andy se sorprendió ante las palabras de Fred y lo hizo preguntarse, como muchas veces antes había hecho, cuál era el pasado del enigmático pelirrojo. Fred no hablaba de su familia, la que sospechaba que no existía como para muchos otros del grupo. O sus padres habían fallecido o estos habían sido unos *h.d.p.* que era mejor perderlos que encontrarlos, solo Andy tenía unos progenitores amorosos y encantadores.

Pero era algo aún más, no era como que los padres de Fred hubieran fallecido, sino que el castaño presentía que ni siquiera habían existido para él. A veces, veía un dolor tan profundo en aquellos ojos marrones y aún más cuando estos contemplaban a Gabe y Mor con Stef o Charlie y Xavier con Braddock y Daniel, y en ese momento le ocurría con Sam y su embarazo. Había una calidez en su mirada, pero también como una profunda añoranza que hacía que Andy lo sintiera solo.

Acompañaron los dos hombres, el adolescente y el bebé en brazos de Andy

a Sam hasta adentro y discutieron con ella porque quería despedirlos en la puerta, sin embargo, ellos insistieron en verla instalada en el interior de su hogar.

—Son unos exagerados —rezongó Sam al tomar asiento en unos de los sillones del *living*.

Andy le alcanzó el control remoto del televisor pantalla plana.

—No lo somos —argumentó Fred a la par que le acomodaba un almohadón por detrás de la cabeza.

—No, claro. No lo son —se carcajeó Sam al ver al pelirrojo acercar una silla para luego elevarle los pies sobre esta—. Estoy bien, parece que es lo único que digo últimamente. Solo son los pormenores típicos de este trimestre: cansancio y pesadez.

—No importa. Eso no debe ser un impedimento para mimarte —mencionó Andy, que volvía de la cocina con un vaso con agua—. Sabes que somos tus caballeros de brillante armadura —bromeó.

—Sustitutos —agregó Fred—. Hasta que vuelva tu caballero andante.

—¿Dan, cómo estás? —quiso saber la mujer al ver al adolescente parado en un rincón con su hermano en brazos.

Daniel se encogió de hombros y no desvió la mirada azul como la de su madre del suelo de madera pulido.

—Bien, supongo —contestó el joven.

—Es la primera vez que te separas de tu mami —mencionó la mujer.

Él muchacho de casi quince años tan solo asintió y Andy lo aferró por los hombros con un brazo y le revolvió el cabello rubio con la mano libre.

—Pero te quedarás con el tío Andy y sabes lo que eso significa, ¿cierto?

—¿Comida chatarra y video juegos? —La expresión del joven se iluminó y, a pesar de que sus ojos seguían un poco tristes, se lo veía entusiasmado.

—¡Por supuesto! Hamburguesas con papas fritas y noches de juegos en línea. Claro que debemos incluir alguna que otra verdura y tener el tiempo de entretenimiento controlado —finalizó el castaño, para disgusto del chico,

mientras Sam y Fred se reían.

—Uff, ya hablas como mis padres —afirmó Dan.

Andy sonrió ante la mención de sus *padres*, dado que Xavier lo había adoptado al casarse con su madre, pero Dan solo era hijo biológico de Charlie. Claro que Xavier amaba al muchacho y este le tenía tal devoción que no había forma de que no pasaran por padre e hijo.

—Y vendremos a visitar a la tía Sam también —comentó Andy.

—Oh, vamos. Solo son cuatro días, chicos —se quejó Sam.

—Cuatro días en los que Andy y yo nos turnaremos para estar pendientes de ti, cariño —informó Fred con un dedo en alto hacia ella—. Lo lamento, pero seremos unos amigos tan pesados que nos odiarás.

—Ya los estoy sufriendo —protestó la joven embarazada.

Ya en el camino de vuelta hacia Manhattan, Andy no perdió oportunidad en importunarlo, quien en ese instante iba sentado a su lado y los niños, en el asiento trasero.

—¿Así que tendrás un nuevo encuentro con tus futuros suegros?

—Sí —respondió, tajante y esperando a que no prosiguiera con el tema.

—¿Ansioso? —Fred tan solo se encogió de hombros antes de encender la luz de giro para doblar en un cruce—. Es una buena oportunidad para ganártelos, ¿no crees?

—Voy a poner las cartas sobre la mesa, Andy. —Presionó las manos sobre el volante y resopló, ya harto—. Creo que ya has visto el juego, pero parece que tengo que recordártelo porque tu mente romántica elucubra historias que no son. Philomena está enamorada de ese idiota homofóbico que se presentó en Chesterfield, no quiere saber nada conmigo. Lo único que le interesa de mí es que la ayude con este maldito montaje para volver a ganarse a ese patán.

Andy se acomodó con la espalda bien apoyada en el respaldo y enfocó la vista al frente. Fred se sintió al instante como un engreído y desconsiderado.

Amaba a Andy y comprendía las buenas intenciones que se hallaban en el trasfondo de sus comentarios y preguntas.

—Lo siento —se disculpó Andy, y Fred quiso darse un golpe en la cabeza. Él debía disculparse, no el castaño.

—No. —Sacudió apenas la cabeza sin sacar los ojos del camino—. Soy yo el equivocado, Andy. En parte, eso sí. No debí hablarte de esa manera.

—No tengo que entrometerme. Es algo que debo aprender de una buena vez —se amonestó el castaño—. Si te fijas con cada pareja que se ha formado en nuestro grupo, siempre me he inmiscuido y provocado problemas.

—No es así, viejo —negó Fred, no obstante, era cierto que, de alguna manera y otra, Andy parecía quedar en medio de los pleitos entre los enamorados.

—Claro que sí —contradijo Andy con enfado—. Fíjate con Mark y Key, él creyó que entre ella y yo había algo.

—Fuiste el amigo que Key necesitaba en ese entonces —mencionó Fred a favor del hombre a su lado.

—Y con Nick y Brian —continuó el castaño—. ¿Recuerdas cuando le di ese beso que precipitó su separación?

—Andy, fue necesario para que los dos dejaran de ser unos idiotas constantes. Además, fuiste tras Brian, aclaraste el tema y él volvió por Nick, ¿verdad?

—¿Y Ange y David?

—¡Ay, bueno, por favor! —explotó Fred. Esa situación aún hacía que se enfadara con la bella recepcionista. Había logrado hacer las paces con ella en cómo había tratado tanto a Andy como a David, pero no podía sacudirse esa sensación de que la mujer había jugado a dos puntas—. En eso, ¿qué mierda de culpa tienes? No tenías ni idea qué se cocinaba entre ellos, nadie lo sabía.

—Siempre causo inconvenientes para todos —murmuró el joven de ojos claros con la frente pegada al cristal de la ventana a su costado.

—A ver, ¿qué mierda tuviste que ver en la relación con Sam y Alex? —

preguntó Fred—. Creo que allí fue Nick quien estaba en medio. ¿Y con Mor y Gabe? ¿Acaso no fueron Ange y Mark los que causaron los malos entendidos entre la pareja? Además, vamos a aclarar algo: solo se trataron de perspectivas erróneas desde donde veían la situación. Si hablaran y no sacaran conclusiones apresuradas, nunca hubieran ocurrido tantos problemas.

Andy se encogió de hombros y suspiró con lentitud, como un globo al que se le saca el aire muy despacio.

—Solo me gustaría no estar siempre en la mira.

Sin apartar la mirada del frente, Fred quitó una mano del volante y tomó a Andy por detrás del cuello para frotárselo en señal de aliento.

—Andy, voy a decir esto una vez —dijo con una seriedad particular y rara en él—: eres uno de los pilares de este grupo. Cada uno de nosotros, en diversas oportunidades, se ha apoyado en ti.

—Ustedes también...

—¡Calla por una vez! —espetó el pelirrojo—. ¿Recuerdas cuando Dave apareció en mi puerta y tuvo una crisis en mi apartamento? ¿Quién vino en el acto y se quedó con nosotros todo ese fin de semana? ¿Quién apaciguó los ánimos cuando nos enteramos que Ange y David tenían alguna clase de relación? ¿Quién se apartó y dejó el camino libre?

—Ya estaba liberado.

¡Oh, por favor! ¿Por qué demonios le costaba tanto aceptar un halago?

—Puede ser —concedió Fred de mala gana—, pero tú pudiste haber hecho un escándalo y no lo hiciste. Siempre estás más elevado que todos nosotros.

—Eso no es cierto, Fred. No digas algo así. Eres alguien importante y... —Andy carraspeó y se removió en su asiento—. Eres alguien muy importante para mí.

—Lo sé, viejo. Sé que me amas.

—No bromees, sabes que así es.

—Eh, perdonen que los interrumpa —se disculpó Dan desde el asiento trasero—, pero Braddock y yo tenemos hambre. Habíamos pensado que nos

podían llevar a comer esa hamburguesa y papas fritas que nos mencionaron antes.

—Oh, ¿eso te dijo Braddock, chico? —bromeó Fred, dado que el bebé no llegaba aún al año de edad, así que menos podía hablar.

—Pues... a él le encantan las papas y es muy expresivo con sus gestos — argumentó el muchacho con una sonrisa traviesa que Fred sabía que traería loca a sus compañeras de escuela.

—Claro, claro —dijo Fred, y Andy soltó una carcajada ante las ocurrencias del adolescente.

Capítulo 15

—Hey, ¿Fred? —lo llamó Andy luego de atender la puerta en S&P. Se lo notaba tenso y su voz era un poco tirante, pero como con risa contenida.

—¿Hmm? ¿Quién vino? No esperamos a nadie estos días hasta que lleguen los demás. Las citas han quedado aplazadas —comentó Fred sin elevar el rostro de la pantalla de su PC.

Al estar el resto de la agencia en Cannes y la recepcionista de viaje por Italia, no se había concertado ninguna reunión, solo restaban él y Andy en la agencia. Por lo que tenían mucho trabajo acumulado para solo hacerles frente entre los dos.

—Eh, no, no se trata de un cliente —contestó.

—¿Entonces? —Fred se enfocó en el castaño y entre la incomodidad, picardía y diversión en su mirada azul clara como el agua cristalina.

—Pues... un señor que se presenta como tu suegro está aquí.

—¿Mi sue...? ¿Alfred está aquí? —inquirió Fred al arrastrar su silla hacia atrás y elevarse de esta. Acomodó los expedientes que tenía al costado de su teclado sobre la mesa larga y se encaminó a buscar a Al.

Andy soltó una risa un tanto apaciguada, dado que intentó contenerla con la palma sobre sus labios.

—¿Por qué no me dijiste que el mayordomo de Batman era tu suegro? —susurró en cuanto pasó a su lado.

—Ay, cállate, Andy —lo amonestó Fred, pero también entre risas.

Las dudas de que la charada hubiera sido descubierta le causó cierta preocupación, pero también, debía admitir, que lo liberaba y aligeraba. Odiaba engañar, y menos a buenas personas como eran los Pennyworth.

—Al, ¿qué te trae por aquí? —preguntó al tenderle la mano al hombre mayor que lo aguardaba junto al escritorio de la recepción.

Fred ni siquiera recordaba haberle dado la dirección donde trabajaba, pero sí había mencionado la agencia, y era muy fácil ubicarla si se la buscaba en la internet.

—Hola, hijo. —De nuevo, ese apelativo que era como un puñal directo al corazón y que revivía un anhelo que Fred quería mantener muerto o, más bien, dormido—. Solo estaba por aquí por una capacitación a la que concurrí y pensé en pasar a saludar y conocer dónde trabaja mi yerno.

Fred lo condujo al despacho de Alex, al no hallarse su ocupante habitual. En cuanto se encontraron solos, Al lo atrajo a un abrazo de oso y lo palmeó en la espalda. Fred no pudo evitar la rigidez de sus músculos ante la imprevista muestra de cariño, pero, al mismo tiempo, tuvo el instinto de fundirse contra el médico y disfrutar de eso que nunca tuvo.

—Estoy tan contento de que Phyllis esté con alguien como tú, estábamos muy preocupados con respecto a Robbie. —Fred le hizo un ademán para que tomara asiento en uno de los sillones delante del escritorio y él se acomodó en el de junto—. No me malinterpretes. Es un buen muchacho, pero no es para nuestra hija, le hace falta madurar aún.

—Supongo que gracias —bromeó Fred.

—Estábamos un poco intranquilos cuando terminaron su relación —continuó el hombre al esbozar una mueca—, pero cuando la madre de Robbie nos comentó sobre el nuevo novio de Phyllis, no sabes la alegría que nos asaltó. Y mi Bea necesita de estos momentos felices. —Vaya, otra puñalada tan directa que Fred quedó por un instante sin aire—. Estamos muy contentos contigo —repitió y remarcó Al, lo que hizo que Fred se sintiera la mayor basura del mundo.

—Yo... —la voz le falló y tuvo que tragar para quitarse el nudo en la garganta—. Yo también los aprecio mucho, Al. Son unos padres excepcionales.

Por suerte, Andy tocó a la puerta y les alcanzó una bandeja con dos tazas de agua caliente y unos cuantos sobrecitos de diversas infusiones.

—Gracias, muchacho.

—Perdón, Al, te presento a... —comenzó Fred, pero pronto se vio interrumpido por la palma en alto de Al y un ademán de desestimación.

—Ya nos presentamos cuando me abrió la puerta —comentó el médico.

—Lamento no poder traerle café —mencionó Andy al dejar la bandeja sobre el escritorio—. Aquí no se bebe.

—¿Cómo? —preguntó, extrañado, el supuesto suegro mientras Andy se retiraba, no sin hacerle ciertas morisquetas a Fred, claro que solo para sus ojos.

—Larga historia, Al.

—Tengo tiempo, hijo.

—Todo comenzó cuando trabajábamos en Hayworth y....

Phil se quedó con el extremo del lápiz, que mordía, aún en la boca cuando vio entrar a Fred en Pétalos al viento con expresión contrariada. No lo esperaba ese día, no habían quedado en verse ni en que debían definir nada en cuanto a la campaña de su negocio.

—No puedo seguir con esto —dijo él al apoyar las palmas sobre el mostrador frente a ella. No la miraba, sino que mantenía el rostro gacho, y eso hizo que Phil se intranquilizara.

—¿Con qué? —El aire de derrota en él era tan patente que Fred se compadeció. Puso la mano sobre el revés de la masculina, pero él la retiró con rapidez, como si no soportara su contacto—. Si es por la publicidad, podemos reducir el alcance de los cambios de tu propuest...

—No es eso —gruñó encolerizado, lo que resaltaba los tintes dorados en su mirada—. Vino tu padre a visitarme a la agencia.

—¿Mi papá? —El encantamiento de los ojos de Fred se había desvanecido en un instante.

—Sí. —El creativo se separó del mostrador y se pasó las manos por el cabello antes de darle la espalda—. Es que...

Phil rodeó el mostrador y se acercó a él. Era tal la frustración que el hombre emanaba que tuvo el instinto de abrazarlo por detrás y estrecharlo contra ella. No sabía qué era lo que le ocurría ese día con él que solo pensaba en consolarlo de lo que fuera que lo aquejara, como si quisiera resguardarlo de todo mal.

—Por favor —rogó y lo tomó del brazo con delicadeza—. Solo hasta pasar el cumpleaños de mi mamá. Ella está tan feliz.

—Lo sé, lo sé. —Fred se frotó las cejas—. Tu padre también lo mencionó.

—A ella, cualquier mala noticia le hace un estrago enorme en su salud. Solo un poco más.

Cuando lo oyó soltar un suspiro profundo y vio que hundió los hombros, supo que había conseguido una demora del final. Él se giró hacia ella tan rápido que casi se tambalea hacia atrás. Le acunó una mejilla y conectó esos ojos en los suyos, unos que ella sabía que encerraban más secretos de los que dejaba a la luz.

—Hasta el festejo del cumpleaños y luego terminamos —concedió Fred—. Inventas algo, cualquier cosa donde yo quedé como un maldito que no supo ver lo hermosa persona que eres.

Los ojos de Phil se empañaron. No comprendía la causa, solo que, el saber que dentro de poco toda esa pantomima finalizaría, la entristecía. Ella quería que terminara, ¿cierto? Todo eso era para lograr recuperar a Robbie, ¿no?

Pero... su objetivo primordial quedaría inconcluso si no continuaban. Entonces, todo habría valido nada. Tenía que conseguir más tiempo con Fred... ¡No, no eso! Tenía que ganar el cariño de su ex de nuevo. ¡Eso era!

¡Maldita mente que le jugaba malas pasadas! Solo que esperaba que no fuera su corazón.

—No. No puede ser así. Debemos conseguir que Robbie...

—¡Basta de una buena vez, Phil! —Él la aferró del brazo y Phil temió que la zamarreara, pero no hizo más que tomarla y acercar su nariz a la suya de una manera que podría haber sido atemorizante, pero no para ella. Fred parecía más un perro que ladraba, pero no mordía—. ¿Cuándo abrirás los ojos? Ese hombre es un idiota. No digo que yo sea mejor o que me elijas a mí, pero... ¡vamos! ¿No puedes ver que hay mejores peces en el lago que él?

Algo en su mente chillaba que Fred tenía razón y que reparara en la frase «No digo que yo sea mejor o que me elijas a mí», sin embargo, parecía que algún diablillo en su hombro quería descartarla al completo. Por lo que lo dicho por el pelirrojo siguió de largo sin que restara en su cerebro el tiempo suficiente para que fuera evaluado.

—Bien, solo hasta el cumpleaños —acordó y una pesadez se instaló en su corazón—. Almorzaremos en casa de mis padres, conocerás a mi hermano y damos por finalizado el contrato.

Pasó sus dedos por la muñeca masculina, pero Fred la apartó con delicadeza, por lo que Phil dejó caer su mano. Él se retiró sin siquiera ofrecerle sus ojos marrones y con la mirada gacha y, a pesar de que cuadró los hombros, Phil sintió que estaba herido.

Algo que ella no comprendía del todo había ocurrido en ese hombre que tan egocéntrico y autosuficiente había sentido en otro momento. Y lo que la acongojaba era que presentía que era a causa de ella.

—Huy, muñecas, ¿tanta hambre tenían? —preguntó Fred a Frida y Olivia, quienes habían saltado sobre la encimera a la espera de que él finalizara de colocar la comida sobre sus respectivos cuencos. Eran dos gatas de alrededor de ocho años, de color blanco con antifaz y cola atigrados, la única diferencia

entre ellas era que Frida tenía unas manchitas en el lomo y una peca negra en su naricita rosada.

Ambas maullaban y se le refregaban contra los brazos. Fred rascó la cabeza de Olivia. Le provocaba mucha ternura esa minina en especial, dado que, debido a una enfermedad congénita, había perdido la vista, pero se manejaba muy bien en el apartamento.

—Ay, niñas, no le digan nada de esto a su padre —dijo Fred mientras revolvió el alimento—. Creo que me estoy metiendo en un embrollo de magnitudes inimaginables. —Se pasó la mano por el cabello—. ¿Qué piensan de una persona adulta como yo enamorada no tan solo de una chica, sino también de su familia?

Las gatas lo observaban con atención y maullaron, a lo que Fred sonrió. No creía que estuvieran dándole una respuesta, sino, más bien, reclamando su cena.

—Pues sí, chicas. Es lo que ha ocurrido.

Descendió los cuencos hasta el suelo y Frida y Olivia no esperaron para saltar y engullir su comida. Fred apoyó los codos contra la encimera y se reclinó hacia atrás sobre esta. Contempló el cielo raso por unos segundos antes de suspirar. ¿Qué demonios haría con Phil? ¿Con lo que sentía por ella y que ya no quería hacerse el desentendido?

—No van a ayudarme, ¿cierto? —Río ante sus tonterías—. Supongo que tiene que ver con eso de las chicas unidas o algo por el estilo. Tal vez debería hablarlo con su papi, pero no quiero importunarlo con cuestiones amorosas al él no tener ninguna. Me preocupa, ¿saben? Andy es... el ideal, es la única palabra que se me viene a la mente, pero tiene esos estándares para la mujer que busca. Ha puesto un listón tan alto que hace que esté solo, pero al mismo tiempo, sospecho que esa es su intención. Somos los últimos solteros del grupo. ¿Qué pasará con él si yo ya no lo estuviera? ¡Qué idiotez! ¿Acaso voy a quedarme solo para acompañarlo? ¿Qué me dicen, chicas?

Fred contempló a las dos mininas que se relamían las patas y se las pasaban

por su rostro, se acicalaban de la forma típica de los gatos.

—Vaya, fue bueno hablar con ustedes. Espérenme mañana por la mañana para nuestra próxima sesión —bromeó antes de emprender la retirada del apartamento de Andy.

Capítulo 16

—**H**ola, cariño. ¿Cómo estás? ¿Te sientes bien? —preguntó, y dio un gran sorbo a la taza de café cargado que se había preparado. Que no tomaran ese brebaje en la oficina no significaba que no pudiera emponzoñarse en su hogar.

—*¡Para, Fred! Me encuentro fantástica* —contestó Sam con una carcajada, sin embargo, su voz sonaba algo tirante y apagada.

—¿Seguro? No te oyes así, Sam —comentó con el ceño fruncido, y dejó la taza sobre la encimera de su cocina—. No me mientas.

La mujer lanzó un suspiro que intranquilizó aún más a Fred. No se la oía bien, podrían ser los síntomas del embarazo, pero la chequearía por las dudas.

—*Solo estoy muy cansada y me cuesta moverme con la agilidad de siempre, ya son siete meses. Parezco un globo aerostático.*

¿Acaso se la oía agitada?

—Estás preciosa, cariño. En realidad, te llamaba para avisarte que hoy estaré por allí a media tarde.

—*¡Ay, no!* —protestó la joven—. *Ayer estuvo Andy con Braddock y te juro que podría recibirse de enfermero o de maestro de escuela en cualquier momento con todas las órdenes e indicaciones que me dio.*

—¿Vamos! En mi defensa debo decir que voy a la casa de los padres de Phil y la tuya solo me queda de paso a la vuelta, a tan solo diez minutos en automóvil —mencionó como excusa válida, pero de igual forma se hubiera dejado caer por el hogar de Sam y Alex—. Así que será una visita rápida.

—*Me pone tan feliz, Fred. Tan, pero tan feliz verte así de enganchado con una mujer como Phil. Me cae muy bien.*

¡Mierda! ¿Era que todos debían adorarla? ¿Y cómo no hacerlo? Toda ella era un encanto, era hermosa, inteligente, emprendedora, valiente... Y más cualidades positivas se atropellaban en su mente.

—Gracias.

—*Oh, ¿dónde está ese entusiasmo? ¿Acaso ya no te atrae?*

—No es eso. Es solo...

—*Solo, ¿qué?*

No podía contarle. Amaba a Sam, era una gran amiga, pero no quería arruinar esa ilusión que mantenía sobre él, que había encontrado el amor en la florista.

—Es complicado.

—*¿No lo son todas las relaciones?*

—Supongo. —Se encogió de hombros, pero claro, Sam no lo veía.

—*Nos hemos dado cuenta.*

Las alarmas resonaron en su mente y luces rojas destellaron frente a sus ojos.

—¿De qué? —preguntó un poco más agudo de lo que hubiera pretendido.

—*Que Philomena es especial, Fred. Es una mujer diferente a con las que has salido antes. Tú eres diferente cuando estás con ella y para nada es algo malo. Todo el grupo está muy contento con ella y contigo.*

—Sam, yo... Es que no todo es como parece. —Con cada palabra de ella se sentía más mierda.

Se encaminó hacia su living y se dejó caer en el sofá, en el centro.

—*¿A qué te refieres? Sabes que cuentas conmigo, ¿cierto?* —continuó la joven—. *Con todos nosotros.*

—Lo sé, lo sé.

—*Fred, no estás solo. No hace falta que siempre estés feliz. ¿Piensas que nunca noto que no sabemos nada de ti? Claro, te conocemos. Al menos al tú*

actual, pero desconocemos todo lo respectivo a tu pasado. ¿Quién eras antes de la universidad? ¿Antes de trabajar en Hayworth y encontrarte con los chicos?

—Alguien que no merece ser conocido, cariño. Esta es mi mejor versión.

—*Fred..., yo no soy quien para recriminarte ni para tratar de convencerte de sincerarte conmigo. Reconozco que tampoco he confesado mucho de mi pasado, salvo por algunos, el resto del grupo no conoce nada de mi antes de Hayworth.*

—Solo detalles, hemos captado alguna frase por allí y por acá, conectado algún que otro hecho y sacado conclusiones. Esta eres tú y es a quien amo, Sam. No necesito saber nada más de ti.

—*Lo mismo te digo, Fred. Te amo así como eres, tu pasado no cambiaría nada de eso. Solo quiero que tengas en cuenta que, si necesitas en algún momento sacar la porquería que cargas, puedes hacerlo conmigo. Aunque quizás fuera lo mejor que comenzaras con tu novia.*

La conversación no había ido por donde él pretendía y había adquirido una dirección que lo incomodaba y perturbaba. Aún más oír la felicidad en la voz de su amiga al pronunciar las palabras «tu novia». Por lo que se apresuró a finalizar la llamada.

—Te amo, cariño. Y hoy me tienes luego del almuerzo por allí.

Fred descendió el móvil y resopló. Era tan complicada toda la situación en la que se hallaba inmerso y no hablar abiertamente con cada uno de sus amigos. Tener que mantener la charada también con ellos era difícil, pero lo que más lo perturbaba era ver lo contentos que se encontraban por él.

Aunque debía admitir que lo regodeaba en su corazón y alma tenerlos a su lado a cada instante, el que florecieran sus miradas con sus logros y el amor constante que emanaba de ellos hacia él.

Se miró en el espejo de su cuarto. Iba vestido de una manera elegante pero informal, con pantalón y camisa sin corbata. El tono de las telas variaba de un celeste al azul, lo que suponía que resaltaba el color rojizo de sus cabellos,

uno que tanto había odiado en su infancia, pero con el que había hecho las paces en la adultez.

Se colocó la chaqueta negra y salió de su apartamento.

A los pocos minutos se detuvo frente al edificio donde vivía Phil, quien ya lo aguardaba parada delante de la puerta, en la entrada.

—Gracias por pasarme a buscar —mencionó Phil apenas se subió al vehículo.

Fred le contestó con un movimiento de cabeza y una media sonrisa. Condujo en un semisilencio que le dificultó a la joven entablar una conversación con él.

—¿No crees que sería adecuado que me comportara como un patán contigo?

—¿Qué? —La pregunta la tomó de sorpresa. Phil abrió los ojos de par en par y se volteó hacia el pelirrojo—. ¿De qué hablas? ¿Por qué habrías de hacerlo?

—Porque vamos a finalizar esta supuesta relación.

Ella lo meditó como por dos milisegundos. Tenía sentido lo que él planteaba, dado que ese día sería la última vez que se presentaran en sociedad por así decirlo, pero no quería que sus padres volvieran a preocuparse por ella.

—Mis padres te adoran.

—¿Y no ves un problema en ello? —espetó el creativo, y ella pudo percibir el enfado en su voz. El contrato y, más que nada, la actuación con su familia hacían mella en él—. ¿No deberíamos desilusionarlos?

Phil negó con la cabeza con efusividad, pero él ni la miraba, tenía la vista fija en el camino. Parecía que la evitaba a toda costa.

—No quiero hacerlo, no aún y no hoy al menos —mencionó casi en un ruego—. Ya no te molestaré más con el asunto, lo juro. Algo idearé cuando llegue el momento.

—Bien. —Phil se percató de lo fuerte que Fred aferraba el volante, tenía los dedos tensionados y los nudillos blancos al completo.

Al llegar, y apenas su hermano divisó a su novio, lo elevó en un enorme y

ceñido abrazo que estaba segura de que había escuchado las costillas del pelirrojo crujir y que lo había descolocado.

—Juls, bájalo. —Una vez que lo hizo, Phil se dispuso a acomodarle la ropa arrugada—. Perdónalo, mi hermano es un bruto.

—¡Hey!, que estoy dando la bienvenida a la familia al nuevo integrante. Mucho gusto, Julian Pennyworth.

—Frederick Lahr. —Fred estrechó la mano que el rubio le tendía.

—Ya me han contado sobre ti —anunció Juls al encaminarse todos ellos hasta la sala de estar donde se encontraban Bea y Al.

Phil vio cómo la expresión de Fred se relajaba al posar la vista sobre sus padres. Le ofreció la palma a Al, pero este lo envolvió en otro abrazo, aunque sin elevarlo del suelo como había hecho su hermano. Su familia era muy demostrativa. A Robbie le había resultado difícil acostumbrarse, pero Fred parecía haberse adaptado a ellos a la perfección. Luego, su supuesto novio se acomodó en el sillón frente a la silla de ruedas de su madre e inició una conversación con ella con suma comodidad y soltura.

—Phil nos contó que tienes una visión nueva sobre Pétalos al viento —comentó su hermano.

La joven notó que hasta Juls se veía encantado por Fred, ya lo consideraba parte de la familia, como si ella y él fueran una unidad indivisible.

—Oh, sí —respondió ella antes que Fred—. Página web, logo nuevo, folletería, campañas gráficas...

—Es a lo que me dedico, es lo usual y me brota de forma instantánea el resolver qué le hace falta a un negocio para prosperar y estar aprovechado en su máximo potencial.

Hablaron un poco sobre los cambios que Fred había planificado para su floristería y la asombró lo atenta que estaba su familia, hasta su hermano parecía encandilado con cada palabra que salía del creativo.

En un momento en que ella fue hacia la cocina en busca de la fuente con la carne al horno que había preparado su madre, la voz de Juls la sobresaltó por

detrás.

—Me agrada —soltó, de pronto, su hermano.

—¿El qué? —cuestionó ella al sacar la fuente con unos repasadores cubriendo sus manos como para no quemárselas.

—No el qué, el quién, Phyllis. ¡Tu novio! Sé que Robbie es mi amigo y no debería hablar mal de él, pero no era para ti, cariño. —Phil dejó la fuente sobre una tabla en la mesada y se pasó el brazo por la frente—. Fred es más... no sé bien, pero me gusta para ti. Parece maduro y centrado, sabe dónde está parado y a dónde se dirige.

Ella debía reconocer que así era. Fred no era un muchacho y tampoco andaba con vueltas. Era un adulto que tenía su vida ya encaminada y que decía lo que pensaba de frente, sin importarle cómo cayera, y lo que más valoraba, tenía un corazón de oro para quienes amaba, como para sus amigos. No debía tener más que un par de años más que Robbie, pero la diferencia entre ellos era muy notoria.

—Sí, él es así —acordó la joven.

—Mamá y papá lo adoran. —Phil lanzó un suspiro y perdió la mirada en la ventana sobre el fregadero, la que daba al jardín lateral de la casa—. ¿Algo va mal entre ustedes? —Juls la tomó por los brazos desde atrás y comenzó a frotárselos arriba y abajo—. Sabes que puedes contarle a tu hermano favorito.

—Eres el único que tengo, tonto —bromeó.

—Vamos, dime, Phyllis. —Juls apoyó la barbilla en su hombro y la abrazó por su espalda—. ¿Acaso él no es tan maravilloso como parece?

Phil vagó la mirada por el jardín repleto de flores de su madre, que se veía a través de la ventana de la cocina.

—Temo que sí lo sea —susurró.

—Entonces, ¿cuál es el problema? —preguntó Juls, y la volteó para encararla—. No comprendo.

—Es que Robbie... —Phil realizó un bosquejo invisible con su dedo sobre la mesa redonda de madera.

—¿Qué hay con él? —interrumpió su hermano con una seriedad nada característica en él. Juls era un hombre que tendía a tener un estado de ánimo ligero y agradable—. Sabes que lo quiero, pero se ha comportado pésimo contigo. Además, ya está con otra mujer.

—Estoy confundida —confesó con las mejillas rojas como dos tomates—. No sé si lo que quería aún lo sigo queriendo o si ahora anhelo algo más. No quiero lastimar a nadie en el proceso de decidirme.

Juls fijó esa mirada de hermano mayor en ella, cargada de la profundidad que él podía tener cuando hacía falta.

—Sé clara. Ese hombre que está ahí fuera parece muy interesado en ti. ¿Y tú?

—Yo... —No pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas, aunque las contuvo lo suficiente para no derramarlas.

—¡Oh, maldición! —Juls la ciñó en un fuerte abrazo y la meció en un baile lento—. ¿Qué vas a hacer?

—Es complicado —dijo con el rostro escondido en el pecho de su hermano—. Entre Fred y yo quizás haya algo, pero no ha florecido del todo aún, Juls.

Con cada palabra que salía de su boca, se echaba más tierra aún en las explicaciones, haciéndolas inentendibles inclusive para ella.

—No comprendo. Él está aquí como tu novio, conociendo a tu familia —argumentó Juls, y tenía razón. Nada de lo que ella decía tenía sentido alguno, pero no estaba preparada para echar luz ante tanta oscuridad.

—Sí, pero no. Es confuso, lo sé. Y te lo explicaré más adelante. Ahora, ni yo misma entiendo mis sentimientos y pensamientos. Es como si estuviera dentro de un lavarropas que nunca se detiene.

—Bien. —Le pasó la palma por la columna en una caricia reconfortante—. No quiero que me dejes fuera si algo sale mal, ¿comprendes? Si hay que dar algún golpe, debes decírmelo. No quiero que hagas como cuando todo se fue al tacho con Robbie. Eres mi hermana y eres prioritaria para mí.

—Gracias, Juls. Ya con esto es suficiente. —Se abrazó aún más a él y lo

sintió sonreír sobre su cabello, dado que le llevaba una cabeza.

—Ahora —mencionó su hermano con una sonrisa brillante y amplia—, carguemos esa fuente con la deliciosa carne antes de que se enfríe del todo. Mamá nos matará.

Tan solo hubo un momento incómodo en mitad del almuerzo. Fred estaba a punto de llevarse un bocado a la boca cuando su hermano lanzó una pregunta:

—¿Qué hay de tus padres? ¿Ya conocen a Phyllis?

Los ojos marrones repararon en esos azulinos y Phil contuvo el aliento ante la profundidad en ellos.

—No tengo padres. Crecí en diferentes hogares sustitutos.

En la mesa se había hecho un silencio sepulcral. Phil quería pronunciar alguna palabra, decir algo, pero nada salía de sus labios. ¿Sería verdad o solo lo decía para salir del paso? Al conectar con la mirada masculina, se percató de que sí era cierto.

¿Por qué ella no sabía aquello sobre él? ¿Es que había sido tan egoísta que solo se había centrado en su problema con Robbie? Pues, claro que sí. No sabía absolutamente nada de Frederick Lahr.

—¿Diferentes? —cuestionó Alfred, dejando el tenedor sobre el plato, con su bocado sin comer.

Fred se encogió de hombros y jugueteó con las papas y guisantes, desparramándolos. Era tangible la tensión que emanaba de él y se lograba percibir que no era un tema de su agrado.

—Era un niño un tanto problemático, con dificultades con la figura de autoridad. No respetaba las reglas que se me imponían, en fin, estuve en algunas.

—Oh, cielo —se compadeció su madre y estiró la mano para tomar la del creativo en la suya—. Puedo imaginar un niño pelirrojo repleto de pecas que solo necesita un poco de cariño y comprensión.

—Yo... —Fred sonrió a su madre y sus ojos se empañaron—. Puede ser, Bea. Pero ya no soy ese niño.

—No, claro que no —reconoció la mujer—. Ahora eres un hombre.

Fred sonrió en respuesta a su madre justo cuando su móvil comenzó a sonar. Phil notó la rigidez en su rostro al iniciar la conversación.

—¿Samantha? ¿Qué ocurre, cariño? No te comprendo. —Se alzó de golpe de la mesa y ella hizo igual. Algo andaba mal con su amiga que tenía siete meses de embarazo y por él sabía que su pareja estaba en una convención en el exterior—. Salgo para allá.

Phil observó que le temblaban las manos en cuanto se guardó el móvil en el bolsillo trasero de su pantalón.

—Lo siento —dijo con voz ahogada—. Pero tengo que irme.

—¡Espera! ¿Qué sucede con Sam? —Él se volteó hacia ella, pero parecía perdido, por lo que se acercó y le puso una mano sobre la mejilla para que se enfocara en ella—. ¿Qué pasa?

—No sé, apenas le comprendí. Solo que la puerta está sin llave y ella que no está bien, pero se oía... se oía... muy mal, Phil.

—Voy contigo. —Se volteó hacia los restantes en la mesa—. Papá, ¿tú podrías seguirnos en tu coche?

No tuvo que agregar más, su padre comprendió en el acto por qué se lo requería.

—Claro, voy por mi maletín.

Capítulo 17

En menos de diez minutos, entraban por la puerta de la casa de Alex y Sam.

—¡Samantha! —gritó Fred, pero no obtuvo ninguna respuesta—. ¡Samantha!

La desesperación lo tenía aturdido hasta que la vio, desvanecida, sobre el sofá del *living*. Corrió hacia ella lo más rápido que le dieron sus piernas y se arrodilló a su lado. Tenía las mejillas coloradas y la respiración era dificultosa.

—Sam, cariño. —Le palmeó las mejillas y ella emitió un gruñido y se removió, pero no abrió sus ojos.

Alguien lo tiró desde atrás, él se resistió a que lo apartaran de su amiga, sin embargo, ya eran cuatro las manos que tironeaban de su torso y brazos.

—¡Fred, deja que mi padre la revise! —gritó Phil. Lo tenía aferrado de la muñeca y del hombro. En cuanto se alzó y se apartó, ella lo abrazó por la cintura.

Para él era como si viera una película reproducirse ante sus ojos, pero que él no participaba de la acción.

—¡Nos vamos al hospital! —exclamó Al, y eso lo sacó del ensimismamiento.

—¡Maldición! —Fred se pasó las manos por el cabello—. ¡No! Yo la levanto. —Alzó a Sam en sus brazos y ella volvió a gemir—. Tranquila, cariño. Vas a estar bien, todo estará bien.

La acomodó en el asiento trasero con la cabeza sobre el regazo de Phil. Al

subió al asiento delantero y Fred se apresuró a poner el coche en marcha. La desesperación había hecho que su mente se obnubilara, hasta que alguna neurona hizo conexión y se convirtió en todo practicidad.

—Al, tengo los datos del obstetra de Samantha. ¿Podrás comunicarte y...?

—Claro, hijo.

Fred le lanzó su móvil sin siquiera mirarlo. Una vez que Alfred hubo concluido la comunicación, Fred dispuso el aparato en el tablero del automóvil e indicó con la voz que marcara una videollamada a Andy. Las palabras *preclamsia* y algo similar a *hellp* aún resonaban en su mente. No sabía de qué se trataban, pero la voz de Al había sonado entre ansiosa y tensa, y eso no auguraba nada bueno. Tampoco permitió reparar en ello por demasiado tiempo.

—*Fred, ¿cómo fue todo, viejo?* —El rostro alegre del castaño apareció en la pantalla. Tenía alguna pasta amarilla pegada en la mejilla, suponía que acaba de alimentar a Braddock.

—Andy... —se le quebró la voz. No pudo conectar los ojos con los claros, porque sabía que estaba a punto de que su interior se astillara, por lo que los mantuvo en el cristal delantero.

—*Me asustas* —comentó su amigo al cabo de unos segundos de silencio—. *¿Qué demonios pasa?*

—Sam, Andy. —La voz que hablaba no parecía la suya, estaba a punto de resquebrajarse y percibía su propia vulnerabilidad en cada fonema—. Sam no está bien. La llevo ahora mismo al hospital, tienes los datos, ¿cierto?

—*¡Daniel, toma a tu hermano!* —gritó Andy, y el muchacho apareció de inmediato—. *Fred, hay que avisar a Alex. ¡Mierda! Deben estar en vuelo en este momento. ¿Qué tan mal?*

—Solo ven, Andy —rogó al límite de su entereza—. Toma un *Uber*, *Lyft* o lo que sea, un helicóptero y vente, por favor —comentó sin recordar que Andy tenía el automóvil de Xavier.

—*Ya salgo para allá. Estaré en... mierda, salgo para allá* —exclamaba

Andy, quien ya no aparecía en la pantalla, sino que se lo oía como a lo lejos junto con lo que fuera que hiciera.

Fred no podía contenerse más y cortó la llamada. Sorbió por la nariz y reprimió las malditas lágrimas. Miró por el espejo retrovisor y vio como Phil le peinaba hacia atrás el cabello húmedo por el sudor a Sam.

El miedo lo atenazaba como nunca antes, temía por su amiga, por la niña aún no nacida, por Alex, que ni siquiera estaba presente y que, si algo le sucedía a Sam, este se moriría.

—Hijo, todo saldrá bien —prometió Al mientras posaba una mano sobre su brazo, pero Fred no podía creerle, al menos no aún, hasta que la tuviera sana y salva en un hospital.

Justo en ese instante, arribaban al establecimiento de salud. Alfred saltó del vehículo y corrió dentro apenas Fred se detenía. Al segundo, aparecieron unas enfermeras con una silla de ruedas, con Al por detrás.

Fred tomó a Sam y la acomodó en la silla, la que fue empujada con suma velocidad mientras Alfred daba indicaciones o diagnósticos o alguna mierda que el cerebro de Fred se rehusaba a procesar.

—Fred, dame las llaves —pidió Phil.

Él observó la mano que ella le tendía y no comprendió qué quería. Su mente era un embrollo y se negaba a funcionar.

—¿Qué?

—Hay que estacionar el automóvil. Dame las llaves y tú ve con ella. — Fred ni lo meditó, le arrojó las llaves y corrió hacia dentro del hospital.

Una voz femenina gritaba su nombre con desesperación y se percató de que se trataba de Sam, quien había despertado. Una vez que llegó hasta donde la trasladaban en camilla, ella lo aferró del brazo.

—Fred, ¿qué... —las lágrimas corrían por sus mejillas— qué ocurre? Mi niña, mi niña tiene que estar bien.

—Lo estará, cariño. —Fred tomó su pequeña mano en la suya y no quería soltarla, por lo que se apresuraba junto con los enfermeros que la llevaban.

—Señor, debemos ingresarla —avisó uno de los hombres con ambo blanco.

—¡No! ¡Fred! —exclamó ella, y la desesperación de la joven lo angustió, quería borrar cualquier mal de su vida.

—Tranquila, amor. —Le pasó una mano por el cabello y esbozó la mejor sonrisa que pudo mientras trataba de que su voz transmitiera una seguridad que no sentía—. Estaré aquí fuera, serás al primero que veas cuando salgas con tu pequeña. No llores, tienes que ser fuerte. —Apenas ella desapareció detrás de las puertas vaivén, Fred detuvo a uno de los enfermeros—. ¿Qué es lo que pasará?

—Le realizarán unos estudios de urgencia, pero su médico le explicará mejor los procedimientos que se seguirán, señor.

—Hijo, vamos a sentarnos.

Al le pasó un brazo por los hombros y lo condujo a la fila de sillas tándem de color gris a los lados del corredor. Fred se pegó al costado del hombre y permitió que lo reconfortara como un padre haría con su niño.

—Puedes contarme qué es lo que le sucede —le solicitó después de un rato.

—Sospecho que lo que le ocurre es un estadio más severo o, mejor dicho, una variación de *Preeclamsia* denominada *HELLP*.

—Escuché esas palabras cuando hablabas con su obstetra. —Fred apoyó los codos sobre sus rodillas y su barbilla sobre sus manos unidas—. No me des detalles de qué se trata, no creo que pueda procesarlo, solo si es grave.

—Sí, es algo grave, hijo. —Al le dio un apretón en el hombro y demoró la mano en el sitio.

—¿Ella puede...? —le faltó la voz para concluir la pregunta. Con los codos sobre las rodillas, dejó caer la cabeza entre las piernas. Ni siquiera podía pensarlo, no permitiría que sucediera. Samantha estaría bien, ella merecía su futuro.

—No pasará. Ella y su bebé estarán bien. —Su supuesto suegro le masajeó por detrás del cuello con una mano, y le agradeció el apoyo del hombre porque se sentía quebrarse en mil pedazos en cualquier momento.

—Tengo que avisar a su pareja y a nuestros amigos. —Fred elevó el torso y se pasó el revés de la mano por los ojos empañados.

Sacó su móvil del bolsillo trasero de su pantalón y envió un mensaje de WhatsApp al grupo que tenían con sus amigos. Los únicos que respondieron fueron los que no se hallaban en el vuelo que retornaba de Cannes hacia Nueva York, es decir, Gabe, Mor, Blake, quienes ya salían para allí, y Ange y David desde Italia. Estos últimos decían que ya averiguaban para regresar cuanto antes.

Alguien le pasó una mano por el muslo y Fred se sobresaltó.

—Hey, ya estoy aquí —mencionó Phil.

Fred apenas la miró de soslayó, no pudo ni dedicarle una mueca. Estaba tan preocupado que se sentía congelado de lo aterrado que estaba. Phil le rodeó el brazo con los suyos y apoyó la mejilla en su hombro. Agradecía que tanto ella como su padre lo flaquearan y lo acompañaran en esa situación, pero solo... solo necesitaba que... Cuando alzó el rostro, vio a alguien corriendo por el pasillo con un bebé en brazos y un muchacho rubio detrás. Fred se incorporó de golpe y echó a andar a paso ligero hacia el hombre castaño.

Al llegar a Andy y sin medir palabra, lo abrazó con fuerza.

—¡Gracias que ya estás aquí! —susurró en el oído de su amigo.

—¿Qué pasa? ¿Cómo está ella? ¿Dónde? —preguntaba Andy en una voz que solo se podía catalogar de desesperada, y Fred ciñó el agarre a su amigo, sin apretujar a Braddock, pero no queriendo soltarlo, como si pudiera escudarse de esa realidad incierta.

—No sé. No sé nada —sollozó—. Aún nadie me ha explicado qué están haciendo con ella. Solo el padre de Phil entiende algo o algo me dijo, pero no sé.

En algún momento, Dan había tomado a su hermano de los brazos de Andy y este elevó el rostro del pelirrojo. El castaño le pasó un brazo por los hombros y, pegados, retornaron hacia donde habían quedado sentados Phil y su padre, con Daniel y Braddock por detrás.

—Ya estoy aquí —mencionó Andy, quien Fred notó que temblaba aferrado a él. Por más tranquilo que quisiera parecer y brindarle su fuerza, Andy estaba igual de desesperado que él.

—Sí, estamos juntos.

Al rato fueron cayendo el resto de sus amigos que se hallaban en Estados Unidos: Morrigan con Gabriel y Stefano, Blake y, al rato, una histérica Sarah con Max y su niña, Gennie.

—¿Dónde está? —gritó Sarah—. ¿Qué se sabe?

Las respuestas fueron las mismas que le había dado a Andy: nada.

A los pocos minutos, apareció el obstetra de Samantha. Todos lo rodearon a la espera del parte médico de cómo se encontraba ella y su bebé.

—Como bien nos ha indicado el doctor Pennyworth, Samantha tiene diagnóstico de Síndrome de HELLP, por lo que se le practicará una cesárea de urgencia.

—¿Pero ella estará bien? —chilló Sarah, a quien su marido sostenía de sus brazos por detrás. Los ojos negros como los de su hermano Alex estaban cubiertos de lágrimas apenas contenidas.

—Su pronóstico es reservado por el momento —informó el médico—. Tenemos que seguir con ciertos procedimientos posteriores al parto tanto con ella como con su niña. Eh... ¿Alex no ha llegado aún? —El hombre con ambo celeste vagó la mirada entre los presentes en busca del futuro padre.

—Debe estar por llegar en cualquier momento —anunció Fred.

Hacía unos cuantos minutos había caído un tropel de mensajes de los viajantes. Ya habían desbordado y se dirigían al hospital. Su móvil no hacía otra cosa que vibrar y vibrar. Fred había comentado alguna cosa, pero, por suerte, el resto de sus amigos presentes en la sala de espera se habían hecho cargo de transmitir lo poco que sabían. La verdad era que él era un desastre en ese instante.

—Bien, entonces, podrá verla cuando todo finalice. Los mantendré al tanto —concluyó el obstetra y volvió a desaparecer tras las puertas vaivén.

Y como si lo hubieran llamado, al rato Alex llegó corriendo como si la vida le fuera en ello. Fred se incorporó de inmediato al verlo. El moreno lo aferró por el cuello de la camisa y lo estampó contra la pared con tal violencia que le quitó el aire de los pulmones.

—¿Q-q-q-...? ¡Argh! ¡Fred, dime! —exigió en aquella voz tan tenebrosa que gritaba en un tono tan bajo que podría resquebrajar cristales.

—Van... están... practicándole una cesárea de urgencia.

Alex lo tenía tan agarrado con los puños hacia arriba en su cuello y tan fuerte que presionaba su glotis.

—¡Suéltalo, Alex! —exclamó Mark, quién apareció detrás del moreno y tironeó de este por sus hombros—. ¡Lo estás ahorcando!

Apenas Alex desprendió sus puños, Fred comenzó a toser. Mark abrazó a la pareja de Sam por la espalda y lo apartó un tanto del pelirrojo.

—L-l-l... —comenzó Alex sin llegar a formular ninguna palabra.

—Lo siento —respondió Mark por su hermano—. Estamos todos muy alterados.

—Lo siento tanto, Alex —dijo Fred con voz ahogada—. Tanto, tanto, tanto. —Fred se tomó el rostro entre las manos y deslizó la espalda por la pared hasta quedar sentado en el suelo.

—Hey, Fred, no es tu culpa —aseguraba Mark que aún contenía a un perdido Alex, pero Fred también lo estaba y ya no lo escuchaba—. ¡Phil! —llamó el rubio en un grito.

Alguien le acariciaba el rostro y algo le decía, sin embargo, Fred solo negaba con la cabeza de un lado al otro. Se resquebrajaba, lo notaba. Hacía años, desde que era un pequeño repleto de pecas con su maldito osito de felpa azul aferrado de un brazo, que no le sucedía algo similar. Solo la dulce voz de la florista, que parecía acunar su alma, lo calmaba y lo ataba a una sanidad mental.

El médico volvió a salir para anunciar que la cesárea había salido bien, que la niña ya estaba al cuidado del sector de neonatología y la madre, en terapia

intensiva. El nuevo papá podría verlas por unos minutos. Alex ingresó tras el hombre de ambo celeste y no volvió a aparecer hasta varias horas después, con los ojos enrojecidos y un caminar como si hubiera ganado treinta años en un suspiro.

Alfred trató de explicarle al pelirrojo de qué se trataba el síndrome, algo denominado hemólisis, que era la ruptura de los glóbulos rojos, enzimas hepáticas elevadas y bajo recuento de plaquetas. No obstante, a decir verdad, Fred no comprendió nada. Solo agradecía la constante mano de Phil que no soltaba la suya, brindándole el calor que había escapado de su cuerpo.

Capítulo 18

Fred no condujo su automóvil de regreso, sino que lo hizo Phil. Primero, retornaron a la casa de Alex y Sam para que Al pudiera llevarse su vehículo que había quedado estacionado frente al hogar. Luego, los jóvenes se dirigieron al edificio de Phil.

—Eh... ¿quieres pasar? —preguntó la florista una vez que dio vuelta a la llave para apagar el motor. Ella no lo veía aún repuesto como para que estuviera frente al volante, aunque viviera a solo unos minutos de su apartamento. Él estaba arrebuñado contra la puerta contraria y con la frente sobre el cristal del mismo lado—. ¿Fred? —Phil lo zamarreó un tanto.

—¿Qué? —preguntó como si se hubiera despertado de un profundo sueño, salvo que él no había estado dormido, sino perdido en sus pensamientos.

—¿Bajas conmigo y tomas algo? No quiero estar sola —mintió sobre la marcha. Temía que él se rehusara, pero tenía claro que, si era por ella, lo haría—. Tan solo una gaseosa o un café.

Phil le alcanzó una lata de cerveza al hombre repantigado en su sofá. Usualmente, no tenía nada de alcohol, dado que muy rara vez bebía, pero la última vez que había estado su hermano se había dejado el resto de un pack. En cambio, ella prefirió una infusión de tilo, necesitaba calmar sus nervios después de la adrenalina que había corrido por su cuerpo.

No hablaron. O, al menos, Fred no estaba tan responsivo. Phil intentó entablar cierta conversación, pero salvo algún que otro monosílabo, no recibió

respuesta.

—Creo que ya es hora de irme —estableció Fred, se incorporó del asiento mullido en color verde oscuro y ella hizo igual.

Sin pensarlo, la mano de Phil voló hasta la muñeca de Fred y cerró sus dedos alrededor de esta.

—No —dijo ella. No quería dejarlo ir. El creativo transmitía una desolación tal que deseaba consolarlo de alguna manera. No entendía de dónde salían esas ansias de reconfortarlo, pero estaban allí, dentro de ella.

Él acunó con una palma su mejilla derecha, no obstante, ella se rehusó a elevar la mirada a pesar de que lo tenía firmemente agarrado por la muñeca. Ella no sabía qué demonios hacía ni que le pedía a él al mantenerlo allí.

—Mírame, Phil.

Phil negó con la cabeza, por lo que él le alzó la barbilla con los dedos y, cuando lo tuvo en su vista, no pudo detenerse. Se elevó sobre la punta de sus pies, lo tomó por detrás del cuello y posó los labios sobre los masculinos. Él la estrechó contra su cuerpo y Phil no logró contener el gemido que escapó de su boca. Se sentía propulsada hacia él o, más bien, atraída, como si una fuerza interna de parte del hombre tirara de ella hacia él.

Los labios de Fred abandonaron los de la mujer y recorrieron su barbilla y mandíbula para descender por su cuello. Phil no pudo hacer otra cosa que sostenerse por sus hombros o, más bien, anclarse a ellos para que sus rodillas, que habían decidido no sostenerla por más tiempo, no la hicieran caer.

—¿Me quedo? —cuestionó él al apenas alejar los labios de su cuello, y regresó a este con devoción.

Phil curvó su espalda, acercándose aún más a él, enterró las uñas en sus hombros y gimió. Fue toda respuesta que pudo darle, estaba tan mareada en la sensualidad del momento que le era imposible un pensamiento coherente. Era como si un afrodisiaco llamado Frederick Lahr la hubiera drogado con una sobredosis abismal.

Él gruñó al acunar sus glúteos y encajar la erección contra su pubis. Volvió

a atacar su boca con una fiereza sin igual, Phil nunca había sido víctima de una pasión tan abrumadora, como ser una de esas botellas en manos de Tom Cruise o Bryan Brown en *Cocktail*. E igual de embriagada como si hubiera hecho fondo blanco de uno de esos tragos.

No era muy difícil, en un apartamento de dos ambientes, adivinar dónde se hallaba el dormitorio, por lo que no se sorprendió cuando Fred la dirigió hacia allí en un baile lento.

—Habla ahora o calla para siempre, conejita —pidió Fred, pero capturó sus labios sin permitirle pronunciar palabra—. Si no estás segura...

¿Estaba segura? No había estado íntimamente con más hombre que Robbie, y por asombroso que pareciera, no había dudas en su mente. Un gran deseo había poseído a su cuerpo, como si estuviera aquejada de una elevada fiebre y el único método de regular su temperatura fuera Fred. Y al conectar con los ojos marrones, notó la misma necesidad en estos y, al mismo tiempo, una vulnerabilidad por todo lo sucedido que la desarmó y lo deseó aún más.

—Cállate. —Lo aferró del cabello y tiró de él hacia ella. Metió la lengua en su boca y le dejó en claro que no quería más advertencias o que le diera lugar a pensar mejor lo que estaban a punto de hacer.

Solo que cuando Fred se dispuso a subir su camiseta por su cabeza, los temores la asaltaron como a una colegiala en su primera vez.

—Espera —pidió al posar una mano sobre una de las masculinas.

—¿Qué ocurre?

—Es que... yo...

—Dime, conejita. —Fred le acarició el costado del rostro y le acomodó unos mechones de cabello rubio detrás de la oreja. El gesto fue tan dulce que lágrimas amenazaban con saltar de sus ojos.

—No quiero quitarme la ropa —confesó al fin.

—¿No quieres...? —Él frunció el ceño—. A ver si comprendo. ¿Quieres que sigamos con lo que iniciamos, pero con la ropa puesta? —Fred tironeó apenas de la cintura de su *jeans* Good American—. Un poco difícil sin que

estos desaparezcan, ¿no te parece? Si quizás tuvieras un vestido y quisiera un encuentro rápido en algún lugar comprometido...

—¿Lugar comprometido? —cuestionó ella con picardía.

—Shhh, déjame continuar con la idea, conejita. Claro, no habría problema. Pero ese no es el caso, tengo a esta bomba sexual...

—¿Bomba sexual? —Phil casi se atraganta con la risa que le provocó el comentario del hombre.

—... y voy a desnudarla capa a capa, acariciar cada centímetro de este cuerpo estilo romano, cariño. Como a mí me encanta, con carne sobre los huesos y curvas en los sitios imprescindibles.

Mientras él continuaba con su monólogo, fue subiendo el ruedo de la camiseta hasta quitársela por la cabeza y luego desprendió los *jeans* para agacharse y bajarlos junto con él, hasta dejarla en ropa interior de encaje blanco.

El silencio se pronunció y solo se oían las respiraciones de uno y otro, lo que a Phil la inquietó. Nunca había tenido unos ojos que la examinaran de la manera en que él lo hacía. Cerró las manos en puños a sus costados y procuró no temblar como una hoja al viento, como hacía por dentro.

—¿Fred...?

—¿Hmmm? ¿Sí, conejita?

Se incorporó tan rápido que ella se sobresaltó. Apresó sus labios mientras se desprendía, botón a botón, de la camisa y luego el cinturón de sus pantalones, los que cayeron arremolinados a sus pies. En dos segundos, lo tenía tan solo cubierto por un bóxer negro que nada hacía por ocultar la erección que lo abultaba como a una tienda de campaña.

—Mi sobrepeso...

—Me tienes idiotizado. —Le acunó el rostro y tomó posesión de su boca de nuevo, a Phil se le encogieron los dedos de los pies y soltó un suspiro en cuanto sus labios se separaron—. Ya te he dicho que me fascina tu figura.

Fred le dedicó una sonrisa que la hipnotizó y, al llevarla de la mano hacia la

cama, lo siguió como los ratones al flautista de Hamelin. Si a él le fascinaba su figura, ella no tenía palabras para la de él, era como esculpido en mármol. Cada musculo lo tenía tan bien perfilado que era un pecado andante, una tentación incomparable.

Sus palmas hormigueaban por pasarlas por aquel torso de un color dorado, así que, cuando él la atrajo a su pecho, arrodillados sobre el colchón, ella se dio el gusto de reconocer con su tacto cada centímetro de ese hombre. Le pasó las manos por el cuello, los hombros y espalda, se hizo cosquillas con los vellos en sus pectorales y su abdomen, aunque se detuvo al llegar a la cintura de sus bóxeres.

—Quítamelos —suspiró Fred, y atacó su cuello al mejor estilo vampírico.

¿Quitárselos? Ella no podía hacerlo, ¿o sí? ¿Y por qué no? Él no era Robbie, era otra persona, tenía que dejar sus inseguridades fuera, por lo que se armó de valor, metió dos dedos de cada mano por detrás del elástico y tiró hacia abajo hasta que le quedó por las rodillas. No se atrevió a descender la mirada, sino que la mantuvo en la base del cuello de Fred. Sabía que tendría las mejillas ruborizadas y, más aún, cuando Fred desprendió su *sutien* y se lo deslizó por los brazos.

La mirada, antes marrón del hombre, había adquirido un color ennegrecido. Phil percibía la adoración en su expresión y eso hizo que su corazón corriera aún más. Fred vagó la vista por su físico y se pasó la lengua por los labios de una manera tan sensual que ella casi gimió. Él deslizó los pulgares por la cintura de su prenda inferior y la guio hasta que la tuvo en sus rodillas.

—Siéntate, cariño.

Phil posó sus glúteos sobre el lecho y él terminó de quitarle la tela blanca de encaje por sus pies; al instante, hizo lo mismo con sus bóxeres. Ambos estaban desnudos al completo y ella temió que estuviera a punto de sufrir un paro cardíaco. El palpitar en su pecho se había tornado errático y el aire parecía no llegarle a los pulmones. Necesitaba... ¿qué? ¿Un desfibrilador? ¿Cámara de oxígeno? No lo supo, porque Fred no le dio tiempo, gateó sobre

ella, quien se fue recostando sobre el colchón con él por encima.

—¿Bien? —preguntó Fred, y estableció un codo a cada lado de su cabeza.

Él la tomó por la barbilla y la besó con una dulzura que encendió un fuego por dentro de Phil que arrasó con cualquier pensamiento coherente que ella pudiera tener. Se arqueó hacia él y apartó sus rodillas para darle lugar a anidar entre sus piernas. Un jadeo amortiguado escapó de los labios de ambos. Phil cruzó los brazos detrás del cuello masculino y lo atrajo hacia ella al tiempo que le ancló las piernas detrás de los muslos. El gruñido que escapó de él junto a su boca y el que comenzara un frote lento sobre su pubis la enloqueció. Lo aferró del cabello y esclavizó sus labios hasta que él consiguió liberarse. Descendió por su cuerpo hasta atrapar uno de sus brotes, endurecidos y anhelantes, en su boca y la hizo ver las estrellas. Lo estiró en sus labios y lo mordisqueó, a lo que Phil tuvo que anclarse a las sábanas con ambos puños, porque temía que su cuerpo levitara en cualquier momento.

Él torturó su otro pezón mientras con los dedos acariciaba y raspaba con sus uñas su clítoris. Cuando invadió su interior con esos dígitos intrusos, Phil creyó saltar y lanzó un pequeño grito.

—Tranquila —pidió entre risas.

—¿Por qué tengo la sensación de que te burlas de mí?

Más risas por parte de Fred la hicieron fruncir el ceño.

—Es solo que eres tan sincera en tus respuestas que me encanta —mencionó el pelirrojo.

—Sabes que yo... Pues, no tengo mucho historial...

—Sí, sé que solo has estado con uno. —No le pasó desapercibido a Phil que no dijera el nombre de su ex, y ella se lo agradeció, no quería traerlo a ese encuentro que comprendía a nadie más que a ellos—. Si en algún momento quieres detener lo que hagamos...

—No.

Él la besó de nuevo y Phil estuvo más que segura de que quería aventarse en esas aguas con él y solo con él.

—Quiero dejar algo en claro antes. —Los miedos invadieron a Phil de una manera que no creía posible. La aterraba que fuera él el que quisiera cancelar lo que iniciaban. Los ojos marrones estaban fijos en los suyos y recién respiró cuando él volvió a sonreírle de esa manera tan particular suya, entre lobuna y pícaro—. Tú tienes el boleto de retirada, conejita. —Ante la expresión desorientada de ella, añadió—: Si quieres que en algún momento nos detengamos, solo tienes que decirlo —repitió.

Ella negó con su cabeza de un lado al otro y la sonrisa en el rostro de él resplandeció. La besó con renovada pasión y saltó fuera de la cama. Elevó un dedo en alto.

—Un segundo, cariño. —Rebuscó en su billetera—. Me hace falta... esto —dijo al sacar un paquetito plateado. Subió de nuevo al lecho—. No te preocupes, tengo más —susurró sobre sus labios.

—¿Más?

—Sí, uno no será suficiente, Phil.

Parecía que no podía dejar de besarla, sus labios se mantenían unidos salvo por las breves palabras que le brindaba o los jadeos y gemidos que escapaban de ellos.

Se envolvió en el preservativo y, con sumo cuidado y tan despacio que la desquició, entró en ella. Comenzó un vaivén aún más enloquecedor, que la llevó casi a la cima al instante, pero en cierto momento, él se apartó y se acostó a su lado.

—Sube —pidió de súbito.

—¿Qué? —Ella aún continuaba con la mente enturbiada con el deseo y la lujuria.

—Te deseo arriba.

¿Arriba? ¿Cómo que ella fuera la que guiara la acción?

—Soy bastante pesada.

Él dejó escapar un bufido y la tomó por la cintura para obligarla a sentarse a horcajadas sobre él.

—Ahora, hazme ver esos fuegos artificiales, conejita.

Phil descendió sobre su erección e inició un paso despacio. De ella brotó un gemido casi convertido en un sollozo, apoyó las palmas sobre los pectorales masculinos y movió las caderas hacia adelante y hacia atrás, sin sacar ni un centímetro de él de ella.

Él apresó sus caderas en sus manos y acompañó sus movimientos, pero sin apresurarla o tratar de imponer los suyos. Eso era un cambio.

—¿Quieres que acelere? —jadeó.

Fred le acunó una mejilla.

—No.

—Peso demasiado y...

—Nada que mi cuerpo no pueda contener, cariño. Además, ¿por qué demonios querría apresurarme con la vista que aquí tengo al completo? —preguntó él, y cubrió sus senos con ambas manos, sopesándolos, jugueteando con sus pezones y torturándola de una forma que era indescriptible.

Ella solo pudo tirar su cabeza hacia atrás y gemir a la vez que trataba de respirar. En algún punto, él elevó su pelvis y entró tan profundo en su sexo que los ojos de Phil se pusieron en blanco. Se aferró con las uñas a sus hombros y sabía que quedarían marcas. Apresuró los balanceos y vaivenes o lo que fuera que su cuerpo sintiera hacer, ya que ella no tenía control, se movía por sí mismo por indicación del deseo, con cero inhibición o pensamiento coherente de por medio.

Un poco más y fue tal el grito que ella lanzó que no lo distinguió como propio, sino de un animal, por lo visceral y de tan adentro que había brotado. A los pocos segundos, Fred volvió a arquearse y a penetrarla con profundidad para culminar con una especie de gruñido salvaje y bestial.

La atrajo a su torso en un abrazo. Claro que ella no se quejó, le encantó sentir el errático palpar del corazón de Fred bajo su mejilla. Él le enredaba los dedos en sus ondas y la peinaba de una forma que lograba que cayera en una duermevela.

Estaba tan relajada y ni siquiera le importaba si lo aplastaba o si podía contener su peso, solo disfrutaba del estar acurrucados.

Sin embargo, necesitaba su frazada para poder dormir y no sabía si debía preguntarle a Fred o no si quería quedarse. Ella esperaba que lo hiciera, pero ¿debía decir algo o dejar que fluyera? No tenía mucha experiencia en tales lides. Se decidió por lo último, por lo que se deslizó hacia un costado y él aprovechó para elevarse del lecho, lo que hizo que el alma de Phil se cayera hasta el suelo.

—Voy a... descartar —elevó una mano donde sostenía el preservativo al que le había hecho un nudo en el extremo— y vuelvo.

Ella aprovechó para meterse debajo de las sábanas y se cubrió con su frazada. Cuando él se deslizó a su lado, la abrazó y la besó con un ardor tan inmenso que la sorprendió cuando se apartó de golpe.

—¿Qué demonios? —exclamó.

—¿Eh?

—Esta cosa que pesa una tonelada —mencionó, elevando el cobertor grisáceo.

—Es mi frazada de peso —informó Phil a la vez que se arrebujaba bajo esta.

—¿Y qué es eso? ¿Una nueva tortura salida de la era medieval?

Phil soltó una carcajada ante el rostro indignado del hombre.

—No, claro que no. El peso ayuda a relajar, bajar el estrés y la ansiedad, y mejora el dormir.

Fred se había acomodado de costado, apoyado sobre un codo y con la mejilla en su palma.

—Suerte que es solo de una plaza —expresó con seriedad y, de pronto, esbozó una sonrisa—. Me encantaría dormir abrazado a ti, cariño —enredó un dedo en uno de sus mechones de nuevo—, pero no creo que pueda soportar esa cosa encima.

Ella se volteó hacia él, también de costado.

—Podría bajarla por un rato, pero la necesito para poder dormirme — confesó con cierto pesar por la duda de defraudarlo y que se decantara por marcharse.

—Eso me gustaría. Tenerte en mis brazos, acurrucarnos por unos minutos y, cuando lo necesites, te cubres con tu manta de tortura.

Ella se elevó y, de un impulso, lo besó o, más bien, invadió su boca con tanto ímpetu que él cayó hacia atrás. Entre risas y besos, se enlazaron por un rato tan largo que Phil casi pudo prescindir de su manta, aunque, cuando sintió que la respiración de Fred se hacía más apacible y a un ritmo constante, se desprendió del abrazo. Se acomodó junto al pelirrojo, casi rozándolo, y se cubrió con el peso que necesitaba para conciliar el sueño mientras Emil y Ares trepaban al lecho y se acostaban a sus pies.

Capítulo 19

Los nervios carcomían a Mark. No era para menos debido a todo lo que había ocurrido ese día: la vuelta de Cannes, en la que estaban felices en extremo por el premio ganado; el aterrizar y que comenzaran a caer una cantidad de mensajes que los móviles no dejaban de sonar uno tras otro con la horrible noticia de que Sam había sido ingresada de urgencia al hospital. El correr con un Alex a punto de sucumbir a un ataque de pánico para buscar un taxi y, después, la maratón hasta arribar a la sala donde estaban sus amigos a la espera de alguna información sobre la joven embarazada.

Todo aquello le había dado que pensar a Mark sobre la finiquitad que quizás tuviera con Key, no por ellos, sino por circunstancias que pudieran destinárseles sin que lo supieran. Dio vueltas a esa pequeña cajita cubierta en terciopelo negro que hacía tiempo llevaba consigo y presionó las mandíbulas; siendo un cobarde, no llegaría a ninguna parte.

Key llegó desde la cocina de concepto abierto y se dejó caer a su lado en el sofá color terracota, le tendió uno de los vasos con limonada y sorbió del otro.

—Qué día más horrible —comentó, y se acurrucó contra él.

—Eh... sí. Espantoso y ya quiero que termine, que Sam y la bebé estén bien, fuera de peligro. —Mark le pasó un brazo por los hombros y la mantuvo pegada a su costado.

—Lo estarán. —Key le giró el rostro y le rozó sus labios con los suyos. Luego, unió sus pies enfundados en medias a los masculinos descalzos sobre

la mesa ratona—. Por lo pronto, Myrtle solo está en observación por ser prematura y para que tenga los cuidados necesarios.

—Hmmm. Yo quiero hablar sobre algo más —anunció al enderezarse en el sofá y dejar su bebida sobre la mesa baja.

—¿Qué? —Key también depositó su vaso junto al de Mark.

Él tomó las manos de la joven en las suyas e inspiró con profundidad para darse valor.

—Pues, que «adoro que sientas frío cuando hay veintidós grados fuera. Adoro cómo te lleva una hora y media prepararte un sándwich. Adoro que se te frunza la frente cuando me miras como si estuviese loco. Adoro que, después de pasar el día contigo, aún huela tu perfume en mí. Adoro que seas la última persona con la que quiero hablar antes de ir a dormir. Y no es porque esté solo y no es porque...» sea una noche espantosa. «Cuando te das cuenta de que quieres pasar el resto de tu vida con alguien, quieres que el resto de tu vida empiece lo antes posible» —finalizó Mark sin aire.

—«¿Ves?, eso es tan típico de ti. Dices cosas como esa y haces que me resulte imposible odiarte. Y te odio, Harry. De veras, te odio. Te odio» —se carcajeó Key—. A ver, con alguna mínima variación, pero ¿a qué viene ese fragmento de *Cuando Harry conoció a Sally*?

A modo de simple respuesta, Mark abrió su palma y le presentó la pequeña cajita de terciopelo negro que escondía en esta y que dejaba ver un sencillo anillo.

—¿Mark? ¡Mark! —gritó Key al arrodillarse sobre el asiento del sofá a la par que tomaba la cajita en sus manos—. ¿Qué es esto? ¿Creo que a la declaración le falta una parte? Sé que en la película no estaba, pero ¿no te parece que me la debes? —cuestionó con el ceño fruncido y una expresión tan seria que a Mark le tembló el corazón porque lo tenía a punto de explotar de tan lleno de su princesa que se hallaba.

—Keyla Hayworth, ¿quieres casarte conmigo? —Key no le respondió, sino que contempló la sortija y fijó la mirada en la color esmeralda de Mark—. Sé

que es muy simple, una fina cinta en oro blanco y un pequeño zafiro violeta; me hizo pensar en tus ojos cuando lo vi. Es que, como sabes, ando apretado y...

—Cállate, Mark. Me encanta —susurró, y su preciosa vista violácea se empañó—. Me encanta tanto, tanto. Sí, me casaré contigo —dijo, y se lanzó a sus brazos, tomó posesión de los labios masculinos y se hundió contra su torso.

Tabitha, que se hallaba a los pies del sofá, alzó la cabeza y elevó las orejas ante las risas de sus dueños.

—Tengo otra propuesta.

—¿Otra?

Mark se incorporó y caminó unos pasos hasta donde tenía su *notebook*, volvió junto a Key y le enseñó una página web.

—Es una propiedad...

—¿Una casa? —chilló Key que se aventó sobre él para ver con mayor precisión lo que él le enseñaba, y él soltó una carcajada ante su ímpetu.

—Sí, se encuentra cerca de Sarah y de Alex. —La contempló con atención en espera de su respuesta en cuanto a las condiciones del hogar—. Es de solo una planta, con cuatro habitaciones, dos baños, cocina, *living* y garaje. Tiene un jardín un tanto salvaje, con salida al lago y un pequeño muelle.

—Está destruida, Mark —mencionó Key con el ceño fruncido.

—Eso es el único *pero*. Es una propiedad para renovación total, aunque es un gran lote y es muy económico su precio por el terreno que ocupa y la vista que tiene.

—Bien, me gusta. Toda una aventura. Comprémosla. ¿Podemos? —preguntó al colgarse del cuello de su novio y dejar caer su culo sobre su regazo.

Mark hundió el rostro detrás de la oreja femenina y se reconfortó en el aroma a nardos que siempre la acompañaba.

—Si aplicamos para un préstamo en el banco y quizás vendamos este apartamento, ¿por qué no?

La sonrisa que le ofreció Key no tuvo precio, él respiró porque había corrido un riesgo, como el haber saltado a un precipicio y caer sobre una red de seguridad. Su princesa era esa protección que lo resguardaba de cualquier mal.

Apenas Fred pestañeó, notó que la luz que iluminaba la habitación no era la usual y, como un tropel, cada recuerdo del día anterior pobló su mente, lo que lo mareó y dejó en carne viva. Cerró los ojos con fuerza y giró la cabeza a un costado para encontrar a Phil a su lado, con sus ondas sobre el rostro; dormía de forma apacible.

Ella abrió un párpado, luego el otro y se desperezó hasta que lo vislumbró. Se sobresaltó y subió las mantas hasta su cuello, como una damisela en protección de su honor.

—Hola, conejita. —Fred apoyó su mejilla en su mano, elevado sobre un codo.

—Eh... hola, zorro.

—Incómodo momento, ¿cierto? —preguntó con una sonrisa ante la inocencia reflejada en el rostro femenino y la diversidad de tonos rojizos que teñían sus mejillas

—Un poco.

—Propongo baño y desayuno. —Fred dio una palmada sobre el colchón y saltó fuera de la cama—. En ese orden, ¿qué opinas?

—Bien. —El rubor en Phil se intensificó al contemplarlo desnudo, y eso lo llenó de ternura. Su conejita era tan dulce.

—Entonces, levántate y vamos. —Le tendió una mano, pero ella se arrebujó aún más debajo del cobertor.

—¿Juntos?

—Claro. Vamos, dormilona, arriba.

Phil se envolvió en la sábana y fue tras él, quien ni se molestó en cubrirse.

Entró tras ella en la ducha, solo que cuando el agua lo tocó, casi muere calcinado.

—¡Ay, mujer, esto es como estar en un infierno líquido! ¡Mira el vapor!

Phil se volteó y lo observó con expresión entre severa y de diversión contenida, con los brazos cruzados, lo que resaltaba la curvatura generosa de sus pechos, y a Fred la boca se le hizo agua.

—Si no soportas la temperatura, te sugiero que tomemos turnos.

—Turnos entonces. —Se apresuró a salir de la ducha—. Te esperaré en la habitación, si lo hago aquí, moriré de falta de oxígeno. ¿Estás segura que no eres una torturadora innata? —preguntó sin esperar respuesta al dejar el cuarto de baño, aunque ella le contestó con una carcajada.

Fred se despatarró en la cama con los brazos cruzados por detrás de la cabeza. ¿Qué demonios harían de allí en más? ¿En qué lugar los dejaba lo de la noche anterior? La sonrisa se le borró al pensar en lo que había ocurrido con Sam, en el terror que había corrido y en la angustia y frustración cuando lo vio a Alex. Tomó su móvil de la mesa de luz, había varios mensajes del grupo de WhatsApp de sus amigos.

Se iniciaban con uno de Alex que informaba que a Sam le habían realizado una transfusión de plaquetas y que Myrtle recibía un tratamiento para desarrollar ciertos órganos correctamente, en especial, los pulmones. Las sometían a diferentes estudios para tener cada aspecto controlado, Myrtle tenía que continuar en incubadora en neonatología por el momento, al igual que Sam en terapia intensiva. Sin embargo, Alex aseguraba que ambas evolucionaban de forma favorable, por lo que su pareja, dentro de unos días, pasaría a sala. Quizás la bebé, debido a su prematurez, tuviera que restar un poco más, pero lo bueno era que su peso era adecuado, más de dos kilos trecientos. Una vez que alcanzara los valores esperados para su edad, sería dada de alta.

Luego, seguían unos cuantos mensajes del resto con felices presagios. Fred quería poner algo, enviarle algún comentario a Alex, pero no pudo. Los ojos se le empañaron de solo recordar cómo había encontrado a Sam desvanecida

en el *living* de su casa.

Suspiró y cerró el grupo para percatarse de que tenía un texto de Andy, quien le preguntaba cómo estaba y dónde. A él sí le respondería, sabía que el castaño se preocuparía si no daba señales de vida por más tiempo, de seguro ya se había establecido un tiempo límite para esperar alguna palabra de su parte.

Fred:

En casa de Phil. Luego te cuento.

A los pocos segundos, Andy le envió un emoticono que indicaba *ok*.

—Tu turno —anunció una Phil envuelta en una toalla celeste. Tenía cada centímetro de su piel enrojecida, suponía que por la temperatura elevada del agua con la que se había bañado. Al menos no se había hervido viva como una langosta—. Podrías cubrirte, ¿no crees?

Fred sonrió ante el sonrojo intenso de las mejillas femeninas. Saltó fuera de la cama y, cuando la tuvo delante, le comió la boca de un beso que le aceleró el corazón e dio inicio a una erección que mantuvo controlada a fuerza de voluntad. Deslizó los dedos por una de sus ondas rubias húmedas y luego continuó un trayecto con una de sus yemas desde su hombro hasta su muñeca.

—En diez minutos me tienes fuera.

—¿Estás bien? —preguntó, y Fred se detuvo de espaldas a ella, los músculos se le tensaron.

Una simple pregunta, pero que encerraba una preocupación por él que le caldeaba el alma.

—Sí, conejita.

—Tendré el desayuno listo para cuando salgas. ¿Café, frutas y cereales?

—Claro, cariño. Lo que tomes habitualmente me irá bien.

Fred ansiaba encerrarse en el cuarto de baño y, más aún, dejar que la ducha le limpiara lo mal que se sentía por dentro. La noche anterior había estado hecho un desastre y no quería descubrir que lo ocurrido con Phil había sido

sexo por compasión. Se moriría si así era el caso, por lo que procuraba fluir con la corriente, como si estar con ella fuera lo más natural del mundo.

La experiencia con la joven había sido sublime, algo indescriptible y nunca antes experimentado, quería que perdurara lo máximo posible, por lo que no tocaría el tema, dado que sospechaba que, de hacerlo, precipitaría un final rotundo.

Capítulo 20

—Fred, ¿tú en qué horario irás? —preguntó Nick desde el otro lado de la mesa donde estaba sentado.

Desde que había llegado a S&P, Fred no se había mantenido muy comunicativo, se había sumergido de lleno en el trabajo, estableciendo reuniones y poniendo al día lo que había quedado inconcluso por el viaje del resto de los miembros a Cannes. El premio que había ganado la agencia había quedado totalmente desdibujado con lo ocurrido a Samantha, así que nadie lo comentaba.

—No tengo citas para hoy.

—No, encanto. —Nick le ofreció una sonrisa compasiva y el pelirrojo volvió a descender la mirada hacia la pantalla de su ordenador—. A ver a Sam, establecemos los horarios para no ir todos juntos, dado que solo dos por vez podremos ingresar y son únicamente dos horas por la mañana y dos por la tarde.

—El hueco que dejen disponible.

Andrew, que estaba a su lado, acercó su silla y le pasó un brazo por los hombros. Fred volteó hacia él a la espera de que le dijera algo, pero el castaño no pronunció palabra, solo lo sostenía.

—¿Qué haces?

Andy se encogió de hombros.

—Te doy fuerza, viejo.

—¡Ay, si ustedes fueran *gays*! —bromeó Nick con dramatismo y al unir sus manos delante de su pecho—. Dos encantos.

—Ya quisieras, Nick —soltó Fred con una sonrisa picaresca—. En qué problemas se vería Brian con dos especímenes como nosotros, ¿no crees?

Los ojos de Nick brillaron como los de una persona enamorada. Fred sabía que ellos transitaban por ciertos problemas y sospechaba que tenía que ver con ese anillo que llevaba en su dedo y que prometía un paso que parecía nunca llegar.

—Lo siento, chicos —sostuvo el pelilargo—. Es una pérdida para el mundo LGBT que ustedes sean heterosexuales, pero Brian no tendría por qué preocuparse, él es...

—¡Ay, ya, Fred! Por favor, no lo hagas hablar de su novio, que solo salen palabras empalagosas de esa boca y algunos no soportamos tanta dulzura —protestó Andy al taparse el rostro con las manos.

—Es tan bello el amor —sostuvo Xav, quien desde atrás se inclinó y pasó los brazos por el cuello de Nick—. Fred ya está encaminado, solo faltas tú, Andy.

Fred contempló el perfil de su amigo y se percató de las líneas de tensión que lo surcaban. Andrew era un ser romántico, quizás no lo dijera y no lo demostrara, pero adoraba leer esas novelas acarameladas, por lo que suponía que ser el último del grupo sin hallar el amor lo tendría a mal traer.

Andy suspiró y esbozó una amplia sonrisa, no obstante, esta no arribaba a sus ojos.

—Volvamos al tema de la visita a Sam —sugirió Andy, y Fred le concedió el cambio en la conversación solo a su favor, dado que no había pensado en verla ese día.

—Iré en la tarde si hay un turno disponible —comentó el pelirrojo.

—Bien —concedió Andy, quien tomaba nota—. Entonces, Nick, Xavier, Charlie y yo iremos por la mañana. Tendremos que salir en una hora. Y por la tarde irán Gabe, Mor, Mark, Key y tú.

—¿Qué se sabe de Ange y David? —preguntó Xav a la par que tomaba asiento junto a Nick.

—Llegan en unas horas —anunció Fred.

Había recibido la noticia bien temprano y ni quería imaginar cómo estaría su amigo ante la alteración del curso de sus planes. Claro que solo se había reducido su viaje en unos pocos días, pero David no manejaba muy bien las modificaciones inesperadas e improvisadas en rutinas establecidas.

—¿Alguien irá a buscarlos? —quiso saber Nick—. Alguno debería hacerlo, ¿no creen?

—Craig y Carmen se encargaran de ello —comunicó Fred, y retomó su trabajo en el ordenador. Craig era el exterapeuta de David y Carmen, la madre de Ange, quienes, a su vez, estaban en pareja entre ellos.

Tenía emociones encontradas, quería ver a Sam, pero al mismo tiempo temía que, en cuanto lo hiciera, un dolor muy profundo se desataría y no podría atarlo de nuevo.

En cuanto elevó la mirada de la lista de pedidos y lo vio ingresar en su local, su corazón comenzó una carrera inusitada. Hacía tan solo un día que no se veían, pero parecía que el tiempo separados había hecho mella en ella.

—Conejita, ¿cómo anda todo por aquí? ¿Pudiste adelantar algo sobre la campaña?

—Eh, sí. Es que no sé qué cambios podría sugerir. Los diseños me encantan, la página web es preciosa con los colores de mi floristería. Las fotos que tomó tu amigo Mark de la fachada y de los arreglos forales especiales son hermosas, perfectas.

—¿Y qué piensas de la tuya en tu pose de dueña de Pétalos al viento? —Phil se encogió de hombros. No le gustaban muchos las fotografías donde aparecía ella, no se consideraba fotogénica y, si podía, siempre las evitaba—. Mi opinión es que estás preciosa, con letras en mayúscula, cariño. Entonces,

¿damos rienda suelta a todo? Hoy vuelve David de su viaje y podrá poner en línea la página y ya podremos lanzar las diferentes publicidades.

Phil se inclinó sobre el mostrador, apoyó los codos y la barbilla sobre sus palmas.

—¿Te ocuparás de todo? —preguntó la florista.

¿Debía meterlo aún más en su vida? Pétalos al viento era su bebé y quería verlo crecer de la forma en que Fred le pintaba, pero ella no entendía ni la mitad de las estrategias que él le había enlistado en su campaña.

—Eso sí es lo que quieres y confías en mis decisiones.

—Confío en ti. No eres el mismo que me pidió ser su perro faldero.

—Ah, no te confundas, soy la misma persona, solo que menos enfadado que en ese entonces.

—No comprendo, ¿por qué estabas enfadado?

—La respuesta es muy simple, cariño. —Fred se inclinó hacia ella, la tomó por la barbilla y le habló casi rozando sus labios—. La mujer que me había movido el suelo y con la que había tenido un encuentro de lo más sensual en el cubículo de un baño, aparece ante mí para que la ayude a recuperar a su ex. Y cuando me enfado, puedo ser una mierda —finalizó con un tono sensual y enredando un dedo en su cabello.

Fred parecía tener algo con su pelo, lo tocaba de forma constante.

—Tienes razón, puedes convertirte en una... porquería. —Phil no era de las que dijeran malas palabras—. También me sorprendió no saber tanto de ti, no me había percatado lo poco que hablas sobre tu persona.

—¿Qué quieres que te diga? Soy bueno escuchando —bromeó, y ella notó que era su forma de evitar un tema que lo importunaba.

—No es eso —contradijo. No quería más engaños entre ellos, habían generado una complicidad de la que disfrutaba y no le gustaría verla nublada con mentiras—. Lo evitas. Cada vez que conversamos lo hicimos sobre mi familia, mi relación con Robbie o mi local, pero jamás de ti, y, siendo tu novia, aunque ficticia, hay cosas que debería haber sabido.

—Mi pasado no trata sobre alguna historia feliz —reconoció a regañadientes y al desviar la vista. Había temas que hasta a Frederick Lahr incomodaban, y eso era una sorpresa para Phil, dada su propensión a mostrarse seguro y con autoconfianza—. No fui adoptado por una familia cariñosa, sino que pasé de hogar en hogar y, en general, se trataba de matrimonios que se metían en este asunto solo por el dinero.

—¿Acaso... te han hecho daño?

—¿Físico? No tuve tanta mala suerte, pero hay diferentes formas de hacer daño.

Las manos de Phil volaron por cuenta propia hasta las mejillas del pelirrojo, lo tomó y lo atrajo hacia sí con el mostrador de por medio. Sus labios degustaron los masculinos en un beso lento pero estremecedor que la dejó en carne viva. ¿Qué le pasaba con él? No era el momento de examinarlo, aún amaba a Robbie, ¿cierto?

Pero cuando se apartó de Fred y enfocó la mirada en la marrón, ya no tuvo las cosas tan claras.

—Debo irme ahora, voy a visitar a Sam —explicó, y Phil notó su tono apesadumbrado junto con la expresión taciturna de su rostro. Entendía la factura que le había pasado lo transcurrido con su amiga, el miedo que debía haber sufrido de perderla.

—¿Quieres que te acompañe? —El ofrecimiento la asombró hasta a ella—. Ya casi es la hora de cierre y, si hoy la adelanto, no pasará nada. —Contempló la dubitación en Fred, por lo que Phil rodeó el mostrador y entrelazó los dedos con los de él—. Me gustaría ir contigo, zorrillo.

Cuando una sonrisa amplia se esbozó en el rostro del creativo, ella supo que había tomado la decisión correcta. No podía expresar sobre la percepción o la intuición que la sobresaltó de que Fred precisaba ternura, como un abrazo o ciertas demostraciones constantes de cariño, de las que suponía había sido privado durante su infancia.

Al llegar a las puertas vidriadas del hospital, Fred se detuvo en seco.

—¿Qué ocurre? —cuestionó Phil al adelantarse unos pasos y notar que él no la seguía.

El pelirrojo se encogió de hombros y sacudió la cabeza de un lado al otro para retomar la marcha con paso pesado. Una vez frente a la puerta de la habitación de Sam, Fred tocó con un golpe apenas perceptible.

Alex les abrió y Fred se quedó congelado. No había vuelto a hablar con él desde que Sam había sido ingresada y el altercado entre ellos lo había dañado más de lo que demostraba.

—Hola —saludó el moreno, y se apartó para darles paso—. Está despierta, si quieren saludarla.

—Claro —respondió con voz ronca.

Agradeció el que los dedos de Phil se volvieran a entrelazar con los suyos. Era un gesto que podría catalogarse de insignificante, pero para él hacía una gran diferencia y le daba una fuerza que no tenía por sí solo.

—Hola, cariño —saludó a Sam al tiempo que se sentaba en el lecho y se inclinaba para besarla en la mejilla—. Te ves preciosa, con color en el rostro.

—Fred... —los ojos color chocolate se empañaron y Fred sintió como lo mismo ocurría con los suyos—, gracias.

—Cuando quieras.

Ella tomó su mano y Fred se la elevó para darle un beso en los nudillos. Phil se acercó para saludar a la mujer en el lecho, las dos jóvenes comenzaron una amena charla, por lo que aprovechó Fred para salir y respirar.

En cuanto estuvo en el corredor, se topó con Alex, quien tenía la espalda apoyada contra la pared blanca. Fred ni siquiera había notado que no estaba en la habitación junto a ellos.

—Fred... —el tono del moreno adquirió ese nivel casi fantasmagórico—, lo siento. Estaba aterrado y...

El pelirrojo alzó una palma para acallar a su amigo y jefe.

—Comprendo, Alex. No creas que no, no te culpo ni guardo ningún rencor. Yo también... —su voz se quebró y continuó a duras penas—: también estaba

tan atemorizado de que ella no sobreviviera. Nadie salía a decirme nada, los chicos aquí aún no habían llegado y...

—¡Maldición, realmente lo siento! —Alex lo envolvió en un abrazo. Era tan rara una demostración tan clara de afecto por parte de él, pero Fred no pudo contenerse y se aferró a su amigo. Notó como las lágrimas caían por sus mejillas y mojaban la camisa celeste de Alex, pero no le importó y menos aun cuando escuchó como el moreno sorbía por la nariz—. Muchas gracias, Fred. Muchas gracias por estar para Sam, para todos nosotros.

—Alex, deja de hablar si no quieres que me vuelva un hombre sensiblero.

Capítulo 21

El entrar en Chesterfield con Phil tomada de su mano se sintió real, como si ese supuesto noviazgo se hubiera convertido en uno verdadero. Solo que Fred no estaba del todo seguro de que fuera así. Y por más que ya hubiera pasado los treinta por un año, seguía siendo un cobarde en ciertos temas y no se atrevía a aclararlo con ella.

Cuando se acercaron a la mesa donde sus amigos se encontraban y se giraron con una amplia sonrisa, el corazón de Fred se estrujó. Trató de esbozar una similar a forma de saludo, pero le pareció que quedó un tanto forzada. Tenía miles de dudas rondándole por la mente.

En algún momento de la noche, que coincidió cuando Gabe tocaba el piano junto a Paulie y Chez en el escenario, intercambió un par de palabras con Andy.

—¿Compraste un vehículo? ¿De eso hablas? —preguntó al escucharlo decir algo por el estilo.

—Más quisiera, pero no. Y menos este, que es un cacharro antiguo de los que fascinan a mi amigo de la juventud —se quejó el castaño, y no era usual oírlo hablar en un tono tan despectivo—. Resulta que lo compró aquí en Nueva York.

—¿Y cuál es el inconveniente?

—Que él vive en mi ciudad, Sweet Home, en Oregón y quiere que yo conduzca su nueva adquisición hasta allá para la semana de su compromiso —

rezongó y dio un sorbo a su pinta roja.

Fred le dio unas palmadas en la espalda.

—Todo sea por un amigo, ¿cierto?

Andy masculló una respuesta afirmativa y fue salvado porque llegaron Keyla y Mark. La mujer de ojos violáceos y cabello caramelo pegó un grito y extendió su mano para que cada uno la mirara.

—¡Nos casaremos! —exclamó Key en un chillido.

El ánimo general entró en ebullición y los vítores recorrieron la mesa como una avalancha. Cada uno se incorporó y se aproximó a la pareja. Era la segunda del grupo que daría el gran paso.

—Me lo propuso con una declaración tonta de *Cuando Harry conoció a Sally*, ¿pueden creerlo? —preguntó al poner los ojos en blanco.

—¡Hey! —la amonestó Mark. De pronto apareció Gabe, lo aferró por detrás y lo elevó unos centímetros del suelo—. ¡Bájame! —pidió entre risas.

—No puedo creerlo, viejo —exclamó Gabe con una expresión que dejaba en evidencia la felicidad.

En un primer momento, Mark había tenido cierto resquemor en relacionarse con el chocolatero, Alex lo había convencido y Gabe se había convertido en un gran amigo.

Tanto Charlie como Morrigan habían enloquecido, rodeaban a Key y tironeaban de su mano para darle un mejor vistazo a la sortija de compromiso. Se oían tan solo los cuchicheos de las mujeres.

Fred observaba lo acontecido con curiosidad y no sin cierta envidia. Se alegraba por Key y Mark, eran dos personas formidables, él conocía lo que habían transitado, tanto en sus vidas como entre ellos, para alcanzar el sitio en el que se hallaban en ese instante.

Un brazo se enlazó en el suyo y, al bajar la vista, se encontró a Phil con sus azulinos y hermosos ojos fijos en él.

—¿Bien?

Sin darle un segundo de meditación, la tomó de la barbilla y unió sus labios.

Tenía que admitir que estaba desarrollando una intensa adicción a los besos de la joven. Era que ella, con aquella constante preocupación por él y la dulzura que emanaba, lo tenía totalmente embobado.

—Mejor ahora, *panquequito relleno* y bañado en chocolate.

La risita que soltó Phil le alegró el alma. Le pasó un brazo por los hombros y la atrajo a su costado, aunque pronto se acercó Key con su rostro de felicidad plena y excitación incuantificable.

—¡Fred! —Key se colgó del cuello del pelirrojo y le estampó un beso en la mejilla.

—Felicitaciones. Estoy tan feliz por ustedes, cariño. Es el gran paso que todos esperábamos.

—Y tenemos aún más noticias —anunció la joven.

—¿Te refieres a...? —Fred hizo un gesto sobre su propio abdomen y a punto estuvo de envolver a su amiga en un gran abrazo cuando ella comenzó a negar con efusividad y entre risas.

—¡No! Serán de otro tipo, pero shhhh —pidió con un dedo sobre los labios, observando por el rabillo a su novio—, aún no tengo permitido comentarlo. ¡Phil! Las mujeres me ayudarán a planificar cada detalle, es la tradición. Cuento contigo, ¿cierto?

¿Tradición? Sabía que las mujeres habían organizado la boda de Xav y Charlie, pero los planes habían variado ciento ochenta grados y todo el grupo terminó haciendo un viaje imprevisto a Las Vegas y los pasos que siguieron fueron espontáneos. Tal vez se refería al *baby shower* para el hijo de ellos, Braddock, que también había sido organizado por las mujeres hasta el mínimo detalle.

—¡Claro, me encantaría! —contestó la florista.

—Fred, a esta no la dejas escapar ni metes la pata, ¿entendido? —Fred hizo una señal de venia militar—. Te mensajearé mañana para quedar en un horario, iremos a ver a Sam al hospital en cuanto pase a sala. Según Alex, como su evolución es tan favorable, será entre mañana o pasado.

—¡Qué buenas novedades! —exclamó la rubia.

Phil le sacudió el brazo como para despertarlo de su estado de ensoñación, ya que el que la invitaran a formar parte de la comitiva organizadora como su novia oficial y, asimismo, lo de saber que pronto Sam saldría de cuidados intensivos lo habían mareado.

A la vuelta, Fred no hizo ninguna tentativa por descender de su vehículo junto a Phil. Estacionó frente a la entrada del edificio donde ella vivía y aguardó hasta que la joven estuvo segura dentro. Temía el vínculo que formaba con ella, no quería descubrir que fuera de un solo lado y ser lastimado al final. Por lo que había tomado la resolución de bajar la frecuencia de sus contactos, al menos intentarlo, porque tampoco tenía muy en claro si no había generado una compulsión a su presencia.

Al día siguiente, las emociones se vieron revolucionadas, pero por un tema distinto: retornaron Ange y David a la agencia tras su viaje por Italia. Apenas traspasaron la puerta vidriada, cada uno de los miembros de S&P salió disparado a su encuentro, apabullándolos con miles de preguntas, las que Ange trató de contestar. No obstante, David se vio un poco atrapado con tantas personas a su alrededor.

—Estamos muy felices. El viaje fue inolvidable —comentaba Ange—. No tuvimos casi ningún inconveniente, Miranda también está encantada y hoy ya concurrió a la escuela.

Fred podía imaginarse a lo que hacía referencia Ange con *casi ningún inconveniente*, esperaba que, las crisis que pudiera haber sufrido David, tanto Ange como Miranda hubieran podido contenerlas y no hubieran escalado a algo mayor.

Aunque al ver la expresión de la morena y la siempre inalterable de David, se notaba que les había ido genial y que esos días juntos y fuera del país los había unido como familia aún más de lo que ya estaban. Se acercó a David y tan solo lo tomó del hombro, le dio un ligero apretón y le brindó una enorme sonrisa. El ingeniero informático siempre había provocado en él una

inexplicable ternura y la que nunca le importó a Fred evaluar, solo la dejaba fluir.

—¿Cómo estás, Dave?

—David —remarcó, y Fred sonrió, había cosas que nunca cambiaban—. Bien.

—Me alegro mucho. —El pelirrojo metió las manos en los bolsillos de su pantalón como para no darle un abrazo al ingeniero, sabía lo que odiaba el contacto, pero Fred se moría por demostrarle cuánto lo había extrañado—. A ver cuándo te vienes a casa para una cena y un buen juego en línea.

—Jugamos todos los martes —remarcó David.

—Sí, pero cada uno desde su hogar —comentó Fred—. Hablo de esas reuniones a las que comenzaste a concurrir junto a Andy, Nick y Xav. Debes retomarlas, ¿de acuerdo?

Se había vuelto una constante entre ellos, tanto los martes de juego como encontrarse una vez al menos cada quince días a una cena solo de hombres.

—Sí.

—Procuraremos que haya el tipo de comida que te gusta, nada de los cinco ingredientes blancos que tanto odias. —David mantenía una dieta rigurosa y obsesiva.

—Bien.

—Perfecto.

—Tengo lista la página de tu novia —comentó David, y Fred se sorprendió de que fuera él el que sacara el tema. Con David era difícil establecer una conversación y, en general, no era propio del ingeniero hablar de manera espontánea, sino que lo usual era que respondiera de forma puntual y específica a lo que se le preguntaba, sin ampliar la información.

—¡Genial! No sabes lo que te lo agradezco.

—Somos amigos.

—Eso jamás lo dudes, Dave.

—David.

Fred amplió la sonrisa y se sorprendió de lo mucho que había extrañado al hombre. Se había convertido, en el tiempo que lo conocían y desde que había comenzado a trabajar *free lance* para S&P, en un miembro fundamental de su grupo de amigos.

Capítulo 22

—**H**ola, cariño —saludó Sarah con un beso sonoro en la mejilla de su cuñada al ser la primera en ingresar a la habitación de Sam en el hospital.

Samantha había sido trasladada a sala al haberle dado bien los estudios renales, entre otros. Aunque aún no se sentía del todo fuerte y con energía. Trató de incorporarse para acomodarse mejor en la cama y se notaba el esfuerzo que le demandaba.

—Espera. —Al segundo tenía a Charlie a su lado, moviendo y abultando almohadas detrás de ella—. ¿Cómo te sientes, querida?

Detrás de la rubia ingresaban Key, Morigan, Ange y Phil. Sam procuró que su sonrisa no vacilara en su rostro, no quería que la vieran tan vulnerable.

—Mejor.

—¿Myrtle? —cuestionó Key al acercarse a uno de los costados del lecho.

De pronto, tenía a todas ella a su alrededor y Sam se sintió un poco cohibida. Eran sus amigas, pero jamás había estado... No, sí lo había estado, pero solo Sarah y Charlie habían atestiguado su estado en aquel entonces, y mucho había transcurrido desde aquel momento. Ella ya no era esa Samantha.

—Ella está cada día más hermosa —afirmó con una sonrisa. Le permitían verla unas cuantas veces al día—, va a estar un poquito más en neonatología, pero su evolución es fantástica.

—Fuerte desde el inicio, como su madre y su padre —aventuró Ange con una sonrisa tan cálida que hizo que los ojos de Sam se empañaran.

—Es tan parecida a Alex.

—¿Sí? ¡Ay, ya quiero conocer a mi sobrina! —chilló Sarah con aquella voz cantarina que la caracterizaba. Como era usual en ella, vestía con prendas de diversos colores que solo en ella la combinación quedaba perfecta.

—Cabello y ojos oscuros. Preciosa —informó Sam con verdadero orgullo.

—Algo de ti también tendrá —comentó Mor—. Estoy feliz de verte tan bien, Sam. —Le dio un breve apretón en una mano.

—Gracias, chicas. Me encanta que hayan venido. Y que Phil se nos haya unido ahora que forma parte de nuestro pequeño grupo selecto.

Las mejillas de Phil se ruborizaron y se incomodó ante la mirada atenta del resto de las mujeres. Sin embargo, sus expresiones demostraban simpatía y le encantó que hubiera sido tan rápidamente incorporada. Lo que más hablaba de cuánto amaban a Fred, porque su membresía en ese grupo estaba ligada a ser la novia del pelirrojo.

—También me alegro de estar aquí —mencionó la florista.

—Bueno, ya que estamos en pos de sentimentalismo, tengo una noticia que darte —anunció Key, y el rostro de Sam mostró su curiosidad. La joven de ojos violáceos tendió su mano; en su dedo anular brillaba la sortija con una piedra similar a su mirada.

Sam aferró la mano en la suya y se alzó un poco de las almohadas en la cabecera.

—¿Qué es esto? —exclamó Sam—. ¡Ay, Key! Dime qué significa ya.

—Pues que cierto hombre y yo decidimos dar un gran paso.

Sam tiró de la extremidad de la joven, quien cayó sobre su torso, y la abrazó tan fuerte. Lágrimas caían por las mejillas de la mujer en recuperación y Phil notó que tanto ella como las demás se habían emocionado con la escena. Al separarse, ambas mujeres sorbieron por la nariz y se limpiaron las caras con el revés de sus manos.

La escena fue en extremo conmovedora e hizo que Phil se replanteara qué quería ella de su futuro. Con Robbie habían charlado alguna que otra vez de

matrimonio, pero nada firme ni serio o, más bien, él nunca lo había hecho, siempre había cambiado de tema cuando se tocaba.

Conversaron sobre qué esperaba Key, el lugar ideal donde tendría lugar, tipo de vestido, comida. Solo había quedado claro que la torta de bodas y mesa dulce quedaría a cargo de una joven llamada Quinn. Phil suponía que sería dueña de alguna pastelería.

Las mujeres se propusieron para designarse tareas, aunque la futura novia decidió estar inmiscuida en cada decisión y aclaró que los preparativos serían bien diferentes a los que habían sido los de Charlie.

De pronto, cada una de ellas se enfrascó al relatarle el más mínimo detalle de la boda y cómo eso había dado inicio o, más bien, un empujón fuerte a la relación de Key y Mark. La joven con ojos violáceos quiso acallarlas, pero las mujeres no se lo permitieron, así que restó con las mejillas coloradas como un camarón mientras aportaban más y más confidencias.

Phil no podía dejar de notar como ese conjunto de mujeres era atípico y permeable, que adoptaban miembros y los convertían en algo más intenso que solo una reunión. Tanto ellas como los hombres parecían conformar una gran familia que aceptaba nuevas incorporaciones si venía de la mano de alguno de ellos, y Fred la había apadrinado de cierta manera.

El solo pensar en él hacía que los dedos de sus pies se encogieran y que su corazón latiera como si participara en una maratón. Se repetía en la mente que era algo pasajero, que solo se trataba de un buen... extraordinario sexo y una pasión transitoria. Una vez que su sistema se viera inundado del pelirrojo y satisficiera su lujuria, se calmaría. Solo que sospechaba que quizás no sería tan simple.

Cuando, horas después, alguien llamó a su puerta y detrás de esta apareció ese hombre pelirrojo que poblaba sus sueños, el cuerpo de Phil se vio atraído hacia él como si fuera un encantador de serpientes y ella, un reptil hechizado. Se inclinó hacia el creativo y dejó que él se apoderara de su boca como un poseso. Phil gimió al sentir la lengua invadirla y esas manos grandes tomarla

por las mejillas con tanta suavidad. Se elevó sobre la punta de sus pies y cada centímetro de su físico se fundió al masculino.

Un brazo la rodeó por la cintura, atrayéndola aún más a él si fuera posible, y la alzó del suelo. En dos segundos, ambos caían sobre el lecho y las ropas revoloteaban por el aire.

—Me invité a cenar, conejita —susurró Fred sobre sus labios.

—Veo que prefieres comenzar por el postre —jadeó ella al él atacar su cuello con su lengua.

—Siempre.

Las palabras que ella habría podido emitir murieron en un ardiente beso. Phil hundió los dedos en el cabello algo rizado de Fred y tiró de él hacia ella. Lo necesitaba pegado a cada centímetro de su piel, anhelaba fundirse con ese hombre que lograba que su interior se revolucionara como ningún otro. ¿Sería lujuria? ¿Pasión momentánea? No le importaba. No estaba dispuesta a dejar marchar a esa emoción que la poseía solo cuando estaba junto a ese espécimen que descubría poco a poco.

En un movimiento rápido, él volvió a posicionarla sobre su cuerpo, como había hecho la última vez. Era una pose que a ella la tornaba en extremo vulnerable, no quedaba nada a la imaginación y todos sus kilos de más se mostraban a plena vista. Además, la inseguridad de no lograr satisfacerlo la rondaba y la volvía dubitativa.

—Hazme el amor, conejita.

Ese mote que tanto le había molestado en un comienzo, dicho de esa manera, tan sensual como si fuera acariciada con terciopelo, la llevó a una cima nunca antes experimentada.

Él metió un extremo del pequeño paquete de color plateado entre sus dientes y Phil gimió al contemplar una tentación indecible. Fred se envolvió en látex y fijó su mirada, más negra que marrón en ese instante, en ella. Unos ojos intensos, puro fuego líquido y que solo la alentaban a tomar las riendas.

De pronto, él se elevó y acunó su rostro entre las manos.

—Cariño, me encanta estar contigo —comentó tan bajo que Phil tuvo que hacer fuerza para oírlo, además, cada frase era intercalada por suaves besos a sus labios—. Disfruté cada segundo, nunca lo dudes. Solo déjate llevar y entre los dos volveremos a ver esos fuegos artificiales.

Los ojos de Phil se empañaron, y así, sentados como estaban, se abrazó a él, hundió el rostro contra el cuello masculino. Se elevó apenas y lo introdujo dentro de sí.

El balanceo comenzó lento y pausado, sin ningún apuro de ambos por llegar a ninguna meta, sino el simple hecho de disfrutar un viaje de dos convertidos en uno.

Él le peinó el cabello hacia atrás y se lo agarró como en una coleta con sus manos para luego descansarlas en su nuca. La forma en que Fred la tocaba parecía una reverencia, como si ella fuera de porcelana y su valor, incalculable. Era una emoción nunca antes experimentada y la tambaleaba con su resolución de que lo que fuera que se estuviera gestando entre ellos se tratara solo de algo temporal.

Movió las caderas con aún más ahínco, pasó los brazos por la espalda de Fred y clavó las uñas en cada uno de sus hombros. Él le succionó uno de los lóbulos de sus orejas y elevó el pubis para hundirse aún más en su interior, para luego, tomarla por la cintura, voltearla y quedar sobre su cuerpo. Se extendió a su largo y bombeó con premura, con una ferocidad imposible de ser contenida.

La mirada marrón se trabó en la azulina. Phil ancló sus piernas alrededor de Fred y se enredó a él, acompañando cada movimiento vehemente y apasionado. El sudor los cubría enteros y hacía que la fricción al deslizarse uno contra el otro aumentara el goce en intensidad. Los aromas y los sonidos emitidos por sus bocas evidenciaban el deseo que los envolvía y la bruma de excitación que los consumía.

Un par de investidas más los llevó a una subida sin igual que culminó en dos amantes derrumbados y entrelazados sobre el colchón, en el que los

miembros de uno se confundían con los del otro. Las respiraciones agitadas eran lo único que musicalizaba el ambiente, las palabras sobraban y sus cuerpos hablaban por ellos.

Después de una ducha y sentados en el sillón del *living*, Fred y Phil disfrutaban de una pizza en casi penumbras. Phil buscó entre los canales del televisor hasta hallar la serie que daban en ese horario.

Fred dio un buen bocado a su porción.

—¿*Seinfeld*? —preguntó con la boca llena.

—Cuidado con tus sucesivas palabras, zorrillo —advirtió la joven con un dedo en alto y el ceño fruncido en un gesto amenazador.

—Vaya, retrocede, fiero. Me gusta la serie —dijo con manos en alto; una sostenía la porción de pizza y la otra, una botella de cerveza.

—Es lo mejor de lo mejor. Aquí tienes a su fanática número uno —confesó Phil al señalarse el pecho—, he visto cada episodio incontables veces.

—Es original una serie sobre la nada misma.

—Exacto.

Durante un breve lapso, solo comieron y bebieron; él un porrón de cerveza rubia y ella, una gaseosa, hasta que aparecieron en pantalla los cuatro amigos en el *Monk's café*.

—Las hamburguesas de ese sitio son espectaculares —sentenció Fred, y tomó la última porción de pizza de la caja sobre la mesa ratona.

—Nunca he ido.

—¿Jamás? ¿Siendo fanática de *Seinfeld*? Es una parada obligada, claro que en la serie solo se utilizó la fachada del restaurant y el interior se trata de un estudio ubicado en California. —Soñó por unos breves segundos con su conejita en traje de baño en alguna playa en la costa oeste. Si la relación entre ellos fuera verdadera, podrían planificar ese viaje, disfrutar de la arena, sol y olas.

Phil recogió las piernas, se abrazó a sus rodillas, descansó la barbilla sobre estas y se encogió de hombros, todo ello sin apartar la mirada de la pantalla.

—Nunca se dio.

—Pero sí has ido al local del *Soup Nazi*, ¿cierto? —Ella negó con la cabeza en respuesta—. Tienes que ir y probar...

Ella se giró hacia él con el ceño fruncido, y se veía tan adorable que Fred casi tuvo el anhelo de tomarle el rostro en sus manos y degustar sus labios y el sabor de su boca de manera lenta.

—¿Acaso también eres un fanático? —le cuestionó con los ojos achicados en dos rendijas, como si él le hubiera guardado un secreto de estado.

Había sido descubierto.

Al final, tan solo le sonrió y le acarició una mejilla. No quería tentar su buena suerte con esa joven, quería dar un paso por vez, puesto que sentía que había dado unas buenas zancadas con una mujer que aún él no tenía en claro que tan solo le compartía su cuerpo mientras mantenía su corazón resguardado para otro hombre.

Sin embargo, pensó que algo podía regalarle y, con ese pensamiento, dirigió su vista a la pantalla para ver como una alocada Elaine trataba de conseguir la firma de uno de los tres tenores, del que no recordaba el nombre, para su novio del momento.

Capítulo 23

—Hoy la cena va por mi cuenta —anunció Fred apenas puso un pie en Pétalos al viento.

—¿Algún festejo que deba conocer? —preguntó la joven con cierta picardía. Estaba apoyada con los codos sobre el mostrador y tenía una mancha un tanto verdosa en una de sus mejillas. Había distintas flores desparramadas frente a ella y Fred suponía que se hallaban en medio de la preparación de un arreglo floral.

Él se encogió de hombros. No había festejo alguno, solo que tampoco quería dar a conocer su sorpresa. La tomó de la mano, la instó a salir de detrás del mostrador y comenzó una lenta danza con ella. Esa mujer pertenecía a sus brazos, era el lugar donde debía estar.

—Me contaron las chicas de S&P que ayer fuiste a visitar a Sam con ellas y que comenzaron con algunos preparativos —comentó con la mejilla pegada a la sien de Phil.

—Key quería darle el anuncio a Sam sobre su casamiento —murmuró la florista—. Fue un momento muy emotivo, no comprendí del todo por qué me incluyeron en algo tan íntimo.

Fred conectó la vista con la azulina, acomodó unos mechones de cabello detrás de su oreja y le sonrió.

—Ellas ya te sienten parte del grupo.

—Sí —suspiró, y Fred sintió como un agujijón al corazón. Sabía que ella no

era verdaderamente una integrante más como el resto, ella solo era una gran mentira, su novia falsa con la que había engañado a cada uno de sus amigos.

—Será una boda muy particular con Key y Mark como protagonistas — repuso lo primero que se le vino a la mente para apartar esos pensamientos perturbadores.

Phil soltó una carcajada.

—Key se verá hermosa en algunos de los vestidos que nos mostró en su iPad. Son todos de tipo bohemio, largos, etéreos y con cierto vuelo. —Fred le dio un giro en medio de risas compartidas para volver a tomarla por la cintura —. También el estilo de sitio donde quiere que tenga lugar, algo relajado con verde donde poner unas cuantas mesas rústicas junto con bancos de madera y muchas flores silvestres.

—Conozco una floristería que podría hacerse cargo de surtir el evento — bromeó, balanceándolos con lentitud.

—Ya me adelanté, señor publicista —comentó Phil, y la luminosidad de su mirada lo encandiló, solo que no quiso creer en lo que vislumbraba en esos ojos—. Le ofrecí un gran descuento, en realidad, al costo de lo que quisiera.

—¡Hey, así no se hacen ganancias!

—Pero sí amigos, zorrillo. Y ella es encantadora, todas lo son —concluyó con un tono que parecía apesadumbrado, a lo que Fred se instó a no permitirse bajar su estado de ánimo—. Morrigan se hará cargo de algunas cuestiones en cuanto a diseño y encontrar el lugar justo. Quedamos en que acompañaríamos a Key a ayudarla a elegir su vestido —finalizó con renovado entusiasmo.

Parecía que sus amigas harían lo mismo que cuando planificaron el casamiento de Charlie y Xavier. Todavía recordaba atender esa llamada de un entusiasmado Xavier y al que no le comprendía ni una palabra dentro de su mente aún medio dormida para anunciarle que se irían a Las Vegas.

Sin percatarse, se habían detenido en su baile. Seguía uno en los brazos del otro, pero quietos en el lugar.

—¿Cuánto te falta para dar por finalizada la jornada laboral?

Phil miró su reloj a su muñeca y aplanó los labios de tal manera que Fred sospechó que le diría que en unas cuantas horas, aunque ya oscurecía en Manhattan.

—Dame unos diez minutos. Terminó este arreglo para poder despacharlo mañana a primera hora. ¿Qué tienes pensado? ¿Vas a cocinarme?

—No, si es que no quieres morir, conejita —se carcajeó Fred—. Mis habilidades culinarias se limitan a poner un par de rodajas de pan en la tostadora y presionar el botón de encendido en la cafetera —bromeó, aunque no mentía.

—Vaya, haz demolido mi ilusión de una cena romántica casera.

—Lo lamento, cariño. Romántica quizás lo sea; casera, lo dudo mucho.

A los pocos minutos, Fred abrió la puerta del lado del conductor de su automóvil para que se subiera la joven. No sabía la razón, pero estaba un tanto nervioso. ¡Qué estupidez! A su edad, ya madurito y con temor a lo que pudiera pensar de él una mujer.

Phil emitió un pequeño grito y Fred podría jurar que dio un salto cuando caminaron hasta la esquina de Broadway y la calle ciento doce Oeste.

—¡Es *Monk's café*! —exclamó la florista, y se volteó hacia él con sus manos unidas sobre su pecho. Tenía las mejillas sonrosadas y los ojos le brillaban con excitación evidente—. ¿Cenaremos aquí? —Fred asintió y fue como si le hubiera dado el regalo de Navidad que tanto deseaba un niño, lo que lo caldeó por dentro de una manera que ni siquiera sabía que fuera posible.

Fred ni lo pensó y posicionó su móvil frente a la joven. Ella posó para él con una sonrisa de oreja a oreja y él le tomó varias fotografías con el cartel de neón azul con letras rojas, que, claro, no concordaba con el nombre dado en la serie, pero eso no importaba, era la cafetería a la que concurrían Jerry, Elaine, George y Kramer.

Una vez que estuvieron en el interior, la ilusión se rompió. Por dentro, el local no era para nada parecido al de la popular serie televisiva. Pero eso no

pareció importarle a Phil. Ella enlazó su brazo al suyo y tiró de él hasta que estuvieron acomodados en uno de los cubículos.

—¿Qué ordenamos? —preguntó Phil en un murmullo e inclinada hacia adelante con cierta expresión picaresca como una niña.

—¡Una ensalada grande! —exclamaron al mismo tiempo para finalizar con una gran carcajada al ser lo que siempre se pedía en *Seinfeld*.

Y eso fue justo lo que les trajo el mesero. Compartieron una ensalada y, como principal, Phil eligió un *wrap*; en cambio, Fred, una de las hamburguesas con papas fritas.

El sitio era popular, no había mesa sin comensal. Los camareros se volvían locos para que todos los pedidos llegaran a tiempo.

La cena fue amena e intercambiaron diferentes anécdotas sobre los episodios hilarantes que tanto recordaban. No cabía duda de que a ambos les encantaba ese programa «sobre nada».

Al salir, Fred la envolvió con uno de sus brazos y caminaron, uno pegado al otro, riendo y hablando de tonterías, hasta el automóvil de él. La relajación y la diversión entre ellos eran algo nuevo y bienvenido.

—La próxima vez iremos a que nos digan: «No hay sopa para ti» —aseguró una vez que arribaron al hogar de la florista.

—¿Lo prometes? —preguntó Phil. Tenía la mejilla apoyada en el respaldo del asiento, girada hacia él, y Fred tuvo el impulso de besarle esos labios tan rellenos, lo que hizo con una lentitud que nada hizo para calmar la erección que se comenzaba a formar en su entrepierna.

Le hubiera gustado descender con ella y subir a su apartamento, pasar otra noche con Phil, disfrutar no solo de su cuerpo, sino también de su compañía, su inocencia y su frescura. Sin embargo, algo lo detuvo. Quizás fuera su consciencia, ese pequeño santo que estaba sentado en su hombro derecho.

Al pasar la puerta de su propia vivienda, aventó las llaves en una mesa de arrime junto a un perchero de pared. ¿Qué lo había detenido de pasar la noche con Phil? Simple. El no tener en claro qué demonios sentía ella por él, qué

significaban para la joven los encuentros sexuales que habían mantenido.

Debería dejarse de estupideces y moralidades y aceptar lo que se le ponía frente a él, como un dulce a un niño. Pero Fred no quería un caramelo que pertenecía a otro y menos que luego se lo reclamara y tuviera que entregarlo a regañadientes. Anhelaba uno que fuera solo suyo.

Se observó en el reflejo del espejo de su baño mientras se disponía a cepillarse los dientes. ¿Qué mierda hacía con Philomena? ¿Qué demonios se hacía a sí mismo? Enamorarse de una mujer que amaba a otro. «Muy buena jugada, Frederick. Eres un verdadero ganador», ironizó a su propia imagen.

Phil se metió entre las mantas de su cama y la sintió grande y vacía. Se sentó y se abrazó a sus rodillas. Le hubiera encantado pedirle a Fred que la acompañara esa noche, pero su corazón parecía un juego de ping-pong, sus emociones iban de un lado al otro, sin decidirse en cuál quedarse. No tenía en claro qué le sucedía con Fred ni si seguía palpitando por Robbie como había hecho hasta que todo ese embrollo se había desarrollado.

Suspiró con cansancio y, a pesar de todo, una sonrisa se esbozó en su rostro. Fred le había regalado una velada inolvidable, habían compartido charlas demasiado divertidas, sobre cosas insustanciales y tontas, pero que la habían aligerado. Fred, cuando se disponía, sabía cómo hacer sentir bien a una mujer, mostrarle afecto y galantería.

Por lo tanto, solo restaba que fuera ella la que deshiciera la maraña de hilos emocionales que había creado, separar cada uno de ellos y verificar cuál de esos se mantenía atado a Fred y si este arribaba a su pecho o no.

Capítulo 24

¿Cómo mierda había terminado en una cena en casa de los padres del ex de Phil? Era una especie de festejo por no sabía bien qué, lo que, de todas formas, lo tenía sin cuidado. Se trataba de una *petit manoir*, como no se cansaba de repetir la madre de Robert, para referirse a su casa estilo de Flandes francés, o flamenco, o no sabía bien qué, dado que la mujer era dada a hablar hasta por los codos.

Habían invitado no solo a familiares, sino también a amigos y vecinos, esa era la razón por la que la familia Pennyworth estaba invitada, puesto que correspondía a las dos últimas categorías. Los Johnson y los Pennyworth vivían en una casa junto a la otra, así que Phil y Robbie se habían conocido de toda la vida.

—Hey, hombre. —Juls, el hermano de Phil, le pasó un brazo por los hombros—. ¿Perdiste a la pequeña flor?

Sí, lo había hecho. En algún momento de la maldita velada, mientras él buscaba una copa para ambos en el amplio jardín, la había perdido de vista después de que habían danzado y reído en la pista de baile que se había armado bajo las guirnaldas de luces. Se había sentido flotar junto a ella y confiaba en que habían conectado como pareja.

Se encogió de hombros y miró en torno como por enésima vez a la par que avanzaba hacia la esquina externa de la parte posterior de la casa, junto con Juls.

—¿Te diviertes? —preguntó, de nuevo, el rubio—. ¿No? Pues yo tampoco. Somos los únicos por debajo de los cincuenta, ¿te has dado cuenta? —Juls era propenso a preguntar y contestarse él mismo, sin dar tiempo a su interlocutor a hacerlo—. Y yo que pensé que quizás podría conquistar a una bonita *mademoiselle*, pero creo que la prima más joven de Robbie me lleva unos diez años como mínimo —se carcajeó.

La risa de Juls murió en sus labios al detenerse en seco al igual que Fred. Ambos quedaron estupefactos observando la escena que se desarrollaba delante de ellos.

Frente a sus ojos, Robbie tenía a Phil entre sus brazos, reclinada hacia atrás, y debía haberse desmayado, dado que entre sus bocas no había ni un milímetro de separación. «Sin dudarlo, es una sesión de *CPR*», se burló su mente traicionera.

—Fred... eh, Phil... ella no... —balbuceó Juls.

Fred se volteó y, de un movimiento rápido, giró a su vez a Juls para luego arrastrarlo lejos del lugar.

—Tú y yo no hemos visto nada, ¿me entiendes? —masculló el pelirrojo.

—Pero... —Notó la perplejidad del que se creía su presente cuñado, pero poco le importaba a Fred. Solo no quería que su noviazgo de ensueño terminara hasta que la joven se lo dijera con todas las letras.

—Camina, Juls —lo instó sin soltarlo del brazo y tironeando de este—. Cierra la boca y, de esto, a tu hermana, ni una palabra. ¿Está claro?

—No te comprendo. Otro, en tu lugar, estaría gritando y repartiendo golpes por doquier. ¿Es que no tienes sangre en las venas o ella te importa poco como para...?

—¡Deja de decir idioteces! —Se detuvo de golpe—. Ella me importa —se le quebró la voz, por lo que carraspeó y repitió—: Ella me importa, Juls. Más de lo que quisiera. —Sonrió con pesar—. Y, a veces, hay que aprender a disfrutar lo que se nos otorga por un corto tiempo, a sabiendas de que es un instante regalado que quizás no nos pertenece, pero somos muy egoístas para

devolverlo o aclararlo. Solo quiero disfrutar de ese instante hasta que se den cuenta de que no es mío.

—Oh, viejo. Estás hasta los huesos. —Juls lo tomó por los hombros y le sonrió con simpatía—. Robbie es mi amigo, lo sabes, ¿cierto? Pero, de verdad, me gustas como cuñado. Me agradas para mi hermana, es solo que lo de ella y él data de mucho tiempo atrás.

—Lo sé. —Mierda, hasta el hermano de Phil no le veía perspectiva de futuro. ¿Y qué quería? Con lo que acaban de presenciar era obvio que no la habría.

Juls chasqueó con la lengua y le guiñó un ojo.

—Creo que su problema radica en que no concibe su vida sin él, pero eso no significa que siga enamorada. Solo que aún no sabe cómo diferenciarlo.

—¡Juls, eres toda una sorpresa! —bromeó el pelirrojo—. No te tenía por alguien tan profundo y filosófico.

—Ay, y eso que aún no te he mostrado mi lado más atractivo y seductor.

Phil se pasó el revés de su mano por los labios. Tenía los ojos anegados en lágrimas y sentía su boca hinchada. Nunca había sentido tal rechazo y jamás Robbie la había obligado a aceptar sus atenciones como esa noche. Él se le había acercado y se desbordó en alabanzas para con ella, en que había cometido un error, que se hallaba confundido y que la extrañaba.

Por un breve momento, Phil se había alegrado. Era todo lo que ella había querido escuchar desde que la había dejado. No obstante, fue una alegría efímera, que duró lo que una vela encendida en medio de una ventisca. Una especie de neblina la cubrió aún más, mareándola. ¿Qué es lo que sentía por ese hombre que había sido su todo hasta hacía unos meses?

Lo único que tenía en claro era que no había disfrutado de esos brazos que la habían apresado ni de esos labios que obligaban a los suyos a un beso no deseado. Quería escapar de él y, lo que la sorprendió aún más, fue la

imperiosa necesidad de correr al lado de Fred. Encontrarlo y refugiarse en él. Y eso mismo era lo que hacía: caminaba a paso rápido entre las distintas mesas redondas cubiertas con manteles en color crema que adornaban el jardín de la casa de la familia Johnson.

Hasta que lo vio. Conversaba con su hermano, ambos con una copa en la mano y reían sobre algo que Juls había dicho.

—Hola, chicos —saludó con voz temblorosa. La mirada dura de su hermano la sorprendió, esos ojos del mismo tinte que los suyos eran como dos lagos congelados, sin embargo, Fred se volteó hacia ella con una sonrisa. Aunque esta no era amplia ni le llegaba a la mirada. ¿Qué es lo que les ocurría? Phil sacudió la cabeza para sacarse las preocupaciones de la cabeza y se sumergió en la calidez que Fred le brindaba.

—Panquequito. —Fred le pasó el brazo por los hombros, la atrajo a su lado y le besó la cima de la cabeza. Un gesto tan simple como cautivador y consolador como ella precisaba—. Lo lamento, pero tu bebida se recalentó de tanto esperarte.

—Sí... es que...

—Seguro te entretuvieron esas odiosas tías de Robbie, ¿cierto? —salió a su rescate su hermano. ¿Acaso sabía lo que había sucedido? Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Juls era muchas cosas, pero no un mentiroso. Sí, salía con mujeres sin buscar nada serio con ellas, pero, hasta donde sabía, siempre había sido claro con cada una de sus amantes de turno acerca de sus pretensiones—. Son insoportables, Fred. Todavía no se han percatado de que hemos crecido y aún nos pellizcan los cachetes como a infantes y nos besuquean, dejando baba colgando de nuestros rostros.

Los tres rieron, sin embargo, a Phil las risas le parecieron en extremo forzadas. Pasó un brazo por la cintura de Fred para pronunciar el agarre que ya él mantenía sobre ella y escondió el rostro por un breve segundo en su hombro. Ansiaba que la abrazara y que la mantuviera allí.

—¿Bien?

—¿Qué? —preguntó, desconcertada.

—Que si estás bien, Phil —aclaró el pelirrojo reclinándose un poco para tener la vista a la altura de la suya.

—Quiero irme, Fred. Llévame a casa.

Esos ojos marrones parecían taladrarla y buscar desenmascarar cada uno de sus pensamientos. Profundos y directos, como dos puñales de color café, e intensos como el brebaje oscuro.

—Ve a buscar tu abrigo —contestó el creativo con una mueca que a Phil le pareció que le otorgaba a su expresión un semblante triste y apagado, pero o simulaba o ella estaba equivocada.

Mark apareció en la puerta de la habitación en la que se encontraba internada Sam.

—¡Mark! —exclamó, sorprendido, al no saber que iría.

Alex se elevó en un santiamén del sofá que había junto a la cama de su pareja y en el que se hallaba recostado. Sam dormía con placidez, aunque se la notaba pálida. Pero Mark sabía que ella mejoraba día a día y que pronto le darían el alta. Lo mismo sucedía con Myrtle, aunque la niña quizás debía permanecer por unas semanas más en el establecimiento.

—Quería hablar contigo sobre algo.

Alex observó por el rabillo a Sam y asintió al rubio.

—Salgamos y me cuentas qué te preocupa.

¿Preocupar? No era que estuviera preocupado, pero entendía por qué su amigo podía haber confundido su expresión. Mark estaba, más bien, intranquilo con lo que le pediría o de lo que fuera a pensar.

—¿Qué ocurre? —preguntó Alex. Mark mantuvo la cabeza gacha y escondió las manos en los bolsillos de su pantalón. Podía sentir como sus mejillas se teñían de rojo furioso, y una sonrisa algo avergonzada cruzó su rostro—. ¿Pasó algo con los planes de boda?

—¿Qué? ¡No! Eso sigue viento en popa, viejo.

Alex se encaminó a un *dispenser* de agua que había en una esquina. Sacó un vasito de polietileno, lo llenó y se lo tendió a Mark. Luego se sirvió otro para sí mismo.

—Me alegro. Me asustaste por un instante. —El moreno dio un sorbo al vaso—. Entonces, ¿de qué se trata? Sácalo de una vez.

—Pues... que hemos conversado con Key sobre algunas perspectivas de la ceremonia. —Prolongó el silencio sin atreverse a solicitar lo que tenía en mente y repasó el borde de su vaso con un dedo.

—¿Acaso ella quiere una religiosa? —aventuró Alex.

—No, en eso estamos de acuerdo —aseguró el rubio al sacudir la cabeza—. Ninguno es creyente, así que solo será una legal. Es que... quisiera solicitarte que... me entregues.

—Que te entregue, ¿qué? —Alex arqueó una ceja mientras se bebía todo el contenido del vaso.

—A mí. Que me hagas el honor de recorrer el camino hacia el altar conmigo.

La sonrisa que se dibujó en el rostro del moreno pronunció aún más el sonrojo de Mark.

Unas mujeres pasaron junto a ellos y ambos mantuvieron silencio hasta que desaparecieron por el otro lado del corredor.

—¿Acaso Key será quién te espere en el altar? —Mark notó la diversión en las facciones de su amigo, cómo las comisuras de su boca se elevaban apenas en una mueca que conformaba su sonrisa.

—Ambos seremos entregados —informó. Quería que comprendiera lo importante que era para él que su hermano del corazón aceptara, sin embargo, de sus labios solo salió una de las razones que habían discutido con Key. Pero mantuvo para sí la real, lo que significaba para él ser acompañado por Alex en ese tramo de su vida—. Hablamos sobre la igualdad de género y por qué ella debía ser la entregada al hombre, así que se nos ocurrió que ambos lo

fuéramos. Tú me entregas a mí y Jeffries, a ella.

—¿Jeffries? ¿Y Lawrence?

Mark se encogió de hombros. Lawrence era el padre de Keyla, aunque no había sido uno presente para su hija. Asimismo, había sido el jefe de ellos en su anterior empresa, al ser el presidente de Hayworth.

—Él concurrirá como un invitado más, si es que viene —informó Mark. Después de que habían renunciado, no habían quedado en buenos términos con el hombre—. Sabes que Jeffries ha sido más padre de Key que el viejo jefe.

—Cierto.

Jeffries era el anciano mayordomo de la casa de la familia de Keyla, quien había estado junto a la joven desde que había nacido.

—Y es su día, ella debe decidir qué es lo que la hará feliz —continuó el rubio—. Yo quiero que el evento sea tan especial como Key elija.

—Bien. Entonces, ¿debes ir de mi brazo hasta el juez de paz? —bromeó Alex, pero Mark notó la emoción en su voz. Alex era la persona más importante en su vida, al igual que Sarah, pero quién debía entregarlo debía ser él.

—Eso es. Yo me tomaré de tu brazo y caminaremos juntos...

—Como hasta ahora —mencionó Alex con una sonrisa más amplia.

—Y me entregarás...

—A tu felicidad, hermano. A tu felicidad. Supongo que no esperas respuesta, ¿verdad? Está más que claro que lo haré.

Alex le palmeó detrás del hombro, pero Mark lo aferró y lo atrajo a su cuerpo en un ceñido abrazo.

—Te amo, Alex. No sabes lo que significa para mí dar este paso contigo a mí lado.

Ambos hombres se observaron y la emoción bañaba sus rostros a la par que una sonrisa evidenciaba la alegría que les burbujeara por dentro.

Capítulo 25

—¡Dave! —Fred alcanzó al hombre parco de cabello y ojos oscuros. Le arrojó los brazos sobre los hombros y lo atrajo hacia él. Sabía que David odiaba el contacto, pero poco le importaba en ese momento al creativo.

—David, Frederick —remarcó como hacía siempre que alguien lo llamaba con algún diminutivo, solo Miranda tenía permitido nombrarlo como Davey. Aunque se había flexibilizado bastante y había veces en que le dejaba pasar a sus amigos el mote cariñoso.

—¡Te he extrañado! —exclamó el pelirrojo una vez que se separó del moreno.

David fijó la mirada en su oreja izquierda; como era usual, no hacía contacto visual, solo en contadas ocasiones y por un brevísimo lapso. E inclinó la cabeza hacia un costado.

—Nos hemos visto desde mi viaje —argumentó David.

—Ya lo sé, pero no lo suficiente. Aún no hemos concretado una reunión, Dave.

—Eso es cierto, viejo —aclamó Andy de espaldas, que aún se hallaba sentado a la mesa larga de trabajo en S&P—. Quedamos en que nos encontraríamos, pero solo retomamos nuestro juego en línea de los martes.

—Yo creo que estará bien —concordó David.

—¿Pasa algo? —preguntó Fred, y Andy se volteó hacia ellos en su silla giratoria, con el ceño fruncido.

—¿Qué sucede? —cuestionó también el hombre de ojos claros como el agua. Andy se elevó de su asiento y se aproximó al dúo.

—Keyla y Marcus se casarán —afirmó David, no obstante, no agregó mayor información.

—Así es —confirmó Fred, sin comprender a dónde se dirigía el pensamiento del ingeniero.

—¿Angela y yo deberíamos casarnos? —soltó, de golpe, David—. ¿No está mal que no la haga mi esposa?

Fred y Andy compartieron una mirada y una sonrisa.

—¡Ay, David! —dijo Andy, y le pasó el brazo por los hombros a David, quien se tensó aún más cuando Fred hizo igual desde su otro costado—. Tienes que proponerle matrimonio si es lo que sientes.

—Yo no veo que ella se queje de su estado actual, Dave —mencionó Fred—. Esa mujercita anda loca por ti y eso no cambiará porque le pongas una sortija en su dedo anular o no.

—Bien.

—Chárlalo con ella, ese es mi consejo —agregó Andy, y le dio un apretón al hombro por el que lo sostenía.

—Lo haré. Ahora, si pudieran desprenderse de mí...

Los creativos rieron y soltaron al ingeniero que tan rígido se había puesto ante su contacto.

Una vez que David se alejó en busca de su novia y el resto de los miembros del equipo no estaban demasiado cerca para escucharlos, Andy aprovechó para encarar a Fred.

—¿Qué demonios te pasa?

—¿Qué? —se desentendió Fred al encaminarse hacia la encimera donde estaban los elementos para preparar una infusión, parecía ser su lugar de encuentro para confidencias.

—Todo ese sentimentalismo tan de golpe con David. ¿A qué vino?

Fred se encogió de hombros mientras prendía el hervidor eléctrico,

rehuyéndole la mirada. Andy no era idiota. Había notado como al pelirrojo algo lo aquejaba en su interior, había esperado y esperado a que se abriera a él. No obstante, a diferencia de lo que mostraba, Fred era una persona muy hermética sobre sus problemas, al menos con los profundos.

—Fred, en serio, ¿estás bien? —Lo aferró de un hombro y lo volteó hacia él—. Ten presente que cuentas conmigo, somos más que meros compañeros de trabajo.

Fred aplanó las palmas en la mesada y se inclinó hacia delante, hundiendo la cabeza entre los brazos y relajando sus hombros.

—Lo sé, lo sé —contestó, aún con la mirada gacha, y esa gracia que tanto caracterizaba al pelirrojo había desaparecido. Eso molestó sobremanera a Andy, quería a su amigo de vuelta—. Solo que debo aclarar algunas cosas en mi mente antes de poder verbalizarlas.

—Es Phil, ¿verdad? ¡Mierda! Es como si el comienzo de Nick y Brian se reprodujera delante de mis ojos, viejo.

—Pero el resultado fue bueno, ¿cierto? —Esa vez, Fred sí le concedió sus ojos y la tristeza que encontró en estos le provocó una tirantez en el vientre al castaño.

Era como si su amigo ya supiera que su mano de cartas era la perdedora, pero apostaba todo a su *bluff*. Y se identificó tanto con él que, si no estuvieran en el trabajo, lo abrazaría. No era como si Andy tuviera una mujer en su vida por la que profesara profundos sentimientos, al menos no amorosos, pero era un buscador eterno del amor y en eso se parecía a Fred. Él no era tonto, había distinguido qué había detrás de tantas citas y noviazgos breves y frustrados del pelirrojo.

—Solo espero que el tuyo sea igual, no quisiera que tu corazón sufriera —mencionó y aceptó la taza que le tendió Fred con alguna de las tantas *blends* de hierbas para infusión que les traía Sam.

—Ay, Andy —rio el pelirrojo—. Tú y tus comentarios tan de las novelas que siempre lees. —Fred realizó una pausa y lanzó un largo suspiro—. Te

agradezco, Andy. Serás el primero al que le cuente qué sucede una vez que me aclare.

—Solo quiero que tengas en cuenta que estoy.

—Lo sé, siempre estás. Espero alguna vez estar así para ti. ¿Comprendes a lo que me refiero?

—Sí. —Esa vez fue el turno de Andy de suspirar—. Quizás se dé en alguna oportunidad.

Sin embargo, a pesar de pronunciar esa última frase, Andy tenía la ligera sospecha, o quizás fuera la certeza, de que no se encontraría en una situación similar en un futuro cercano. También había buscado y buscado enamorarse, caer así por alguien, y había tenido citas. La última había sido con Ange, la recepcionista de S&P y actual novia de David, y había sido un fiasco. Era horrible tener a un ser tan especial frente a uno y que el corazón decidiera no latir por ella, que las chispas no se encendieran y ni siquiera su maldito pene reaccionara ante su belleza. Por lo que también había descartado el continuar activo en el mundo de las citas.

Fred quería mantenerse alejado lo más que pudiera de Phil. Después de verla en los brazos de Robbie y que todo su ser se revolucionara de forma tal por proclamarla su mujer y arrancarla de ese tipejo. Sin embargo, no era suya, más lejano que eso. Era una novia prestada por un tiempo, y temía que la próxima vez que la viera ella pondría punto final a ese contrato maldito y que se había convertido en su trampa.

A pesar de su resolución de mantenerse apartado, se hallaba ante la puerta vidriada de Pétalos al viento luego de una larga jornada de trabajo. En cuanto la cruzó, la campanilla en lo alto de esta anunció su llegada. Phil le dedicó una sonrisa y una señal de que esperara, dado que se encontraba con un cliente.

El hombre hablaba y hablaba sobre su novia, para quien sería el presente floral. Fred se apoyó contra el mostrador y se perdió en sus pensamientos, con

las palabras del cliente de fondo. Amaba a esa mujer, tanto que dolía, y la perdería en breve. El idiota de su ex debía haberse dado cuenta de lo que dejaba ir, y no había mejor remedio para eso que cuando lo que uno disfrutaba ya lo hacía otro. Las personas tendían a valorar lo perdido, pero nunca lo presente.

Apoyó los codos en el mostrador y la barbilla sobre una de sus palmas.

Fred ya había perdido varias cosas en su vida y desde edad temprana, por lo que esta sería una más que se sumaría a la gran lista: no haber tenido padres ni familia adoptante que lo amara había sido lo más difícil de tragar durante su infancia y adolescencia. Pero aquel rebelde de cabellos rojizos que quería enfrentarse al mundo con una rabieta había quedado muy atrás. Aceptaría la pérdida con renovado estoicismo. O eso esperaba. Aunque el enfado que le bullía por dentro era complicado de contener y como un fuego ardiente que arrasaba con todo.

Una delicada mano se posó en su brazo y lo sobresaltó, trayéndolo al presente.

—Hola. —Ella se alzó sobre la punta de sus pies y le dio un beso en la mejilla. No obstante, Fred no se conformaría con ese breve saludo. La tomó por la cintura, la estrechó contra él y degustó su boca a consciencia y lentitud. La soltó, y ella se deslizó por su cuerpo hasta que sus pies tocaron el suelo—. ¿Qué te trae por aquí? —preguntó en un suspiro—. La campaña está dando frutos.

—¿Sí? Me alegro, conejita. —Ella descansó las manos en sus hombros y Fred se deleitó con la sensación de tenerla en sus brazos—. Había pensado... Veremos si te agrada la idea... Tal vez, visitar la nueva tienda sobre cuyo dueño se inspiró el *Soup Nazi* —los ojos azulinos resplandecieron y una sonrisa cruzó el rostro femenino— y quizás, luego, disfrutar de una película. La que tú elijas —se apresuró a mencionar.

Se sentía como un mendigo por unas migajas del amor de esa mujer, pero no le importaba. La quería en su vida, aunque fuera por tan solo unas horas más.

Sabía que le presentaba algo que ella ansiaba, conocer los sitios de su serie preferida, a cambio de que no rompiera con él. Casi deja salir la carcajada que le bulló por dentro. «Romper conmigo», el pensamiento traicionero, como si en realidad fueran una pareja.

Pasó los dedos por las cejas de un tinte más oscuro que el rubio de sus cabellos y siguió con su caricia hasta arribar a la pequeña barbilla. Quería memorizar cada partecita de ella, imprimirla en su corazón a fuego y no olvidarla jamás. La persona que había logrado que sintiera algo por dentro y que rellenaba ese vacío eterno que lo aquejaba, una mujer que lo había asaltado, por confusión, en un cubículo del baño de un bar. Una joven atrevida como inocente y sin ser consciente de su propio poder de seducción o, al menos, el que ejercía sobre él de manera tan completa.

La salida había sido genial. Phil se había entusiasmado al ordenar una de las tantas sopas que se ofrecían en el «The original Soupman», y más cuando Fred le había regalado una de las enormes tazas que rezaban la popular frase: «No hay sopa para ti». Después se encaminaron hacia el cine AMC sobre la cuarenta y dos oeste. Como él esperaba, Phil había elegido una comedia romántica que hasta le había hecho soltar algunas risas a él mismo; y se habían comido un gran balde de palomitas de maíz, del que no habían dejado ni las migas, y bebido una gaseosa tamaño gigante.

Fred se sentó en el borde de su cama, se volteó apenas para contemplar a la hermosa mujer desnuda con su cabello esparcido sobre su almohada, los labios rellenos y algo hinchados por los besos. La sábana la cubría desde debajo de sus senos, dejando estos a la vista, esplendorosos y tentadores.

Volvió el rostro y meditó sobre sus pasos a seguir. Había visto ese maldito beso entre ella y su ex, sin embargo, Phil en ningún momento durante la velada había sacado el tema a colación o el que pensara terminar con su trato.

Y la carne es débil, porque cuando ella sugirió que fueran a su apartamento, Fred no fue lo bastante fuerte como para negarse. Además, tal vez fuera la última vez que pudiera retozar con ella de esa manera.

—¿Fred? —La voz adormilada de la joven lo puso duro al instante.

Cerró los ojos y se preguntó como por enésima vez qué hacía con una mujer como Philomena. Una que era la clase de persona que daba su corazón a un solo hombre en la vida. Por lo que tampoco entendía qué hacía la joven en su cama.

Notó que ella comenzaba a elevarse, con seguridad preocupada ante su falta de respuesta. Por lo que se arrodilló sobre al lecho y se volteó hacia Phil.

—¿Sí, cariño? —Conjuró su sonrisa más cautivadora y gateó hacia ella.

—¿Ocurre algo? —No quería mentirle, por lo que solo rozó sus labios con los femeninos como un pequeño aleteo de un gorrioncillo que comenzaba a volar, le pasó los dedos por el cabello y le sonrió antes de profundizar el beso y disfrutar de la dulzura que se le abría.

—Me encanta como tus amigos se tratan como hermanos —comentó Phil, medio adormilada, acurrucada en contra su torso después de otra sesión de sexo que había drenado las energías de ambos.

Fred ciñó el abrazo sobre ella y le besó la cima de la cabeza que descansaba sobre su pecho.

—Son mi familia.

—¿La única que tienes?

—Mi niñez no fue mala, pero tampoco tuve nunca experiencia de familia. Cambio de hogar en hogar cada tanto, como ya he mencionado, y agradezco que los chicos me adoptaran. Los amo y estoy seguro de que ellos no tienen idea de lo que han hecho por mí.

Phil se sorprendió por la profundidad que había ido descubriendo en Fred, quien siempre se mostraba ligero o un total cretino al pedirle que fuera casi su sirviente. Y con esos pensamientos antagónicos se durmió acunada en los brazos del hombre que tan mal la había tratado tan solo un tiempito atrás.

—Conejita.

Phil gruñó, se volteó boca abajo y se tapó la cabeza con la almohada. Algo se sentía diferente, no podía precisar qué, pero el colchón no era como el suyo y los aromas tampoco eran los propios. Los ojos se le abrieron de par en par, no era su apartamento, no era su cama ni su almohada...

—Vamos, cariño. Se enfría.

Se alzó de golpe y casi choca con la bandeja que Fred traía en sus manos y que tenía junto a ella. Los recuerdos volvieron a su cabeza en tropel. Se habían divertido tanto, la había llevado a conocer otro de los sitios emblemáticos de comida que aparecían en *Seinfeld*, habían visto la película que ella había escogido, la más melosa que encontró en cartelera, y él había aceptado sin chistar. Luego, ella había sido la de la sugerencia de ir al apartamento masculino. Quería aclarar lo que sentía por él, a qué se debían sus tantas dudas y la revolución emocional que la atacaba cada vez que lo tenía cerca. ¿Y qué mejor que conocer el lugar más íntimo de una persona? Su hogar.

Por lo que recordaba, era un apartamento sencillo, con *living*, habitación, concina y baño. Estaba decorado al mejor estilo de un hombre, austero, práctico y cómodo. Sin demasiados adornos ni elementos que necesitaran mantenimiento o limpieza extra. El edificio era uno de esos antiguos reciclados a nuevo en su interior, construido en la típica *brownstone*, roca arenisca de color oscuro debido a la gran cantidad de hierro en su composición.

—¿Qué es esto?

—Mis habilidades culinarias: tostadas y café. Ah, espera, también exprimí unas naranjas —bromeó, y su expresión entre divertida y avergonzada la caldeó de una manera inimaginable. Era adorable.

¿Adorable? ¿Desde cuándo? Desde que había dejado de ser un cretino y... habían profundizado la relación entre ellos, confundiendo los límites entre la mentira y la verdad.

A pesar de que era un desayuno simple, se notaba el esmero y, además, era la primera vez que alguien la despertaba de aquella forma, que alguien se

hubiera tomado el trabajo de sorprenderla como él lo hacía. Si era sincera, su madre le había traído el desayuno a la cama más de una vez, pero ella no contaba.

—Se ve delicioso.

—¡Mentirosa! —Rio por lo bajo—. No tengo mucho para esparcirles encima. ¿Jalea estará bien? Ten en cuenta que soy hombre y vivo solo, mi refrigerador contiene tres elementos como máximo y nunca podría asegurar que no hubieran expirado.

—Jalea es ideal. —Pasó sus dedos por la barba incipiente de un día en su mandíbula, de un pelirrojo más intenso que el de sus cabellos. Todo él tenía ese tinte, se sonrojó al descender su mirada por su pecho aún desnudo y cubierto por un ligero vello cobrizo, y el color en sus mejillas se intensificó al pensar en los que tenía más abajo.

—Come, conejita. Luego, toca una ducha y salir para nuestros respectivos trabajos.

¿Trabajos? ¿Qué hora era? Abrió los ojos como platos al constatar que en menos de una hora debería estar abriendo Pétalos al viento.

Él posicionó la bandeja sobre las rodillas de Phil y se acomodó frente a ella. También había traído una taza para él. Se alimentaron en un silencio que, lejos de ser incómodo, era apacible y relajante. Phil no podía evitar que sus ojos se escaparan hacia el rostro falto de afeitado del hombre con su cabello algo rizado despeinado y sus ojos picarescos.

¿Dónde había quedado el tipejo que le había demandado ser su perrito faldero y servirle como una esclava?

—¿Paso por ti al finalizar el día? —preguntó él, y le dio un sorbo a su café. Ella respondió con una sacudida de la cabeza.

—Vamos a juntarnos con las chicas. Ayudaremos a Key con su vestido, aunque creo que ella ya lo tiene en su mente, solo tendrá que buscar uno que se iguale al de su imaginación.

—Oh, bien. —La mirada masculina se apagó apenas, pero lo suficiente para

que Phil lo notara, como también distinguía el aire de soledad que emanaba. Uno que parecía tratar de ocultar, pero que se filtraba cada tanto si se estaba atento—. Claro, la boda ya se acerca. Sé por Mark que el lugar ya está reservado, por suerte consiguieron la fecha que deseaban, o tal vez la escogieron en base a la disponibilidad del sitio.

—¿Mañana? —sugirió ella mientras esparcía la jalea sobre la tostada.

A pesar de que a Fred le encantaba comer —se había percatado de que se conocía casi todo restaurante de la ciudad y que era lo mejor que servían—, no comía nada en el desayuno. Tan solo bebía su café a pequeños sorbos.

—Perfecto. Entonces resérvame tu noche de mañana, conejita.

—Fred, ¿podría ser algo tranquilo? ¿Como venir aquí, ver una película y pedir comida a domicilio?

—Lo que tú quieras.

Phil tomó las mejillas entre sus manos y se deleitó con la comezón producto de las aspereza. Rozó los labios más delgados, apenas, como una pequeña cosquilla.

Las facciones del creativo aparentaban ser contentas, sin embargo, había algo allí que las desmentía. ¿Qué era? Algo había cambiado entre ellos desde la cena en la casa de su ex y no sabía qué era. Quizás era ella la que estuviera distinta desde que Robbie le había confesado sus ganas de que volvieran como pareja y la besara.

Lo que no entendía era qué era lo que la detenía en aceptarlo de vuelta. ¿Acaso no era lo que tanto había querido hasta ese instante? Pero al posar sus ojos en los marrones, ya no estaba tan segura de que así fuera.

Capítulo 26

—¡Mamá! —exclamó Phil al contemplar a su madre detrás de la puerta vidriada de su negocio.

Su padre empujaba su silla de ruedas, pero no la sorprendía que él apareciera, sino que su madre lo hiciera. Desde que había sufrido el último brote, un episodio de aparición de nuevos síntomas neurológicos, casi no había dejado el hogar de los Pennyworth.

—Hola, cariño.

Phil saltó de la banqueta detrás del mostrador, lo rodeó y se apresuró a besar la mejilla, aún tersa y lisa, de su madre.

Su padre se despidió con la excusa de tener que adquirir algunos materiales para la reforma que realizaban del baño principal. La sonrisa en el rostro de Phil flaqueó al igual que la de su padre, esas remodelaciones que hacían cada tanto significaban que su madre empeoraba y que cada vez necesitaba más ayudas externas y cuidados.

—Hacía mucho que no venía por aquí y quería ver cómo iba el negocio, más aún, después de todo lo que nos ha contado tu novio sobre la campaña que implementarían.

Hablaron un rato largo, entre cliente y cliente que entraba en la floristería, sobre cómo había crecido el negocio en el último tiempo por ayuda de Fred y sus amigos. No era que fuera aún un éxito, pero las ventas se habían incrementado y, por ende, las ganancias. Fred le comentó que debían esperar

un plazo para poder considerarlo un emprendimiento rentable y confiable. Se impresionaba sobre la seriedad que él adquiriría cuando se ponía en modo trabajo.

Teniendo la mirada clara de su madre frente a ella, sus labios se movieron como por cuenta propia y soltó lo que tanto la contrariaba en los últimos días.

—Robbie quiere que volvamos.

La sonrisa de su madre se congeló y, como si fuera un cubito de hielo bajo pleno sol de julio, comenzó a derretirse.

—¿A qué te refieres? Él tiene una nueva novia.

—Lo sé. —Suspiró y se sentó en una de las banquetas, por lo que quedó a mayor altura en comparación con su madre—. Pero dice que su noviazgo ya está terminado, que cometió un error y que siempre me amó. Solo que estaba confundido.

—¿Cuándo ocurrió todo esto?

—En la cena de los Johnson —confesó y rehuyó esa mirada del mismo tono que la suya, porque no quería que su madre descubriera que había besado a su ex, que, de cierta forma, le había sido infiel a su novio. Infel entre comillas, dado que no eran novios en realidad. Claro que Beatrix Pennyworth eso no lo sabía.

—¿Tú que sientes, amor?

—¡Ay, mamá! —Phil se bajó de su asiento y se arrodilló junto a su madre. Apoyó la mejilla sobre las rodillas delgadas y huesudas y permitió que le peinara el cabello como cuando era niña—. No sé qué hacer. Robbie es el amor de mi vida, siempre he estado enamorada de él..., pero...

—Apareció Fred —concluyó su madre con una sonrisa—. Y los sentimientos ya no son tan plenos, ¿verdad?

—Él es una persona dispar. En algunos momentos es... —Se detuvo, no tenía muy en claro cómo describirlo. El creativo se le presentaba como una persona y, al segundo, era otra; era tan antagónico.

—¿Cómo es, amor?

—Horrible.

—No comprendo. ¿Acaso te ha hecho daño? —Phil notó la tensión en la mano que acariciaba su cabeza.

—No, eso nunca, mamá —se apresuró a corregirla con una sacudida de su cabeza—. Es solo que es demandante y exige cosas más allá de lo normal; y en otras ocasiones, es una persona maravillosa, considerada, cariñosa...

—Te voy a decir lo que veo cada vez que tengo a ese muchacho en frente, Phyllis. Distingo su soledad y una necesidad tan grande de afecto que dan ganas de envolverlo en tus brazos y prometerle que uno lo querrá a pesar de todo. Creo que esto último se relaciona con esas exigencias que él tiene. Quizás es tanta su falta que, cuando nadie se lo da voluntariamente, lo demanda.

Los ojos de Phil se empañaron porque se había percatado de algo similar cuando estaba con él. A veces, lo imaginaba como ese niño solitario que debió haber sido, que sus padres no valoraron ni eligieron quedarse, que ninguna pareja escogió adoptar y que ninguna familia sustituta supo amar.

—No sé qué voy a hacer.

—Seguir tu corazón —indicó su madre con sabiduría a la par que retomaba las caricias a su cabello—, es el único que tiene la respuesta, Phyllis.

—Me pasan cosas con Fred, pero siempre quise volver con Robbie.

En medio de la última frase, la campanilla a su puerta había sonado y, cuando Phil giró la cabeza, se encontró con una atónita mirada violácea.

—Eh... hola, venía a definir algunos temas en cuanto a las flores antes de ir por el vestido, que, por cierto, pasa para mañana.

—¡Keyla, hola! —exclamó un poco histérica ante verse hallada *in fraganti*—. Claro.

—Mira, ahí justo llega tu padre a buscarme —agregó su madre. La presentó con Key, se saludaron, al igual que su padre, y, en pocos minutos, la dejaron sola con la joven de cabello acaramelado.

—¿Quieres que veamos tipo de fl...?

—Escuché lo que comentabas —mencionó Key en un tono duro y cortante—. ¿Vas a romper con Fred?

—Es complicado, Key. Fred y yo...

—Fred es un buen chico y nunca lo hemos visto con ninguna otra mujer como contigo —interrumpió la joven que vestía una túnica blanca y con ramas en diferentes tonos de verde.

—¿Nunca? —se le escapó a Phil—. Eso no viene al caso...

—¿Y qué es lo que sí viene? —Esos ojos violáceos echaban dardos mortíferos y Phil se alegró de que hubiera personas así en la vida del pelirrojo. Por lo que sucumbió ante el impulso y se abrazó a la futura novia—. Gracias, Key. No sabes lo importante que eres para Fred.

—No... no comprendo —respondió la joven, atónita, ante el gesto de la florista.

—No importa —contestó con una amplia sonrisa—. Sé que estás enfadada conmigo, pero solo quiero que sepas que no lo engaño. La relación entre nosotros es particular y hay cuestiones difíciles...

—¿Lo amas? Lo siento, no es mi asunto o tal vez sí, porque Fred es mi amigo, uno de los mejores que tengo, y no me gustaría que saliera lastimado, Phil.

—Yo tampoco lo quiero. —La pregunta quedó resonando en su mente: «¿Lo amaba? ¿O acaso a quien amaba era a Robbie?». Las respuestas no acudieron a sus preguntas, tenía su cabeza o, más bien, su corazón hecho un embrollo.

—Bien. Habiendo aclarado ese tema, no diré advertencias ni amenazas si llegas a lastimarlo...

—Entiendo el punto. —Vaya, Keyla podía ser temible cuando se lo proponía, solo esperaba no tener que enfrentar nunca la furia de la futura novia.

—Perfecto. —Key esbozó una sonrisa, como si la breve y tensa conversación nunca hubiera ocurrido—. Ahora, con respecto a las flores, ¿qué me sugieres?

Phil la observó con detenimiento, era como si le hiciera una radiografía a su alma. No toda flor iba con cualquier persona, había características de personalidad que sugerían alguna especie floral más que otras.

—Flores silvestres con aromas intensos. Arreglos descontracturados y algo poco organizados.

—Nardos, debe haber nardos. Es un pedido específico de Mark.

Terminaron otro episodio de *Orange* y Ange no pudo evitar volver a derramar lágrimas, como cada vez que disfrutaban de esa serie animada japonesa.

—¿Angela?

Ange se giró hacia David. Ambos estaban sentados en el sofá del *living*, que anteriormente había sido el apartamento del ingeniero, pero que desde hacía un tiempo compartían junto con la hija de ella, Miranda.

—Lo siento —se disculpó Ange mientras se enjuagaba la humedad de sus mejillas con el revés de su mano—, siempre termino en llanto cuando finaliza, pero estoy bien.

—Marcus y Keyla van a casarse —soltó David de golpe.

Él mantenía la mirada al frente, sin embargo, Ange ya se había acostumbrado a conversar con él sin que conectaran la vista, aunque desde hacía un tiempo, él fijaba los ojos en ella más seguido que al comienzo.

—Lo sé.

—Hablé con Frederick y Andrew sobre la boda y dicen que debo hablar contigo.

Ange frunció el ceño. ¿Tal vez querían encargarle alguna tarea? ¿Quizás sobre cómo debía vestir David?

—¿Acerca del casamiento de Key y Mark? ¿Sobre el regalo o vestimenta?

—No, no y no —respondió David a cada pregunta, y ella pudo notar la frustración en él, le era difícil hacer entender sus sentimientos o sus ideas en algunas ocasiones.

—No comprendo.

—¿Deberíamos casarnos?

La pregunta la tomó desprevenida y, por unos segundos, no supo qué contestarle. Se arrodilló sobre el sofá y se volteó hacia él.

—David, ¿tú quieres casarte conmigo?

—Yo... quiero que seas feliz.

El corazón de Ange tamborileó como un recital de percusión. David podía parecer frío como el hielo, pero era un dulce por dentro, solo había que descubrirlo. Y por ello, Ange estaría eternamente agradecida con su hija por haberla obligado a conocer al David que se escondía en el interior del hombre.

—Amor, ya lo soy. —Ella tomó el rostro masculino entre sus palmas, cuidándose de no voltearlo hacia ella. Sabía cuánto él odiaba que lo obligaran a hacer contacto ocular—. No hace falta que nos casemos, debes decidir si es lo que quieres.

—No quiero que te vayas.

Los ojos pardos voltearon hacia ella por un breve segundo, pero fue suficiente para que las emociones de Ange despegaran como un cohete. Se abrazó al cuello del ingeniero y escondió el rostro allí. David ya se había acostumbrado a su tacto y a las demostraciones de afecto sin que tuviera que anunciarlas previamente.

—Un papel no me mantendrá ligada a ti más de lo que ya lo estoy —susurró—. No deberías temer que me fuera, eso nunca sucederá. David, si eso te hace estar más tranquilo, podríamos casarnos. —Le dio un breve beso en los labios—. No ya, solo ir pensándolo con tiempo. ¿Quieres hablarlo con Craig o tu terapeuta?

—¿Está bien si lo hago? —Él le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado.

Esa vez fue él el que hundió la nariz contra su cabello y acarició su cuello. Ella sabía que él amaba su aroma y era algo que la desarmaba cada vez que se

lo decía, al igual que cuando reverenciaba la cicatriz horizontal por encima de su pubis.

—¡Ay, David, claro que sí! No te desharás de mí tan fácil. Te amo, ¿comprendes?

Él apartó el rostro y le ofreció ese bosquejo de sonrisa algo tímida que a ella tanto encantaba. Lo aferró por el cabello y unió sus labios a los masculinos en un beso, demandante y ardiente, para luego pasar una pierna por su regazo y sentarse a horcajadas sobre él.

Capítulo 27

Phil se apresuró. Llegaba tarde a la cita con las chicas a la prueba de vestidos de novia. Habían quedado en reunirse en la esquina de la treinta y ocho y la séptima, donde se hallaba uno de los locales de BHLDN, quienes tenían toda una línea bohemia.

—Lo siento —jadeó—. Se me hizo tarde, un cliente en el último minuto —justificó.

Ya se encontraban todas allí: Key, Charlie, Mor, Ange y Sarah. Con esta última, la hermana de Alex y Mark, no se había cruzado en las tantas veladas compartidas con los amigos de Fred. Al tener dos niños pequeños, no salía demasiado y, además, como su marido era médico, a veces él se encontraba de guardia. La única que parecía faltar era Samantha, quién aún se hallaba en el hospital.

Ingresaron y una asistenta las llevó hacia el lugar donde verían a Keyla desfilando con los diferentes atuendos. A la futura novia se la notaba algo nerviosa y ansiosa. El primero con el que salió era un hermoso vestido con escote en V, delicados breteles estilo spaghetti y una falda etérea en chiffon con flores bordadas de color marfil. Estaba preciosa, sin embargo, el rostro de la joven decía que no estaba conforme con la elección, por lo que ingresó de nuevo al vestidor por otro modelo.

El siguiente era un diseño de Jenny Yoo, quién fuera, Phil no estaba muy al tanto de diseñadores, pero parecía que tanto Key como Charlie, sí. Se trataba

de un ejemplar en color blanco sin mangas, escote en V también, que derivaba en una falda aireada con corte A y una espalda apenas cubierta con unos botones ascendentes por la columna.

El próximo variaba a un tono champagne rosado, con un top adornado en pedrería estilo *vintage* y una ligera falda de tul. Un modelo en extremo romántico y que hacía que la joven pareciera salida de un cuento de hadas. Luego fue el turno de uno con hojas, enredaderas y flores bordadas y lentejuelas que envolvían un corpiño con cuello en V ajustado, breteles finos y una falda de tul en un tinte ostra. Se sucedió un vestido tras otro, no obstante, Key no se decidía por ninguno.

—Querida, ¿no has encontrado alguno de tu agrado? —preguntó Charlie al tomarla de la mano.

—Creo que no son de tu estilo, son demasiado convencionales —añadió Sarah.

—Serios —afirmó Ange—. Son preciosos, pero no parecen ir contigo, Key.

—¿Tal vez tengas uno en la mente y no lo has hallado aquí? —aventuró Phil, y cada una de las muchachas se giró hacia ella.

—¿Es así, Key? —cuestionó Morrigan.

Se elevaron del asiento desde donde la observaban y rodearon a la joven de ojos violáceos, quien bajó la mirada y sonrió apenas.

—¡Oh, vamos! —exclamó Charlie entre risas—. Tienes algo elegido, ¿cierto?

—Quizás —mencionó Key, y se asemejaba a una niña con aquella expresión soñadora.

—¡Muéstranos! —pidió Mor, y las demás se hicieron eco.

—Es que no es una casa que se encuentre en Manhattan.

—¿Pero...? Intuyo un «pero» por ahí —acotó Sarah al palmear sus manos.

—Se puede ordenar en línea y que te envíen los modelos para probarlos.

—¿Y a qué esperas? —inquirió Phil con cierta timidez—. Si está el que te gusta...

—¡Tengo mi iPad en la cartera! —exclamó Sarah, y Phil podría jurar que hasta había dado un saltito—. Vamos a una cafetería y vemos los modelos.

Terminaron en un pequeño café, acogedor y con un estilo algo retro, a dos cuadras del local, que recientemente había heredado Quinn de su padre y a quien Morrigan conocía. La joven barista era la que se encargaría del pastel, dado que esa era su especialidad.

—Ahora, Key, busca tu vestido —dijo Sarah al tenderle su iPad.

Key se mordió los labios y parecía que meditaba si hacerlo o no. No obstante, tomó la tableta y buscó la página web de la tienda Dreamers & lovers, donde se vendían los modelos que había visto. Abrió en varias pestañas los vestidos que había considerado.

—¡Oh, cariño! Son preciosos —exclamó Sarah al sacarle el dispositivo de las manos.

—¡Déjame ver! —exigió Mor y le robó el iPad.

—¡Ahora, yo! —pidió Ange y, después de Charlie, llegó el turno de Phil y ella solo pudo imaginarse a Key con cada uno de ellos como una hermosa princesa de un bosque encantado, más con la figura tan estilizada de la joven. La variedad de telas, desde chiffon hasta tejidos al crochet, le conferían a cada uno algo especial, un estilo romántico, griego o principesco, y un aspecto etéreo, sensual o elegante.

Pasó de uno en otro hasta que arribó al último.

Era precioso y sensual. Se trataba de un modelo Anais, con una malla de encaje sin mangas, y escote en V en el frente y uno más pronunciado en la espalda. La estructura abrazaría de forma suave el cuerpo de Keyla y le resaltaría las curvas suaves de su figura. Detalles de encaje, ubicados de forma estratégica, y bordados de algodón le darían un aspecto seductor y etéreo, como la de un hada picaresca.

Las mujeres discutían cuál sería el adecuado para Key, pero la decisión parecía muy difícil. Todos eran preciosos, sin embargo, los ojos violáceos se detenían más en uno que en otro al pasar de pestaña en pestaña.

—Dinos tu preferido —sugirió Phil al entregarle la tableta a la joven.

La sonrisa que Keyla le dedicó fue inmensa y resplandeciente. La mujer de cabellos acaramelados asintió con reconocimiento y le guiñó un ojo.

Tomó el artefacto y seleccionó la ventana donde se veía el último modelo abierto, el Anais.

—¡Oh, te verás hermosa, cariño! —comentó Charlie con genuino entusiasmo.

—¿Lo crees? Es que soy muy plana y...

—Tienes un cuerpo de ensueño —dictaminó Phil sin pensarlo y con un suspiro. De inmediato, varios pares de ojos se posicionaron en ella.

—Tú también lo tienes —afirmó Key—. Tienes unas curvas deliciosas, no sabes lo que daría por tener algo más de voluptuosidad. —Phil no podía estar más que sorprendida. Para ella, Key tenía el físico perfecto: estilizado con curvas sutiles, pero esos ojos violáceos no mentían. La joven envidiaba las formas que Phil tanto había intentado eliminar a base de dietas infructuosas, y las otras chicas asentían ante las palabras de Key.

Un silencio algo incómodo se produjo en la mesa. Para ella, esas cuatro mujeres eran tan preciosas, todas de diferentes estilos en cuanto físico, personalidad y forma de vestir, pero hermosas en su totalidad, y que ellas la consideraran de igual manera la sorprendía. Parecía que no importaban las medidas, una siempre podía estar insegura de su contextura.

—Bien, haz el pedido —ordenó Ange—. Deja de pensártelo tanto y solicita los tres que más te gustan, aquí dice que es la cantidad que te enviarán.

Keyla eligió el primero en blanco, el segundo en tono marfil y el último también en blanco con forro en natural, aunque Phil sospechaba que este se llevaba las de ganar.

—En preguntas frecuentes dice que en un par días los tendrás aquí —informó Mor, y el entusiasmo bañó la expresión de cada una de ellas.

Phil no pudo menos que imaginar su vestido de novia ideal: uno en estilo princesa con cintura alta, conformado en tul y encaje bordado de mangas

largas y en color blanco, con escote corazón debajo del encaje y cola de capilla. Solo que cuando quería pensar en Robbie en el puesto de novio, no lo conseguía, sino que aparecía uno de cabellos rojizos y rizados y ojos marrones en su lugar. Fue tan desconcertante, por lo que se concentró en la conversación que se daba entre las mujeres sobre si Sam llegaría a estar presente a la boda.

—Sí, Alex le confirmó a Mark que, si sigue evolucionando así, pasado mañana ya tendrá el alta y, quizás, en unas semanas más, también la tenga Myrtle —informó Key.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Mor, y Ange hizo eco de la misma frase.

La única que no estaba sorprendida era Sarah, quien ya sabía de la fecha aproximada de la salida del hospital de su cuñada.

Por último, Key sacó de su cartera de todos colores, como un arcoíris, unos sobres en papel madera que entregó a cada una, dentro había una tarjeta hermosa conformada en material reciclado con el bosquejo de unas hermosas flores de nardo unidas por sus ramas y hojas en el borde. En el centro, indicaba el día, horario y lugar de la ceremonia y fiesta posterior, y en la parte superior, el nombre de ambos novios. Era muy simple, pero romántica al mismo tiempo.

Fred había invitado a sus compañeros de S&P y de juegos en línea a cenar a su casa. Tan solo unas pizzas, hechas en masa de harina integral y una sin mozzarella especialmente para David, que no consumía nada de lácteos o, al menos lo intentaba, dado que llevaba una dieta rigurosa. Estaban acomodados entre el sofá de tres cuerpos, el sillón en diagonal a este o en el suelo alrededor de la mesa ratona.

—Te ves mal, Xav —mencionó Andy, algo que el resto había notado ya.

—Es cierto —concordó Nick—. Horrible, con manchas oscuras bajo los ojos.

—Cuando tengan un niño de menos de un año, volveremos a hablar —

comentó el rubio, cansado y malhumorado—. Apenas duermo un par de horas.

—No te quejes tanto, no sabes la suerte que tienes —argumentó Nick con voz apesadumbrada, por lo que todas las miradas se enfocaron en él.

—Suelta, viejo. ¿Qué ocurre en el paraíso? —preguntó Fred.

Nick emitió un suspiro y se acomodó algunos mechones de su cabello por detrás de una oreja.

—Brian y yo estamos en una meseta. Hasta que no hable con sus padres, parece que no avanzamos. Ni casamiento ni adopción en puerta.

—Eso es una mierda —afirmó Andy. Fred sabía que el castaño odiaba la situación en la que se hallaba Nick, no por nada eran mejores amigos. Además, él había hecho mucho por la relación de esos dos hombres.

—Brian debe sincerarse con sus padres y tomar responsabilidad por sus acciones —comentó David, y el resto quedó sorprendido por la opinión tan clara que brindó—. Es solo lo que pienso.

—Y está bien, David. Así debería ser —acordó Nick con mirada triste.

—Hey, cambiemos de tema —sugirió Fred al notar como la velada adquiría un aire negativo—. No creo que a nuestro amigo le haga feliz que escarbemos en este tema, salvo que así lo quieras, Nick.

—No, tienes razón. Es algo que deberé resolver con Brian. Si seguir esperando o...

—¿O qué? —cuestionó Andy en un tono alto—. ¿No pensarás...?

Los ojos del pelilargo se empañaron y sacudió la cabeza de un lado al otro con una sonrisa algo forzada.

—¿Cómo podría? Lo amo demasiado como para tan solo pensarlo, pero no saben lo que duele seguir en este ocultamiento y que los tantos proyectos que nos propusimos queden en la nada.

—Oh, ven acá. —Fred le pasó un brazo por los hombros al tenerlo a su lado y le besó la cima de la cabeza. El hombre se amoldó a su costado y se dejó consolar. A ninguno le molestó la muestra de ternura demostrada por dos seres del género masculino, no era algo que les fuera ajeno, dado el cariño que fluía

entre todos ellos.

—Cuentas con nosotros siempre, Nick. Lo sabes —comentó Fred.

Nick asintió y sorbió por la nariz para luego separarse del pelirrojo y mostrar una sonrisa amplia.

—Cómo amo esta familia que nos ha dado la vida —mencionó el pelilargo, emocionado.

—Brindemos por eso —sugirió Xavier.

—Ah, pero no antes de que Fred nos cuente sus pormenores —comentó Nick—. También nos hemos dado cuenta de que algo te tiene a mal traer, en esta familia no podemos engañarnos, ¿cierto?

—Cierto —acordó Fred, aunque por dentro maldijo el no poder mantener la máscara ante ellos—. Phil y yo... tampoco andamos sobre ruedas, por decirlo de alguna manera. —Conectó la mirada con la clara de Andy, notó la seriedad en su amigo y agradeció su silencio.

—¿A qué te refieres? —quiso saber Xavier.

Fred acomodó los codos sobre las rodillas y enlazó las manos, dejándolas caer entre sus piernas.

—Pues, me enamoré como un loco de esta joven que aún está enganchada con su ex. No hay cosa que haga que parezca poder borrar la impronta de ese tipo.

—¿Ese que apareció en Chesterfield y por el que todos actuaron tan raro? —inquirió David con el rostro inclinado hacia un lado y la mirada perdida en la pared detrás de Fred.

—Ese mismo, Dave.

—David —recordó el moreno en vano.

—No puedo creerlo, con lo inteligente que se ve Phil —señaló Nick al negar con la cabeza y chasquear con la lengua.

—Ya ves —acotó Fred, y le dio un sorbo a su cerveza para concluir—: La inteligencia nada puede hacer contra los designios del corazón.

Capítulo 28

Phil tenía todo listo para subir a la camioneta que había contratado para transportar todo lo necesario al sitio donde tendría lugar la boda de Key y Mark. Habían transcurrido un par de semanas desde que la joven había escogido su vestido definitivo y ya había llegado el gran día. Por lo que Phil verificaba que las flores para los centros de mesa y las que adornarían el ambiente estuvieran listas, cuando la campanilla a la puerta de Pétalos al viento sonó.

Al voltearse y constatar de quién se trataba, quedó estupefacta. ¿Qué demonios quería ahora?

—Hola, Phyllis. ¿Ocupada? —preguntó Robbie al encaminarse hacia ella.

—Ya ves que sí —contestó con sequedad y sin dejar de contabilizar las diferentes flores en tonos blancos—. ¿Qué quieres?

—Pasaba por aquí y se me ocurrió ver qué tal iba el negocio.

Se lo notaba nervioso, pero no tenía tiempo para detenerse en él. Debía tener todo preparado para salir en unos pocos minutos.

—Creciendo. —Después del encuentro en casa de sus padres y el beso que él le había impuesto, no tenía ganas de intercambiar palabra con Robbie.

—Phyllis, escúchame un segundo. —Ella suspiró y se giró. Él la sorprendió al tomarle las manos en las suyas y, más aún, por la expresión de arrepentimiento en su rostro—. Cometí un error, amor. Yo... te extraño. Extraño lo que teníamos. Shhhh. —Robbie alzó un dedo y se lo puso sobre los

labios—. Déjame terminar. Sé que mandé todo a la mierda y que toda la culpa es mía. Pero... lo que tú y yo teníamos era algo especial y quiero recuperarlo.

—¿Tu novia? —preguntó, confundida con los mensajes contradictorios que le enviaba su corazón. Latía con locura, pero no entendía si por Robbie o por la sorpresa de sus palabras que se oían sinceras.

—Terminé con ella, le conté la verdad. Que aún sigo enamorado de ti.

—Robbie...

—No me digas que es tarde —pidió, y Phil pudo oír la desesperación en su voz—, no puede serlo para nosotros. Hemos estado juntos...

—Desde siempre —finalizó por él.

Se habían puesto de novios en el secundario, cuando él tenía diecisiete y ella, quince. Él le había dado su primer beso y ambos habían perdido la virginidad juntos. No era fácil de dar vuelta la página al primer amor y menos uno que lo había sido todo para ella.

—Así es, amor. Desde siempre, por lo que no es algo que pueda morir tan fácilmente. Solo dame otra oportunidad.

—Yo, no sé, Robbie.

—Solo piénsalo, Phyllis. Solo eso te pido.

Ella asintió y se desligó de las manos masculinas. Robbie le dio un beso en la mejilla y, con una sonrisa, se despidió.

Fue un encuentro breve, pero significativo como para dejarla tambaleando y confusa. ¿Y en ese momento? ¿Qué haría? Su corazón tampoco parecía estar muy decidido. Algo se iniciaba o ya lo había hecho con Fred, pero Robbie era... Era lo que siempre había estado anidado en su pecho, era al que había amado desde su adolescencia, con el que había tenido todas sus primeras veces en casi todo: su primer beso, su primer encuentro sexual, su primer cerveza, su primer baile...

Sacudió la cabeza y retornó a su labor. En unos minutos llegaría la camioneta y debía transportar las flores hacia Pocantico Hills, a unos cuarenta minutos en automóvil de Manhattan.

En cuanto arribó, saltó del vehículo y ayudó al conductor a descender las flores. El lugar era precioso, una antigua granja que se dedicaba a eventos privados; disponía de un granero de piedra preparado para la fiesta.

Junto a un sector donde se cosechaban diferentes plantas aromáticas, se habían dispuestos sillas de madera lustrada; era donde tendría lugar la ceremonia. A unos pasos más allá, justo fuera del inmenso granero de piedra grisácea, se habían colocado largas mesas estilo picnic campestre en madera rústica con unos largos bancos como asientos.

Era precioso. Relajado, simple y muy verde. Phil comenzó a establecer los distintos frascos de variadas medidas a forma de floreros sobre las mesas, los rellenoó con agua y acomodó las flores de manera tal que pareciera desarreglado y salvaje. Un camino blanco de brocado bordado adornaba las mesas por el largo y caía hacia los extremos. Ya se había preparado una vajilla antigua de tinte crema con pequeñas flores en los bordes, de un tono violáceo con unas diminutas hojas.

Cada detalle era en extremo romántico y salido de un cuento de hadas.

Una vez finalizadas las mesas, preparó el *bouquet* de nardos, azahares y jazmines de leche, que Key llevaría en sus manos durante la ceremonia, y, por último, la corona para su cabeza, tan solo con una fina línea de flores de nardo.

Unas de las primeras personas en llegar fueron Sam y Alex. Phil se alegró de ver a la mujer ya restablecida. Charlaron por unos minutos y le comentó que en un par de días ya podrían llevar a su pequeña beba a su casa en Larchmont, por lo que la pareja estaba más que contenta.

—Qué nervios, ¿verdad? —comentó Phil mientras daba una última revisada a sus creaciones en las mesas, con la mujer de ojos chocolate junto a ella.

—Sí, lo es. Un casamiento es un gran paso, pero ellos son perfectos juntos. Van camino a su felicidad. —Algo en las palabras de Sam hizo que Phil se cuestionara si ella había dado ese paso alguna vez; por lo que sabía, Alex y Sam no se habían casado.

Después de un rato de silencio entre ambas, la joven recién recuperada volvió a hablarle:

—Estamos muy contentos con el cambio que has obrado en Fred.

—¿Yo? —se asombró Phil, sin comprender bien a qué se refería Samantha.

—Claro, ¿quién más? A pesar de su constante buen humor y de hacerse el gracioso, es una persona muy solitaria. Se nota que esa soledad ya no lo ronda, Phil, y es gracias a ti.

Sentía que se había sonrojado de la cabeza a los pies, como un tomate más que maduro. Habría querido contestarle, pero su lengua eligió trabarse justo en ese instante, dejándola enmudecida y con un aspecto ridículo y de medio tonta.

Por suerte, Sam tan solo sonrió y se unió a su novio que caminaba junto a una de las mesas. Al poco tiempo fueron llegando los otros invitados, no esperaban demasiados. La fiesta estaba planificada para unas cuarenta personas, entre familiares, amigos y algún que otro cliente importante de la agencia, los que eran los menos.

De pronto, unos brazos la rodearon por detrás y una mejilla se pegó a la suya. Primero, se sobresaltó hasta que ese inconfundible aroma masculino que solo podía pertenecer a un zorro pelirrojo la tranquilizó.

—Hola, zorrito —saludó al poner sus manos sobre las del hombre en su vientre, las que llevaban un hermoso y sencillo ramo de margaritas.

Phil se recostó contra el pecho de Fred y acomodó su cabeza bajo su barbilla.

—¿Cómo va todo, conejita? ¿Listo?

—Hmmm, eso creo. La novia ya tiene su corona y su *bouquet*. Sam y Charlie están ayudándola con los últimos retoques.

—Tú estás preciosa —susurró en su oído. Phil se había puesto un vestido en color marfil con flores en tono durazno, con mangas a la altura de los codos, entallado hasta la cintura y que caía suelto hasta pasadas las rodillas—. Y esto es para ti, cariño. —Le puso el ramo en las manos y Phil se deleitó con el simple regalo. Era la primera vez que le obsequiaban esas flores silvestres;

aunque había dicho en varias oportunidades que eran sus preferidas, Robbie siempre se había decantado por las rosas, por lo que la asombraba que Fred lo hubiera recordado.

—Grac... —comenzó a decir a medida que se volteaba, pero al posar los ojos en él, la palabra se le atoró en la garganta.

Ella estaría preciosa, pero él quitaba el aliento. Se había enfundado en un traje de tres piezas al cuerpo en un color gris azulado que resaltaba el color rojizo de sus cabellos. Estaba... perfecto. No había otra palabra para describirlo.

—¿Estás bien, conejita? ¿Tengo algo en el rostro? —Fred se llevó una mano a la mejilla y Phil rio ante su tontería mientras abrazada el ramo que le había obsequiado.

—No, claro que no. Estás muy bien —mencionó por decir algo, pero la realidad era que vestido de aquella manera estaba más que guapo. No era que no lo hubiera visto de traje, dado que él se enfundaba en ellos para concurrir a su trabajo, pero nunca en uno de tres piezas y de semejante elegancia.

La ceremonia fue breve, pero muy conmovedora. Key estaba hermosa con su vestido estilo bohemio —al final había elegido el último, el modelo Anais sin mangas con escote en V al frente y uno más pronunciado a la espalda—, con la corona de flores en la cabeza y el *bouquet* proporcionados por Phil. Y ni que hablar de Mark con aquel traje de tres piezas en un negro forrado en lino azul por dentro y adornado con una simple ramita de nardo en el ojal.

Phil casi suelta una carcajada, la que reprimió con una mano sobre sus labios al ver entrar a Mark del brazo de Alex por el camino que se había formado en el césped libre de sillas; era un gesto tan tierno. Detrás los seguían Keyla y un hombre que parecía su abuelo por la edad. Fue muy bonito verlos unir sus manos frente al juez y más cuando los ojos de Key se nublaron al contemplar los anillos dentro de la cajita que le tendía su novio.

Ambas alianzas eran de la casa Doyle & Doyle. La de Key era una cinta estilo *vintage* con ocho pequeños brillantes en corte estilo diamantes, y la de Mark, también un modelo antiguo con un repetido y estilizado patrón de pequeñas flores separadas.

En cuanto dijeron sus votos, Mark pronunció unas palabras:

—«Soy real. Estoy aquí porque tú crees que estoy aquí. Y continúa creyendo y siempre seré real para ti».

Phil después supo que era un fragmento del diálogo que pronunciaba el Capitán Gregg en el film *El fantasma y la señora Muir* y que Mark era un cinéfilo empedernido.

Cada uno de los presentes derramó alguna que otra lágrima con la puesta de las sortijas y no solo las chicas, claro que no. Luego fue el turno de arrojar pétalos de flores silvestres que había preparado Phil en unas bolsitas y que había distribuido a cada uno. Hubo aplausos, gritos de alegría y muchos besos y abrazos con buenos augurios y felicitaciones.

Poco después fue el turno de acercarse a las mesas para comenzar a degustar una gran variedad de *finger food* realizado con hortalizas cosechadas en el lugar, entre otros ingredientes; tablas de quesos de diversos tipos, frutas...

—Estoy en el paraíso —veneró Fred.

Phil ya se había percatado de que al pelirrojo le encantaba comer y hacerlo bien, es decir, que fuera delicioso, contundente y abundante. A ella le hubiera gustado que él le compartiera su secreto para estar tan en forma con la cantidad de calorías diarias que ingería.

Tomaron unos platos al extremo de la mesa de comida y se fueron sirviendo para luego acomodarse en su propia mesa junto a los demás. Los novios revoloteaban entre todos los invitados, pero donde Phil y Fred, con los demás, estaban acomodados parecía ser el cuartel general, dado que volvían cada tanto hacia allí.

Dentro del granero se habilitó una pista de baile y, en cuanto la música

comenzó a sonar por los altoparlantes, Fred la aferró de la mano y tiró de ella hacia dentro. Nunca hubiera imaginado que a su pelirrojo le encantara bailar, pero así era. Casi tanto como comer. No importaba el ritmo, él se movía al compás de lo que el DJ pusiera.

Contoneaban las caderas junto a Keyla y Mark, Nick y Brian, Ange con un rígido David, Gabe y Mor y Andy, Charlie y Xav que se turnaban para tener a Braddock. También se habían sumado Sarah y su marido, Max, y Alex y Sam. La fiesta estaba en su apogeo, pero Phil necesitaba descansar un poco.

Apenas arribaron a la mesa y tuvo un vaso con agua fría, su móvil dentro del *clutch* que había pertenecido a su abuela, pero que tan de moda se encontraba en esos momentos con aquel estilo *retro*, comenzó a sonar.

—*¡Phyllis!* —la voz desesperada de su hermano la puso en alerta al instante.

—¿Mamá? —preguntó con el miedo atenazando su columna con latigazos de hielo de que su madre hubiera sufrido un nuevo brote.

—*¿Qué? ¡No! Robbie tuvo un accidente. No sé qué ocurrió, pero parece que chocó con su automóvil cuando iba a casa de sus padres. Lo llevan al hospital ahora mismo.*

—¿Robbie? ¿Un accidente? ¿Qué tan grave es?

—*No tengo idea. Me dirijo para allá, solo creí que deberías saberlo, ya que ustedes están reencontrándose o algo así.*

¿Qué? ¿De qué hablaba Juls? ¿Acaso Robbie le había comentado sobre el encuentro que habían mantenido más temprano en su local? ¿O del beso en casa de sus padres? Sacó las preguntas de su mente, en ese momento, lo importante era la salud de su ex.

Fred podía notar el miedo y la preocupación que transformaban las facciones de la joven florista. Había escuchado suficiente como para percatarse de lo que ocurría, así que apenas ella cortó la conversación, salieron unas palabras de su boca que sabía que lo haría odiarse más tarde:

—Está bien, cariño. —La abrazó. En ese instante se veía amenazado por el

temor de no volver a tenerla frente a él de nuevo y la soltó—. Ve.

—Pero...

—Vamos, ve. —Hizo un ademán con las manos para que se alejara y le brindó la mejor sonrisa tranquilizadora que pudo confeccionar.

—Fred, yo...

—Ahora no es el momento, él necesita que estés allí. —Tomó el rostro femenino entre sus palmas y rozó sus labios apenas, como un suspiro de ensueño antes de apartarse de ella—. Y tú sabes bien dónde estaré yo, conejita.

Fred se sentó en el largo banco, solo, y enfocó la vista en el ramo de margaritas, olvidadas al igual que él.

Capítulo 29

Phil se apresuraba hacia el cuarto de la sala donde le habían informado en la recepción del hospital que se hallaba internado Robbie. Al acercarse a la puerta con la numeración buscada, se topó con su hermano con la espalda recostada contra la pared blanca.

—¿Juls? —El temor hizo vibrar su voz.

—Hola, pequeña. —Su hermano la envolvió en un abrazo de oso.

—¿Cómo está? —preguntó con la boca pegada al pecho masculino.

—Entra a verlo. Está con sus padres. —Juls la soltó, pero por las líneas de su rostro, Phil se percató de que el estado de Robbie no era tan grave como temió.

En cuanto ingresó a la habitación e intercambió los saludos de rigor con los padres de su ex, estos los dejaron solos con la excusa tonta de comprarse un café.

—¿Cómo estás? —Phil se acercó al costado de la cama donde Robbie estaba recostado.

—Bien, solo un poco magullado. Me han hecho una resonancia y parece que no aparece ningún hematoma. —Tenía un vendaje en su cabeza, donde le habían hecho una sutura en la frente, también tenía su brazo derecho enyesado y en un cabestrillo—. Debo permanecer por hoy para observación y mañana me practicarán nuevos estudios. Si todo anda bien, me darán el alta.

—Me alegro. —Phil tomó su mano izquierda y le dio un apretón antes de

soltarlo.

—Estás hermosa. ¿Interrumpí algo con mi accidente? —preguntó al notar que iba demasiado arreglada, puesto que cuando se habían visto en la mañana ella vestía una camiseta y *jeans*. Luego se había cambiado en la granja del evento.

—Estaba en una fiesta de unos amigos —contestó con cierta evasiva.

—Amigos nuevos, supongo, al no haberme enterado de ninguna reunión similar —comentó Robbie.

—Sí, lo son.

Él dio un breve asentimiento y arrugó la nariz como si sufriera un gran dolor.

—¿Has pensado en lo que hablamos hoy en la mañana? —preguntó al cabo de unos minutos de silencio.

—Robbie..., no creo que sea el momento.

—Creo que necesité experimentar..., pero fue un error, Phyllis. Ya está todo terminado con ella —repitió una vez más, pero ninguna de esas aseveraciones hizo palpar su corazón como hubiera esperado.

El silencio que se generó entre ellos resultó incómodo, algo que Phil nunca había vivenciado con Robbie. Jamás había sentido esa tirantez y tensión al estar a su lado como en ese momento.

—Sí, me temo que sí, Robert —añadió Phil al hacer eco de las palabras del hombre, pero tergiversándolas adrede—. Entre nosotros lo está.

—Es por ese hombre, ¿cierto?

—Yo te amé mucho —mencionó Phil sin contestarle. No pudo evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas y que un nudo se formara en su garganta. Lo había amado con todo su ser y ver ese amor terminado era demasiado triste.

—Lo sé, Phillys.

—Pero ya no... —No pudo seguir, el nudo en su garganta se lo impidió y tampoco ayudó el sollozo que dejó escapar a continuación.

—Está bien, amor. —Robbie volvió a tomar su mano en la suya sana con

una sonrisa apesadumbrada—. Está bien. Es mi culpa, te dejé ir.

—Tal vez, aunque creo que tenía que ser y que no hay culpables, Robbie. Lo nuestro no perduraría a través del tiempo.

—Quizás tengas razón. ¿En qué clase de fiesta estabas a esta hora?

—Un casamiento.

—Donde estabas con él —afirmó con expresión de pesar. Phil simplemente asintió en respuesta, sin saber ya más qué agregar para no lastimar a ese hombre que la había iniciado en tantas cosas en su vida y que tan importante seguía siendo para ella—. Vuelve, yo estoy bien. Con el corazón un poco resquebrajado, pero supongo que lo merezco por haber sido tan idiota y... un verdadero patán en algunas ocasiones.

—Solo en algunas. —Ambos sonrieron, aún con sus manos entrelazadas.

—Discúlpame con tus amigos, sabes que yo no soy así. No tengo nada con su sexualidad, fui un *h.d.p.* enorme. No solo con ellos, contigo también.

—Sí, lo fuiste, Robbie. —Phil hizo una pausa—. Eres muy importante para mí y eso no va a cambiar, solo que el sentimiento no es el mismo.

—Lo entiendo, amor. —Él le dio un sutil apretón a su mano—. Es otro el que ocupa ese lugar ahora.

—Yo... quiero que seas feliz.

—Lo seré, ahora debes serlo tú. Ve con ese pelirrojo. —Phil se abalanzó sobre él y lo abrazó con fuerza. Lo amaba, pero no era el mismo amor. Siempre sería una persona que ocuparía un lugar en su corazón, aunque ya no el primordial—. ¡Ouch!

—Lo siento. ¡Gracias! Iré a verte en cuanto te den el alta.

En el corredor, la detuvo Juls antes de que corriera hacia los elevadores.

—¡Espera! ¿Están juntos de nuevo? —La pregunta de su hermano la tomó desprevenida y lo miró con el ceño fruncido.

—No.

—Creí que, después del beso que vimos con Fred... —Juls se interrumpió y unió los labios en una fina línea.

—¿Qué beso?

—Ay, yo y mi bocota —maldijo por lo bajo al soltarla y voltearse—. No tenía que decirte nada, se lo prometí.

—¿No debías contarme qué? —Phil lo tomó del brazo y lo hizo girarse hacia ella—. ¿Y a quién se lo prometiste?

—En la fiesta de los Jonhson. En un momento de la velada, Fred y yo no sabíamos dónde estabas y, cuándo te buscábamos, vimos que Robbie y tú se besaban.

—¿Qué? ¿Cómo no me dijiste?

—Fred me hizo prometerlo —repitió—. Mencionó que sabía qué pasaría y que quería disfrutar lo que durara. Me dio tanta pena el hombre, la desilusión de ese amor perdido...

Los ojos de Phil se empañaron por ese pensamiento de Fred de que no perduraría y de que dejaba entrever que él no era merecedor de ser amado.

—¡Juls! Soy tu hermana, no debes mantener secretos conmigo. —Se sentía también dolida por la traición de su hermano. Lo comprendía, pero no hacía que doliera menos. En ese instante, comprendió la mirada dura que le había dado Juls en la fiesta en cuanto se había reunido con ellos, luego del encuentro con Robbie.

—¿Qué querías que hiciera? Pensé que, en cualquier momento, su relación explotaría y que regresarías con Robbie. Pero... veo que no será así, ¿cierto? —Phil sacudió la cabeza de un lado al otro. Su hermano le elevó la barbilla con dos dedos—. Lo amas, ¿verdad? —Esa vez, Phil asintió—. ¿Se lo has dicho? Pequeña, ese hombre necesita saber lo que sientes, porque cree que tu tiempo con él tiene la palabra *fin* escrita.

—Gracias, Juls. —Phil se apretujó contra su hermano en un abrazo y le estampó un sonoro beso en la mejilla antes de retomar su camino hacia los elevadores.

Capítulo 30

Urgió al taxista a apresurarse, solo esperaba que la fiesta no hubiera finalizado. Y se alegró al llegar a la granja y constatar que al menos una mesa continuaba con personas sentadas a su alrededor. El grupo de S&P, más miembros adicionales que no trabajaban en la agencia, pero formaban parte de los amigos cercanos, continuaba en el sitio.

Al saltar del vehículo, las risas llegaron a sus oídos. Sus pasos se aceleraron hasta que estuvo junto a la mesa, detrás de la espalda del hombre al que había ido a buscar. El silencio reinó una vez que los ojos se posaron en ella. No sabía qué les había informado Fred sobre su desaparición, pero por sus expresiones, suponía que nada bueno. Phil aferraba con nerviosismo su *clutch* y parecía que los ratones se habían comido su lengua, porque las palabras no salían de su boca.

Fred se volteó y los ojos marrones se elevaron con cierto asombro hasta los de ella, se deslizaron desde sus pies hasta su rostro, como si no pudiera creer que estuviera frente a él. El alivio que Phil notó en ellos y la leve sonrisa que esbozaron los labios masculinos hicieron que su corazón corriera una carrera sin igual. Ansiaba lanzarse hacia sus brazos, quería estrellar su cuerpo contra el de Fred y anclar los brazos a su alrededor para no dejarlo escapar nunca más o, mejor dicho, para que él no le permitiera huir del amor que había nacido de ese engaño. Ese contrato malicioso que los había unido.

De pronto, la expresión masculina varió a una de preocupación. Se alzó con

rapidez y le tomó las manos.

—¿Robert? —«¿Robert?», repitió en su mente. «¿Qué sucedía con él?»—. ¿Él está...?

—Oh, no. Él está bien, dentro de todo —confirmó al percatarse de lo que suponía Fred—. Tuvo un accidente automovilístico, pero no resultó en nada grave, aunque debe quedarse esta noche por observación.

—¿Y volviste?

—Sí, lo hice. Olvidé mis margaritas.

—Ah, regresaste a buscar tus flores

—Claro, ¿por qué más? —bromeó, pero el ceño fruncido del hombre le dio la pauta de que no había comprendido su ironía.

De improviso, unos brazos los rodearon por los hombros.

—Niños —dijo Andy al mirar a uno y otro—, los novios ya se van. En un rato, ya sale su vuelo.

El castaño los soltó y se unió al resto de los invitados restantes que comenzaban a saludar a los recién casados con besos y abrazos muy sentidos.

—Vamos. —Fred le tendió una mano y ella no dudó en deslizar la suya en esta.

Las lágrimas corrían por las mejillas de las mujeres y eran contenidas en los ojos de los hombres. Las demostraciones de afecto no escatimaron entre los presentes, de las que Fred y ella también participaron.

Key lanzó los brazos alrededor de Phil y la apretujó contra su pecho.

—Me alegra que regresaras —dijo junto a su oído—. Trató de que no se notara su rostro de perrito mojado, pero lo conocemos muy bien, aunque nos ponga una sonrisa de oreja a oreja. Gracias por cumplir lo prometido y no herirlo, Phil. Te quiero, chica. Y ya eres parte de nosotros. —Le estampó un beso en la mejilla y se alejó a saludar a Fred, dejando a Phil temblorosa al enterarse cómo se había quedado el creativo ante su partida.

—Ven aquí, cariño. —Fred estrujó a Key en un fuerte abrazo y luego hizo lo mismo con Mark.

Por último, fue el turno de un conjunto de personas mayores, tres mujeres y el hombre que había entregado a Keyla, que, por lo que había interpretado Phil, era la familia de Key, pero al mismo tiempo no lo era. Algo confuso, aunque no iba a detenerse mucho en ello. También, se pusieron en la cola Alex y Sarah, los que se enlazaron a Mark por un largo tiempo antes de soltarlo y darle sus buenos augurios para el inminente viaje a Venecia.

Los chicos de S&P algo habían comentado sobre que el padre de Key estaba en la fiesta y que había intercambiado unas pocas palabras con los novios, reivindicándose de alguna forma. Phil no estaba muy al tanto del tema, así que mucho no había comprendido.

Sin embargo, a Keyla se la veía en extremo feliz y más aún cuando tomó la mano de su marido y se acercaron hacia el automóvil negro. Abrieron las puertas de cada lado y se voltearon hacia ellos con las manos en alto y sonrisas de oreja a oreja.

Apenas los novios se fueron, cada uno fue emprendiendo la retirada. Phil se quedaría un poquito más para recoger algunos adminículos, como los frascos-floreros y demás. Esos ya podría ponerlos en las cajas y transportarlos en un taxi, por lo que la camioneta no había permanecido en el lugar.

Phil se acercó al banco que había ocupado en la mesa y vio su ramo allí. Lo recogió y lo pegó a su pecho, olió el aroma inconfundible a la frescura de las margaritas y sonrió.

—Ya tienes tus flores —mencionó Fred a su espalda con tono duro y cortante—. Sabía que eran importantes para ti, pero nunca creí que tanto. Claro que, siendo dueña de una floristería, era de esperarse —comentó, sardónico.

—Oh, calla y deja de decir tonterías —contradijo con una sonrisa—. Ambos sabemos que no regresé solo por el ramo.

—¿Ah, no? Me engañaste totalmente.

—¿Por qué no mencionaste que viste el beso? —soltó sin poder evitarlo

El rostro del pelirrojo se endureció en un instante.

—No venía al caso.

—¿Cómo que no? —exclamó sin poder creer las palabras de Fred—. Tu novia se besa con otro hombre y ¿no viene al caso?

—¡Tú no eres mi novia, Phil! —espetó, y sus amigos, al menos los que aún permanecían, llegaron a oírlo, los que se voltearon hacia ellos con los ojos desorbitados—. ¡Eres una ficción! ¿Qué querías que hiciera? Creí que habías logrado lo que querías y estuve estas últimas semanas esperando a que me dieras una patada en el culo. ¿Sabes lo que fue para mí esa espera? ¿A eso has vuelto? ¿A decirme que el contrato está cancelado? Pues, ¿podrías haber esperado a que pasara este día!

—No he venido a eso, idiota —contestó en un grito también.

—Entonces, ¿a qué? ¿A buscar tus elementos de trabajo? Ya podría habértelos hecho llegar. —Hizo una pausa en la que amplió los ojos y luego los achicó de esa manera a lo Eastwood en medio de un duelo—. ¿Es que acaso ese tipo se echó atrás?

—¿Qué? —mordió la pregunta, sin dar crédito a ese estúpido zorro que volvía a ser el hombre que le había pedido que fuera su perro faldero.

Ambos estaban con la respiración agitada y tardaron unos cuantos segundos en volver a hablar.

—¿Robbie volvió a rechazarte? —En esa ocasión, su voz había descendido unos cuantos decibeles y hasta había adquirido un tinte tierno.

—¡No! Él me quiere de vuelta, pero la que no lo quiero soy yo. No volví solo por los frascos o por el ramo, zorro tonto. ¡Regresé por ti! ¡Quédate con tus malditas flores! —Le aventó el simple arreglo contra su torso, el que él atrapó, se volteó y corrió dentro del granero.

Fred se quedó atónito. ¿Philomena había regresado por él?

—¿Qué mierda esperas? —preguntó Nick a su espalda, y, al girarse, se halló con todos sus amigos fijados en él.

—¡Ve por la chica! —lo instó Andy al hacer un gesto con sus manos a que la persiguiera.

—Fred, ¡busca a Phil! —exclamó Sam, y en cuanto el mensaje entró en su mente, urgió a sus pies a ponerse en marcha e ir tras ella.

La alcanzó en medio de la pista de baile y la aferró de uno de sus brazos para que no continuara apartándose de él.

—¡Suéltame! ¡Zorro tonto e ignorante! —Ella forcejeó para liberarse, pero él ciñó el agarre aún más.

—¡Phil, cálmate! ¡Lo siento, cariño! ¡Lo siento! —La envolvió entre sus brazos y frotó su espalda mientras sentía la respiración agitada de la joven en su pecho.

Ella dejó escapar un sollozo, pasó las manos por detrás de él y hundió sus uñas en sus hombros, anclándose a él.

—Te amo, zorro estúpido —confesó con un sollozo.

—Deja de insultarme, conejita —solicitó Fred con una sonrisa amplia. Esas dos palabras, «te amo», habían hecho que su pecho estuviera a punto de explotar de lo tanto que se había hinchado su corazón.

—No, no te mereces un mejor trato —rezongó ella y, en eso, él debía darle la razón.

—Puede ser, pero una confesión de amor entre insultos es algo extraño, ¿no crees? —Ella negó con la cabeza sin alzarla del refugio—. Bien, entonces, conejita tardía, también te amo.

—Siento no haberme dado cuenta antes, pero tú tampoco te abriste a mí. No me contaste lo que habías presenciado, las dudas y tus emociones...

—¿Qué querías que hiciera, conejita *naif*? —cuestionó al acariciarle el cabello sin soltarla—. No hacías más que repetirme lo enamorada que estabas de tu ex, creí que estarías feliz después de ese beso, que todo había terminado entre nosotros.

—No quería ese beso —sacudió el rostro contra su pecho—, ni la confesión de hoy en la mañana, ni la de recién en el hospital. Solo quería correr a tus brazos.

—¿Así como ahora?

—Así como ahora. —No preguntaría por esas confesiones que Phil mencionaba, solo se concentraría en la de ella, en que era recíproca en sus sentimientos y que... ¿eran novios de verdad?

—Me perdí el pastel —se lamentó Phil, y Fred no pudo menos que sonreír ante el comentario fuera de lugar.

—Oh, eso debemos remediarlo ya mismo. Es una exquisitez, esa pastelera Quinn sabe bien lo que hace con sus manos. —Phil le dio un golpe en el hombro—. Hey, eso dolió. —Fred se fijó en la mirada entornada de la joven y su corazón se colmó de amor por esa florista ingenua y sensual—. Oh, ya veo, eres una conejita celosa, ¿verdad?

—Ahora, ya lo sabes. Eres solo mío —dictaminó al tomarlo del cuello del saco y acercar el rostro masculino al suyo.

—Es lo que siempre quise, cariño. Ser solo tuyo. —Su declaración la cerró con un beso, ardiente y hambriento, para luego separar sus bocas entre respiraciones agitadas. Fred le pasó un brazo por los hombros a la joven y la pegó a su costado—. Vayamos por ese dichoso pastel.

Epílogo

—¡Vamos, conejita! —exclamó Fred al salir de la ducha del B&B en Dana Point, en el condado de Orange, California—. Quiero desayunar antes de ir a *Victoria Beach*.

Se trataba de una playa al sur de la ciudad de Laguna Beach, a unos diez minutos en automóvil de su alojamiento. Se habían tomado una semana de vacaciones en los días que le habían otorgado tanto a Andy como a Fred en S&P en compensación por haber permanecido en la agencia durante el Cannes Lions.

—Argh. —Phil gruñó y se tapó la cabeza con la almohada—. Tú y la comida, zorro.

—¡Arriba! —Fred aferró la sábana con la que estaba cubierta y la deslizó hasta el final del colchón—. Aunque, ahora que contemplo esta vista, quizás debamos quedarnos y dejar la playa para otro día.

Habían pasado la noche en vela, disfrutando uno del cuerpo del otro, y Phil no llegaba a comprender la energía matutina del hombre.

—¡No! Prometiste que iríamos, quiero ver *La Tour* —protestó ella.

Se trataba de un castillo en forma de torre, de allí su denominación en francés, construido en roca oceánica y con un techo de cono tapizado con tejas; varias ventanas estrechas a lo largo de su estructura permitían visualizar la escalera de madera en su interior. Data del mil novecientos veinte y seis, ubicado a la base de un acantilado en Victoria Beach, y era uno de los

atractivos misteriosos y románticos de la zona.

—Entonces arriba —ordenó Fred a la par que se ponía su traje de baño estilo bermuda.

Con rostro malhumorado, Phil se alzó del lecho. Después de una ducha renovadora, se enfundó en un bonito traje de baño de dos piezas y una túnica corta, bien fresca para un día caluroso de verano.

Desayunaron en abundancia, al menos Fred así lo hizo. Al contemplar su vientre de cordillera y dorado, Phil solo puso pensar a dónde iba todo lo que comía.

Victoria Beach era un sitio especial para el amor, con aquella arena blanca, el agua cristalina y la torre entre las piedras oceánicas, era un ambiente en extremo romántico.

Tomaron varias *selfies* a los pies de la estructura, dado que no se podía ingresar en esta al ser propiedad privada, pero sí deambular por los alrededores. Luego se encaminaron unos metros más al sur para toparse con el muro de cemento parcialmente enterrado que en la antigüedad había conformado una piscina circular. Tomaron asiento en el borde de roca, con los pies colgando, con el rompiente de las olas por debajo dada la marea alta.

Phil se apoyó contra el costado de Fred y él le pasó el brazo por los hombros.

—¿Quién hubiera dicho que solo tenía que ir a orinar al oscuro baño de un bar para encontrar el amor? —preguntó el creativo al aire.

—Hmm, o yo asaltar a un hombre y capturarlo en uno de los cubículos —repuso ella.

—Ah, verse secuestrado por una adorable conejita no tiene precio, cariño. Todavía tengo que comprar ese disfraz de chica *Playboy*.

—Olvídalo, zorro. Ni loca uso algo así. —Phil sacudió la cabeza de un lado al otro.

—Oh, vamos. Rogaré si es necesario —mencionó él con las manos unidas en su pecho, y conformó un mohín con los labios que hizo que ella se riera—.

Te quiero con las orejitas, la malla al cuerpo y ese pompón en tu trasero.

—Solo si tú usas una cola de zorro. —Oh, la imagen de él con un bóxer elastizado con una cola de zorro por detrás era muy atrayente. Se mordió el labio inferior y la excitación la invadió al instante.

—Hecho —concordó él en el acto—. Veo que ya te ha gustado la idea.

—¡Estás loco! —exclamó ella, dando paso a la diversión.

—Eso ya lo sabíamos, conejita. Apenas te propuse ser mi perra, debiste haber huido de este desquiciado.

—Creo que ya me habías atrapado con tu correa, zorro. Solo que no me había dado cuenta.

—Hmm, una conejita con correa. No me des más idea. Ahora tendré que buscar también en una tienda de accesorios y juguetes sexuales en línea, no solo de atuendos eróticos. Haré una lista, correas, esposas...

—¡Fred! —lo amonestó con las mejillas rojas como dos tomates—. Ni se te ocurra.

—Tal vez y solo imagínalo, conejita. ¿Qué te parece un zorro atado? —preguntó al acariciarle el cuello con la nariz, y Phil no pudo impedir que la escena se reprodujera en su mente.

Fred con su bóxer con cola, un collar en el cuello y esposado a su cama. ¡Vaya! Era lo más excitante de lo que pudiera haber pensado y... ¿por qué no? Con Fred había aprendido a no tener inhibiciones dentro y fuera de la cama. Él le había enseñado que cualquier cosa que ella deseara estaba bien y más que permitido.

—Bien. Cuando volvamos al *Inn*, buscaremos esa página en tu iPad.

La sonrisa pícaro que él le brindó no tuvo precio y ella no podía esperar para vivenciar esa nueva experiencia con él, el hombre al que amaba con todo su ser.

Nota de autora

En cada novela se tocan diferentes temas. En esta en particular quería tocar uno importante: amarse como uno es, tanto dentro como por fuera. No es posible aceptar nuestro interior si no lo hacemos con nuestro exterior y viceversa. Y algunos tendemos a ponernos un listón tan alto que no importa cuánto lo intentemos, nunca lo alcanzamos.

Otra constante en esta serie, *Corazones en Manhattan*, es que uno puede morir varias veces y resurgir aún más, como el ave fénix. No creo en esa frase: lo que no te mata te fortalece. Lo que te mata te hace resurgir aún más fuerte. Lo que aniquila varía de persona a persona, ciertos hechos lo hacen y uno vuelve a la vida sin una parte fundamental en su ser. Dependiendo de la edad de tu primera muerte, lo más probable que te falte en tu nueva vida sea esa inocencia infantil.

Muchos habrán tenido que madurar antes de tiempo y enfrentar situaciones, pero la vida también te muestra una luz después de tanta oscuridad, al menos conmigo así lo hizo después de muchos años de morir y resurgir. Esa es la razón fundamental por la que se debe renacer y enfrentar cada escollo, por esa luz que hará que lo otro empalidezca o que, al menos, se comprenda que se tuvo que transitar por ese camino escabroso, duro y doloroso para valorar el presente en que nos hayamos en este instante.

Eso es lo que le sucede a todos los protagonistas de la serie, resurgieron de las cenizas como aves fénix, con una fuerza renovada para poder disfrutar de la luz que el destino les obsequió. Esa luz que podrá titilar en algunos momentos, pero para iluminar después con mayor intensidad.

Aún falta una entrega más para finalizar la historia de estos hombres y mujeres que tanto han sufrido, y que tanto merecían el amor. Lo que más feliz me hace es eso, que cada uno haya encontrado el amor y no solo de tinte romántico, sino también filial y familiar. Un sentimiento que todo lo envuelve y esa es la luz a la que me refiero, la que formamos junto a otros.

Cada vez que he muerto, sin importar cuantas veces hayan sido, siempre resurgí con un poder aún mayor y envuelta en llamas para que nunca más me vuelva a matar lo mismo.

Si te ha gustado

Margaritas olvidadas

te recomendamos comenzar a leer

Regálame siete días para enamorarte

de *Valeriam Émar*



1. El burdel de los misterios

Sabía que esa sería una noche especial. De lo contrario, Luke no la hubiera llevado a su restaurante preferido. Le dedicó una sonrisa brillante, mientras observaba cómo él le servía vino en la copa. El Macao era un restaurante que se había inspirado en los prostíbulos de la década del treinta. La iluminación era suave, que envolvía un aire misterioso. El lema del sitio era: «Deja tu inhibición en la puerta, abraza una pequeña dosis de erotismo abandonado, y déjanos hacer el resto». El camarero les trajo la cena, pescado crujiente con frijoles fritos, y Luke le pidió una botella de Pinot Noir 2014 de California.

Ella se mordisqueó el labio inferior y extendió un brazo para sujetar la mano de Luke entre la suya. Frunció el ceño cuando él le apartó la mano. ¿Qué había sido eso? Él cogió su móvil y chequeó si había recibido un mensaje.

—¿Está todo bien, cariño? —le preguntó.

Él asintió con un gesto sin apartar la mirada de la pantalla de su teléfono.

—¿Por qué me has traído a cenar aquí? —quiso saber. La intriga la estaba matando.

—¿Acaso está mal querer darle un gusto a mi conejita?

Hacía más de un año que estaban saliendo. Llevaban una relación en secreto. Luke era el dueño de una agencia de marketing y publicidad, *Joven & Exitoso*, en pleno crecimiento, ubicada en el Madison Avenue. Él era su jefe y no quería que sus empleados supieran que tenía un amorío con su secretaria. Ella se había graduado en marketing y había aceptado el puesto con la promesa de un ascenso. Luke le había permitido que trabajara en algunos de sus proyectos de publicidad. Al principio, ocultar su relación le parecía toda una aventura. Pero ya hacía unos meses que él se había divorciado. Sí, Luke estaba casado cuando empezaron a salir. En su defensa, ese matrimonio ya estaba acabado antes de que ella apareciera en su vida.

—Te siento distante desde que regresaste de Irlanda —le reprochó.

Él dejó su teléfono a un costado del plato, luego sacó del bolsillo interno de su chaqueta una cajita de terciopelo y se la entregó.

—Lo compré en Irlanda para ti, conejita.

Ella abrió grande los ojos.

—Oh, cariño... —gimió.

Luke le había regalado unos preciosos pendientes. Se quitó de las orejas los que se había puesto para esa noche y se puso los que él le regaló. Hizo puchero como signo de arrepentimiento por haberlo cuestionado. Amaba a ese hombre y veía su vida a su lado.

—Te amo —susurró ella.

Luke sujetó su mano entre las de él y se la besó.

—Prueba la cena, conejita.

El pescado y los frijoles estaban deliciosos. El hecho de que Luke prestara más atención a su móvil que a ella, hizo que la cena no fuera del todo perfecta. Intentó no molestarse con él y menos en ese momento, cuando quería que su relación pasara a otro nivel. Se aclaró la garganta.

—¿No crees que ya es tiempo de que dejemos de ocultarnos?

Luke bebió un sorbo de vino y luego dejó la copa sobre la mesa antes de responder:

—Creí que te sentías a gusto con nuestra relación clandestina.

Ella hizo una mueca con los labios.

—Eso era antes, cariño —repuso—. Quiero que nuestra relación pase al siguiente paso.

—Todavía no podemos, Penny —dijo él—. Amanda sigue en el medio.

Amanda era su exesposa y antigua socia de la agencia *Joven & Exitoso*. Al divorciarse, ella se quedó con la sucursal que tenían en Irlanda y él con la de Nueva York. Amanda era una mujer fastidiosa, o por lo menos eso fue lo que Luke le contó. Competían por quién era el mejor en la profesión y ella lo dejó por uno de sus clientes. Solo una idiota podía dejar a un hombre como Luke.

Él era apuesto, con una mirada intensa y un tiburón en los negocios. El publicista del momento.

—¿Amanda todavía te sigue generando problemas? —le preguntó.

—No quiero hablar sobre ella, Penny —dijo en un tono molesto—. Si acabaste de comer, pediré la cuenta.

El humor de él había cambiado. Ella no debió mencionar a Amanda.

—Puedes llevarme de regreso a casa —musitó, decepcionada por haber arruinado la noche.

—Primero pasaremos por mi departamento, conejita —replicó él, cerrando un ojo.

Ella sonrió y estuvo de acuerdo.

El piso de Luke era amplio y elegante, digno de un publicista. Tenía pocos muebles, pero eran de diseño y en las paredes colgaban cuadros minimalistas. Después de que Luke le hiciera el amor, sacó sus piernas de la cama y se agachó para coger sus bragas del suelo y se las puso. A él no le gustaba que ella pasara la noche en su departamento. Su divorcio con Amanda había sido traumático y le costaba convivir con una mujer varias horas bajo el mismo techo. Agradeció que no hubieran pasado ni quince minutos desde que habían llegado al departamento. Debía tomarse un taxi y madrugar el día siguiente porque tenía mucho trabajo pendiente.

Luke ahuecó una almohada y cruzó los brazos detrás de la cabeza.

—No te olvides de mis masajes, conejita —le recordó.

Ella asintió con la cabeza. Se sentó a los pies de la cama, sujetó sus piernas y las puso sobre su regazo. A él le gustaba que le acariciaran los pies después de hacer el amor. Reconocía que era un poco extraño, pero ¿a quién no le gustaba complacer a su pareja?

—¡Oh, sí! —gimió él—. Tus manos son una maravilla, conejita. Sí, no pares, sigue...

Bueno, nadie era perfecto. Ver a tu novio excitarse cuando le acariciaba el

pulgar del pie, no era nada emocionante. Ese era uno de esos momentos que prefería mirar hacia otro costado. Él se desvaneció contra el colchón cuando llegó a su cúspide. Se quitó de encima las piernas de él y se levantó de la cama.

—¿A dónde vas? —le preguntó.

—A darme una ducha...

—Preferiría que esta vez te fueras sin ducharte.

Su ceño se frunció.

—Solo me tomará cinco minutos, Luke —le recriminó.

—Siempre dejas cabello colorado en la rejilla del baño, Penny.

Él salió de la cama y caminó hacia ella. Ahuecó una mano en su mejilla y la miró fijo a los ojos.

—Compláceme en esto, conejita, ¿vale?

Revoleó los ojos y aceptó otra de sus condiciones. Se puso los zapatos y él la ayudó a subirse el cierre del vestido.

—¿Te gustó esta noche? —le preguntó mientras la acompañaba hasta la puerta del ascensor—. ¿He sido tu mejor amante, verdad?

Luke era el mejor en su profesión, pero en la cama era un desastre. Hasta Jim, su primer novio, era mejor que él. Ella le sonrió. Se inclinó y le mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—No hay nadie como tú, cariño —mintió.

Él le apartó un mechón de pelo de la cara.

—¿Sabes? Eres una flor exótica, Penny —expresó—. Dame un beso en la mejilla y vete —le dijo cuando las puertas del elevador se abrieron.

Pero ella le dio un beso rápido en los labios y se metió en el ascensor, y le arrojó otro beso antes de que las puertas se cerraran. Luke lo atrapó e hizo que se lo comió.

Cuando la verdad y la mentira se entremezclan, solo el corazón podrá reconocer sus límites.



Frederick Lahr, uno de los creativos en S&P, es el más enamorado del grupo, o, al menos, eso es lo que piensan sus amigos. En cada mujer que conoce, busca un amor que lo llene y, de alguna manera, complete su vida, esa que tiene ahora, pues la de su infancia es una que ya superó y que prefiere olvidar.

Philomena Pennyworth, una joven florista que cree en el príncipe azul y el amor para toda la vida, está decidida a no perder al hombre del que se enamoró y a conquistarlo otra vez. Sin embargo, el encuentro fortuito que planea no sale como ella espera y, para su desconcierto y confusión, se ve arrastrada a continuar con una mentira que la hará abrir los ojos en muchos aspectos.

A veces, recuperar aquello que anhelas te puede llevar por un camino que no esperabas.

Camilla Mora reside en Buenos Aires, Argentina junto a su familia y sus diversas mascotas. Ama a los animales, por lo que tiene unos cuantos en casa, y cree en sus derechos como en los de cualquier individuo. Es vegana por convicción desde hace varios años. Le encanta el arte en todas sus manifestaciones: pintura, música, fotografía, cocina, cine y escritura, y a esas prácticas se dedica con pasión en su tiempo libre. Sin embargo, desde muy temprana edad se ha visto fascinada y cautivada por la lectura, y por el género romántico en particular. Poco tiempo después descubrió que podía crear sus propias historias, sus propios mundos, en los que zambullirse y vivir nuevas y las más diferentes experiencias.

Edición en formato digital: mayo de 2019

© 2019, Camilla Mora

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-49-7

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 11

[1] Abreviatura de *faggots*. Forma peyorativa de denominar a las personas con orientación sexual homosexual.

Índice

Margaritas olvidadas

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Epílogo](#)

[Nota de autora](#)

[Si te ha gustado esta novela](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Camilla Mora](#)

[Créditos](#)